

DESDE LAS ENTRAÑAS

RELATOS

Mónica Tobón Coral



MC

Desde las entrañas

Relatos

Mónica Tobón Coral

DESDE LAS ENTRAÑAS
RELATOS
Mónica Tobón Coral

Fecha de publicación: Noviembre de 2021

Edición: La Nuestra: Comunicación / Educación / Arte

Maquetación del texto e ilustración de carátula:
Miriam Cotes Benítez
miriamcotes2@gmail.com

ISBN: 978-958-49-4043-8

© Mónica Tobón Coral

CONTENIDO

Prólogo	1
Gracias	3
Vestidito	4
Amor nuestro	16
Rosalba, la de los Caicedo	26
Avalancha	31
Navidad	42
Cantaleta	52
Libertad	65
El poste	67
NN Vivos	80
Rincón	90
Fuego	102
Bastardo	118
Motel Esmeralda	127
Ojo de Agua	137

PRÓLOGO

Nombré esta colección de relatos *Desde las entrañas* porque allí volqué mi dolor y mi estremecimiento al ir adentrándome en las vicisitudes de la vida humana en un país como Colombia.

Vengo de un linaje de costureras. Ellas cosían la ropa de sus hijos e hijas, lo hacían para ganar algo de dinero propio y también para expresar su ser. Crecí frecuentando el costurero que presidía (y la palabra no es al azar) mi abuela materna, la gran matrona Cilinia, la mejor costurera que he conocido. Allí viví momentos que llevo en el alma, puedo aún sentir las sensaciones de la máquina funcionando, las risas, el olor a café, las revistas de moda miradas con detalle, la tijera plateada con su chirrido particular, las telas flotando y la magia de ver emerger ropa para nosotras las nietas y nietos y, también, obras de alta sastrería. En el costurero ellas, mis tías, mi mamá y mi abuela podían crear su mundo, hablar de los maridos, de sus problemas más íntimos, de sus dolores y picardías. Allí les conocí rostros que no mostraban en ningún otro lugar ¡y me encantaba! Era un sitio donde se desvanecían el tiempo y el espacio patriarcal, donde ellas eran dueñas y creadoras.

Siguiendo esa inspiración, cosí estos relatos. Cada uno parte de un retazo de realidad que guardé en mi memoria y garabateé en mis cuadernos por muchos, muchos años. Algunos venían de otras vidas, otros de alguien de mi familia o de alguna de las miles de personas que me han confiado sus experiencias en mi labor de acompañante de caminos. Los atesoré como mis ancestras guardaban telas e ideas y los llevé de un lado a otro, hasta

que pude crear mi costurero y darles forma. Aun así, siguieron guardados hasta ahora, que al fin me decido a sacarlos a la luz para que tú los leas y así les des aliento y vida.

Cada relato se inicia en una “historia real” que luego fui cosiendo a tejidos de ficción que surgían al contarlos. Creo que toda creación nace de esa unión porque, al fin de cuentas, no creo que exista “la realidad”. En muchos momentos sentí los susurros de los o las personajes, de quienes me los relataron, incluso de los lugares y de hondas memorias de mi alma que fueron ofrendando imágenes y tonos para terminar cada costura, cada relato.

Ojalá te permitan un viaje y los sigas creando a medida que conversamos.

Mónica Tobón Coral

GRACIAS

A cada persona que me regaló un trozo de su historia presente en este libro. A todas las personas que cada día me confían su alma y su intimidad para que viajemos en fabulosas aventuras de comprensión y creación.

A Carlos Mario, mi compañero de vida, padre de mis hijos, constructor de las casas de la familia y quién no sólo me sostuvo para tener el tiempo de escribir, sino que me animó en cada momento, creyó en mi voz y se convirtió en el más increíble, exigente y generoso corrector de estas líneas.

A mis ancestras, particularmente a las costureras, gracias por enseñarme un modo femenino de crear.

A Alejandra Jaramillo por leerme con un amor y una dedicación enorme y luego echarme un montón de flores que me animaron a publicar estos relatos. Sólo una mujer, una escritora como ella, podía compartir conmigo este costurero.

A Miriam Cotes por darle la última mirada amorosa, casi diría que bautizar esta criatura para que salga al mundo a vivir sus aventuras.

A mis hermanas y amigas que han leído este libro y me hacen comentarios tan conmovedores, que me invitan a entregar estas costuras.

A la madre tierra, porque sí, por la vida, por tanto, por nuestra alianza.

Vestidito

El vestidito es rosa, de una tela delgada que da destellos aperlados, etamina se llama. La blusa tiene dos líneas laterales que bajan desde la mitad del hombro hasta la cintura, adornadas con bordados de pequeños ramilletes de flores blancas y hojas verdes. El cuello es redondo. Las mangas, también rosadas, son de una tela más transparente, un tipo de velo. La unión de la blusa con la falda tiene un recogido que le crea pequeños pliegues y la hace volantona. Se abotona atrás con una fila de perlititas nacaradas. Mi mamá lo hizo para que Alicia fuera a una piñata, cosía de noche cuando acababa las costuras de la calle. Los bordados los hizo una vecina.

Desde pequeño me sentaba debajo de la máquina de coser, casi entre sus piernas y observaba lo que sucedía en el costurero, olía las telas, sentía sus texturas y comprendía cómo iban apareciendo los vestidos. A veces mi mamá me daba una patadita suave para que saliera de mi guarida y no la molestara. La recuerdo agachada, concentrada cosiendo y dando rápidas ojeadas para revisar el modelo pintado toscamente en un cuaderno. El metro colgado al cuello, algunos hilos en su falda, el ojo entrecerrado para enhebrar la aguja. De vez en cuando se estiraba, las manos en la cintura arqueada hacia atrás, el ceño fruncido. Su rostro de cejas firmes y boca delgada mostraba una extrema concentración que me fascinaba. El costurero era tibio y recibía permanentes visitas de amigas y clientas que conversaban entre ellas mientras Teresa, mi madre, cosía y soltaba opiniones aquí y allá. El costurero fue el templo de mi infancia, allí sentí lo sagrado y conocí la complicidad entre las mujeres.

Cuando Teresa terminó el vestidito rosa, pararon a mi hermana Alicia en un banquito y entre mi mamá, una tía y la vecina la arreglaron. El vestido le quedaba perfecto, la peinaron dividiendo el pelo en dos colitas atadas con cintas rosa. Las mujeres le daban vueltas admirándola y acomodándole las mangas, la faldita, las medias blancas a media pierna, hasta que parecieron satisfechas y la bajaron para que se fuera a su fiesta. Después contó que en la piñata era de las más bonitas. Mi mamá sonrió.

Alicia usó tantas veces el vestido rosa que fue perdiendo color y gracia, hasta que fue a parar a un cajón de ropa vieja. Cuando eso papá ya no estaba y mamá se había ido a trabajar a un gran taller de costura. Era la jefe de varias mujeres que, agachadas sobre sus máquinas, cosían chaquetas de invierno para exportar. Alicia me cuidaba al llegar del colegio, me servía la comida dejada por mamá y debíamos ir derecho a hacer tareas o a ver televisión, pero yo quería irme a la calle. Hasta ese momento había pasado mis tardes en la calle jugando fútbol y escondidas con los niños de la cuadra, pero desde que mamá no estaba en la casa decidió no volvernos a dejar salir. Al comienzo me volaba por la puerta en cualquier descuido de Alicia. Entonces, mamá le dijo que apenas entráramos pusiera llave. Descubrí que me podía trepar a la ventana del baño y salirme por ahí. Mamá la selló. Demoré unos días en darme cuenta de que también podía salir por la ventana del cuarto de atrás, aunque era un poquito más difícil. Después de una tremenda muenda, la selló también. Nos mirábamos a los ojos, retándonos a ver quién ganaba. Cuando lograba salir me desaparecía hasta bien entrada la noche, rodando por el barrio,

conversando, jugando y espiando a los vecinos. Sabía que al volver mamá iba a estar esperándome, muy seria, un poco triste. A veces me gritaba, otras veces me pegaba, otras sólo meneaba la cabeza y me hacía entrar. Una vez se puso a llorar. Pero yo no quería que me encerraran, eso nunca.

No sé por qué se acordó del vestidito rosa. Un día lo sacó de su cajón del olvido y le ordenó a mi hermana que al llegar del colegio me lo pusiera, a ver si era capaz de salir así, vestidito de niña, dijo. Le puso candado a mi closet para que no me pudiera cambiar otra vez. La primera vez que Alicia me lo puso se reía, pero también vi un fulgor de crueldad en sus ojos. Toda la tarde estuve con el vestido puesto, encerrado en el cuarto, aburrido y furioso. Me la pasé sentado en la cama, mirando a la pared, balanceando mis piernas morenas que se veían tan raras saliendo de la faldita rosa. Me dormí vestido, sin comer. Al otro día, Alicia repitió la operación, ya sin mayor emoción. Me encerré de nuevo resignado a aburrirme en mi cuarto y dispuesto a no comer, lo que fastidiaba tanto a mi mamá como que me escapara a la calle. Cuando llevaba un rato oí a los amigos llamándome una y otra vez. Me pedían que me asomara a la ventana y me retaban a escaparme. Después de darle vueltas al asunto decidí salir, ni el tal vestidito iba a detenerme. Me descolgué por la ventana y aterricé con vestidito y todo en el frente de la casa. Los amigos no salían de su asombro. Por un momento se quedaron mudos, luego riéndose me cantaron en coro: “Manuela, Manuela, la niña tontuela.” Cuando nos cansamos, ellos de burlarse y yo de mirarlos serio, me preguntaron si podía jugar fútbol con esa cosa. Claro que sí, les dije, y así fue. Con todo y vestidito me fui al potrero y jugué de

delantero como siempre. Al rato nadie le prestaba atención a mi facha y entonces empecé a sentir que me gustaba correr y que la faldita flotara al viento, caerme y que se inflara, me parecía lindo el color rosa sobre mi piel morena.

Y como a todo en la vida, me acostumbré. Creo que mi mamá también se resignó a mis salidas a la calle, no volvió a encerrarnos. Aun así, mi hermana me seguía poniendo el vestidito apenas llegábamos del colegio. Ella seguía las órdenes de mamá hasta la muerte. Cuando dejó de hacerlo, me lo ponía yo, luego entraba a cambiarme antes de que mamá me viera. Nunca supe por qué Alicia no decía nada. El vestido se fue volviendo un desastre, cada vez me quedaba más corto y más apretado pero, incluso así, cuando me miraba al espejo veía algo que parecía bello y real. Ese también era yo.

Detrás de la puerta del baño auxiliar había un espejo grande. Mi mamá lo usaba para que sus clientas se miraran cuando se medían la ropa. Era un baño pequeño, debajo de las escaleras, con un techo inclinado. En la tarde entraba un haz de luz por la ventana de vidrio esmerilado que daba al patio, las paredes estaban cubiertas hasta la mitad con azulejos color cielo, azules azulejos fríos. Gracias al espejo, ese baño se había convertido en mi refugio. Me encerraba por largos ratos a mirarme con el vestido puesto. Daba vueltas, me miraba por detrás, de un lado, del otro, recuerdo mi rostro aún infantil, el pelo corto, piernas largas y huesudas. Algo surgía en mí con el vestido, algo que siempre había estado escondido, agazapado, algo sin nombre que me llamaba. Allí estaba.

Esa parte empezó a crecer, a ocupar un espacio. Fui juntando objetos en un cajón cerrado con candado. Mi mamá y mi hermana se burlaban de mi escondite, diciendo que seguro tenía fotos de viejas desnudas. Ya iba por los doce años y mis amigos sí que tenían esas fotos, pero yo guardaba otras cosas. Al vestidito, ya deshecho, le fui agregando telas de colores brillantes a las que les cosía lentejuelas. Eran retazos grandes que mi mamá había guardado y olvidado hacía tiempo. También tenía pulseras, aretes, coloretos, collares, escarcha, piedras de fantasía y plumas. Cuando podía, sacaba mi tesoro y lo llevaba al baño. Envuelto en una tela suave, roja y brillante, anudada en un hombro, pliegues con destellos de lentejuelas cayendo, un turbante azul enmarcando mis ojos negros a los que les pintaba una raya larga, también negra. Escarcha en la frente, en los párpados. En las muñecas pulseras tintineando. Collares de mil colores. El colorete de mamá pintando una boca sobre la mía. Al terminar, cerraba los ojos, contaba hasta cinco y me transformaba: al abrirlos era Janis, por Janis Joplin, la cantante que en ese entonces Alicia y yo amábamos y escuchábamos a todo volumen. Deseaba su voz de gata pero no me atrevía a cantar, así que tan solo me lo imaginaba y hacía los gestos como si estuviera en un escenario rodeada de admiradores.

Desde el vestido rosa he sido dos, Manuel y Janis. Ella sólo aparece cuando las circunstancias lo permiten. Por muchos años fue clandestina e íntima. La doté de un ajuar lujoso y fantástico que pasó de ocupar un cajón a ocupar un closet, también bajo llave, hasta cuando entré a la universidad y me fui a vivir solo. Entonces mamá me pagó un apartamento en la ciudad y aquí me traje lo de ambos. Un día Janis me exigió salir de su encierro. Estaba

cansada de vestirse tan primorosa para nadie, beber vino blanco y brindar al aire mostrando sus medias y su liguero al espejo, cansada de acariciarse a sí misma soñando con un hombre que la poseyera y la adorara. Manuel había tenido amores fugaces, encuentros con mujeres de las que Janis aprendió gestos y frases, trucos de belleza y modas. Ella es romántica y refinada, no quería sexo casual, quería amor de verdad y, sobre todo, un escenario pues quería cantar con su voz gruesa y sensual.

Soy la transformación, la alquimia. Puedo aparecer como hombre o como mujer. Soy Manuel y Janis. Cuando me miro a los ojos, más allá de todo, estoy yo. No importa la forma de mi cuerpo, no lo voy a mutilar. Lo mío es una mutación desde adentro, algo que dejo salir, que convence por su fuerza. Pero el mundo está dividido. Por eso, Janis estaba escondida. Le busqué una patria y entré al mundo gay. Era la única alternativa. La noche es su tiempo. Allí nunca soy Manuel. Soy Janis.

Mis vestidos los confecciono yo misma. Aparte de cantar es lo que más me gusta. Aprendí a coser con mamá cuando era pequeña y aún no tenía nombre. La veía buscar los modelos, comprar las telas y adornos, trazar los moldes, acomodar la tela, cortarla con precisión, coserla y hacer aparecer vestidos hermosos. Me gustaba ver rodar la tiza blanca siguiendo la línea de los moldes, la manera en que palpaba las telas en el almacén para determinar su calidad, cómo miraba las revistas. La ayudaba a escoger los modelos más bonitos. Por eso, cuando compré la máquina de coser me tomó poco tiempo aprender y el resto fue creatividad. Amo los vestidos fantásticos y elegantes, nada corriente. Elaborar cada vestido me toma semanas. Son mis obras de arte. Amo las

sedas y los pliegues, los colores brillantes pero no chillones. Les coso piedras formando figuras que yo misma dibujo: mariposas, flores, olas marinas, nubes, montañas nevadas, valles y bosques. Casi siempre uso vestidos largos con cola, muy dramáticos. Mi cabello es larguísimo, negro azabache y aunque no tengo senos me gusta llevar lencería que se transparenta. Ahora uso pocas joyas, muy peculiares. Quiero que haya sonido y destellos al moverme. Quiero que al verme recuerden algo bello. Manuel trabaja para mantenerme, sabe que sin mí, su vida se tornaría insípida, sería un ejecutivo más de la enorme transnacional donde trabaja, llegaría cansado a su casa después de beber unos tragos con amigos, de pagar para mirar mujeres como yo, mujeres que encarnamos ese deseo innombrable. Sabe que su soledad, que tanto misterio causa, que tanto temor provoca, es su escudo y su refugio. Como nos pasó hace tantos años con los niños de la cuadra, la gente se cansó de inventar chismes, hacer preguntas indiscretas, burlarse con insinuaciones y simplemente asumieron que así somos.

Lo que desquició todo fue el amor. Era abril, mamá acababa de irse... Siempre viene a la ciudad en Semana Santa. No era feliz con mi soltería pero Alicia ya tenía dos hijos, eso la consolaba. Al despedirnos, me dijo que me quería. La vi entrar a la sala del aeropuerto, con su cuerpo ya un poco vencido por la edad pero todavía bella. “Teresa donde la mar empieza”, le decía mi padre cuando llegaba de trabajar, antes de morir y dejarnos esperándolo para siempre. Allí empezaron los silencios de mamá, se quedaba como mirando más allá de todo, ida. Un día entendí que era allí donde volvía a encontrarlo. Yo sólo lo recuerdo como se veía en el ataúd, tieso y callado. En fin, era abril. Él trabajaba en el

club y era joven. La primera noche que lo vi me miraba arrobado. Acababa de terminar el show y me aplaudían. Era mi cumpleaños, soy hija de la primavera. Me había acostumbrado a no mirar a nadie a los ojos mientras estaba en el escenario pues eso rompía el encanto, me hacía demasiado real. Pero a él lo miré y me hechizó. Mientras cruzaba el pasillo que lleva al pequeño camerino, al son de mis pasos y tintineos, aparecía y desaparecía la imagen de su rostro vivaz, su mirada de admiración. Con un gesto de la mano lo espantaba pero volvía. Ni siquiera en los sueños se quiso ir. En la mañana aún estaba fastidiándome aunque era la hora de ser Manuel.

Durante meses únicamente nos miramos. Eran miradas fugaces pero directas y sin sonrisas, mientras me aplaudían. En esos instantes mi corazón se detenía para luego lanzarse al galope. Lo soñaba, lo veía en los rostros de la calle, lo inventaba cada noche. Supe que se llamaba Alejandro, ¿cómo más podía llamarse? Me fui quedando más tiempo en el club, cada noche un rato más, hasta que mi salida coincidió con la de él. Sólo nos despedimos de lejos mientras él se iba y yo entraba a cambiarme. No podía dejar de ser Janis frente a él, eso hubiera sido como echarle un balde de agua fría en pleno sueño. Quería que me amara, que me abrazara, lo deseaba de una manera desconocida y desesperada. Hasta que una noche, tartamudeando y temblando un poco, lo invité a mi apartamento. En el camino hablamos sin parar mientras yo miraba con disimulo el espejo retrovisor. Era la primera vez que Janis salía a la calle, la primera vez en más de treinta años. Me reía en silencio imaginando cómo me verían con mi vestido aguamarina de seda, la pluma enredada en la moña negra, la pintura dramática de los ojos. Alejandro estaba tan nervioso

que reía como niño de cualquier cosa. El vino blanco en tu mano blanca, la copa en tus labios delgados, tus ojos de los objetos a mis ojos en un vaivén rítmico, nuestras palabras atropellándose encontrando lugares comunes, coincidencias, mil maneras de atarnos... El eco de tu risa pegándose a las paredes, metiéndose en los rincones, penetrando bajo los muebles. Me preguntaste mi nombre, te dije que lo sabías, me dijiste el otro, te dije aquí no hay otro, pero insististe tanto que te lo dije y bajaste los ojos. Fuiste al baño creando una pausa para no asfixiarnos de deseo, para no quemarnos. Al volver supe que te habías echado agua en la cara y que te ibas. El silencio cayó sobre mí como una avalancha. Por primera vez comprendí la profundidad del abismo en que vivo. Pero seguiste viniendo. Mi vida se convirtió en una espera. Cada segundo estaba teñido con la anticipación de cuando estuviéramos juntos, de cuando me miraras, de cuando fueras feliz conmigo. Manuel también pensaba en ti, invadiste los tiempos, borraste los compartimentos. Tu nombre sonaba en mi respiración y en el viento. Cuando nos besamos supe que sentiste lo mismo que yo, pero ese beso selló el inicio de tu huida. Esa noche me dijiste “Janis, qué bello es tu nombre” y te conté la historia del vestidito rosa, del espejo en el baño, de Janis Joplin. Me mirabas fascinado, enamorado. Luego nos besamos apretando nuestras bocas, casi haciéndonos daño, largo, muy largo. Las lenguas explorando los rincones. Las manos acariciando, deseando agarrar algo invisible, algo esencial. Nos besamos hasta que el sol de la mañana trajo la realidad, esa donde yo no existo. Cuando saliste tirando la puerta, sé que te limpiaste la boca, como si así pudieras borrarame.

Alejandro de dulce mirada, de ojos negros, de cuerpo esbelto. Alejandro que escondes tu Alejandra, esa que yo he visto, esa que salta al reír, que le gusta palpar las telas de mis vestidos, que me pregunta de dónde saqué la pulsera que brilla bonito y suena como campanas. Alejandro que estudias en una universidad barata, una carrera de mierda que te hará un hombrecito contando las ganancias ajenas, cargando tu espalda con una sutil joroba. Mi Alejandro que quiere volar pero está asustado de lo que dirá su padre, el hombre serio que ascendió en el banco desde mensajero hasta auxiliar, gran cosa, mi Alejandro que ama los gatos, las películas de Bruce Lee, los chicles, los chocolates que traen estampas, los carros convertibles que no conoce, las chicas de ojos verdes, el vino blanco. ¿Cómo contarte quién soy sin que te asustes? ¿Cómo acunarte con el sonido de mis campanas hasta que duermas y olvides?

El día en que entraste a mi oficina casi me desmayo. Dijiste: “Quiero conocer a Manuel.” Te miré, me miraste, después de un minuto te fuiste. Verme de día, en mi oficina, sin vino, sin Janis, sin risa, fue la forma en que decidiste asesinarme. Casi lo logras. Querías borrar el vértigo que dejé impregnado en tu corazón. De nuevo tiraste la puerta, de nuevo el silencio me cayó encima. Entonces comprendí a mi madre y te comencé a buscar en el silencio, como si hubieras muerto. Dejé de ir al club y pasé muchas noches sentada, mirando por la ventana, con mi copa de vino blanco, las lágrimas rodando suavemente.

Janis plañía como gata en celo... Los carros eran cada vez menos, las luces se apagaban, unas pocas estrellas las vencían en el cielo. Trajimos el vestidito rosa y lo usamos como pañuelo... Buceamos

el silencio... Te encontramos allí. Detrás de ti, estaba mi padre. Vestía como en el ataúd pero ahora me miraba. Su rostro brillaba con luz blanca. Detrás estaba el niño que se quedó esperándolo desde una noche fría, una noche en la que dizque iba a llegar el hombre a la luna.

Lloramos noches y noches. Por ti y por él, por todos.

Con piel nueva y lisa fuimos saliendo del encierro, del silencio, del llanto, pero Janis nunca más se paró en el escenario, ni vistió sus vestidos en público, ni cantó entrecerrando los ojos.

De nuevo es abril. Han pasado muchos abriles desde el amor. Mamá me visitó la semana pasada. Está encorvada, el pelo blanco, las manos torcidas. Caminamos bajo el sol de la mañana, ella colgada de mi brazo, íbamos callados, contentos. En la noche, cuando ya estaba acostada, me senté a su lado y le acaricié la cabeza. Me preguntó si era feliz, le dije que sí, me preguntó que si no quería una familia, le dije que no. Sonrió. Entonces, jalándome hasta hacerme inclinar sobre ella me susurro al oído: “¿Cómo está Janis?” Tomé su mano y tan solo le dije, “un poco sola, un poco vieja pero bien, feliz de que estés aquí mi Teresa, donde la mar empieza.”

Amor nuestro

Los vi en un lugar oscuro, rodeados de canastas de cerveza y bultos de maíz. Uno de ellos estaba tirado, bien metido entre un montón de costales. El otro estaba parado al frente. Se balanceaba con un cuchillo en la mano ensangrentada. Yo lo veía de espaldas. Me di cuenta de que llevaba alpargatas como cuando un hombre va a pelear. Lo más extraño era el rojo, rojo sobre más rojo. Desperté gritando de angustia. La primera que llegó al cuarto fue mi tía, me calmó y le conté lo que había soñado. Las demás mujeres de la casa fueron llegando una a una, me escucharon atentas, tiritando de frío y de miedo. Temían mis sueños porque muchas veces sucedían. Mientras me preguntaban quién era el muerto, mi marido nos miraba burlón. No sabía. “Había mucha sangre y no pude ver los rostros,” les dije. Me insistían que pensara, que me acordara, pero mi marido las echó diciéndoles que eran una parranda de chismosas y que desde cuándo creían en mis bobadas. No pude dormir más. Me acosté a mirar al techo mientras recordaba la historia que parecía rematar mi sueño.

En las tardes los veíamos volver de la escuela tomados de la mano, conversando, sonrientes. Venían jugando por los caminos. Ambos eran tan hermosos: Tano y Matilde. Al fondo los árboles se dejaban mecer y acariciar por el viento. Una luz de tres de la tarde les ilumina los ojos. Todos los tonos posibles de verde entreverados, superpuestos, de pronto un verde oliva sobre uno oscuro. El planeta estaba desierto, sólo ellos existían, ellos y esa corriente estremecedora que los conectaba... Amor de niños, certero y absoluto.

Ellos crecieron juntos, sus familias vivían cerca, aunque la casa de Matilde era la más grande de la región y la de Tano una choza más, como la de todos nosotros. El padre de ella era rico y ambicioso. Era un hombre alto, elegante, mandón. La madre apenas sí abría la boca cuando estaba con él, le debía un hijo varón y ese pecado la hacía defectuosa a los ojos de él y de los demás. A Don Nepomuseno, así se llamaba, le importaba un bledo eso del amor de su hija, le parecía un tonto juego de niños, una fiebre que le pasaría en cuanto creciera un poco. El mundo era un lugar en el que se hacía lo que él quería y mientras vivió no hubo nada ni nadie que le demostrara lo contrario. Por eso, cuando decidió que Matilde se tenía que casar con Floro, muchos años más viejo que ella pero hijo del cacique de la región, supimos que así sería. De nada valieron los ruegos de su mujer y la furia callada de Matilde que ya era un vendaval de muchacha. Con sus ojos grises encendidos en fuego le gritó, delante de mucha gente del pueblo, que era un maldito tirano. Pero igual Don Nepo la obligó a casarse. Aunque no invitaron a la gente del campo, al menos no a los corrientes, estuvimos apeñuscados en la plaza esperando la salida de la ceremonia, mirando el vestido, la carita de Matilde disfrazada de mujer cuando era todavía una niña, el susto de Floro, el orgullo de Don Nepo y la desolación de Tano, parado lejos de todos (la punta de la bota golpeando el piso en un toque rítmico). Y aunque no nos invitaron, echamos voladores y tomamos cerveza. Era también nuestro matrimonio, ¿cómo no, si a ambos los vimos crecer? En el mismo momento en que salían casados de la iglesia, se inició una desgracia que también, de algún modo, era nuestra. Matilde no olvidó a Tano, ni él a ella. Se separaron un corto tiempo. Ella tuvo cinco hijos, creemos que sólo el mayor es de Floro. Veíamos a los niños y comentábamos lo lindos que eran, lo parecidos a Tano, tan buen mozo, moreno, con unos

ojos negros picarones y esos brazos fuertes y peluditos. Eran sólo murmuraciones pero sí sabíamos que ellos se seguían viendo, se seguían amando. Y ese amor también era nuestro.

Hasta que un día Floro comenzó a amenazar con matar a Tano. Lo decía en voz alta, cada vez que se tomaba sus cervezas en la tienda de la Punta del Llano, la de doña Margarita (la cabeza colgada, el codo apoyado en la mesa, la mirada perdida, un dedo que se levanta al aire, acusando, repartiendo justicia, un dedo que cae desmayado, un hombre que se duerme entre sus babas, entre botellas de cerveza vacías). Empezamos a sufrir, a observarlos día y noche, a contarnos dónde estaban y a tratar de evitar que se encontraran. Un día estuvieron a punto de cruzarse en la cafetería, pero la señora María entretuvo a Floro mientras la comadre Zoraida sacaba a Tano con la excusa de que necesitaba una ayudita en la casa. Al cabo de unos días andaban armados. Matilde casi no volvió a asomarse por el pueblo. Se quedaba en su casona del campo cuidando su maíz y sus hijos. A ellos comenzaron a molestarlos en la escuela, a decirles que su papá no era su papá y que un día iban a ser pobres, pobres, cuando su papá de verdad matara a su papá de mentiras. Los niños preguntaban en la casa y sólo encontraban el silencio de su madre y la mirada resentida de su padre. Eso nos contaban las muchachas que les ayudaban. Matilde se puso flaca y pálida, creíamos que por la falta de los encuentros con Tano, allá en el bosquecito cerca al cerro amarillo. Ella iba a eso de las diez de la mañana, con cara despistada, como quien no quiere la cosa, pero se veía radiante. Tano había llegado desde temprano, bien arregladito con su peludo pecho al aire. Se quedaban horas y horas retozando en los pastizales, bañándose en el río. Los cuidábamos, no nos acercábamos ni dejábamos que

nadie lo hiciera. Ese amor era nuestra joya. También queríamos a Floro, no tenía la culpa de ser viejo y feo. Se le notaba a leguas que adoraba a Matilde. Le daba gusto en todo, la dejaba hacer lo que quisiera. La llevaba de vez en cuando a la ciudad, le compraba vestidos bonitos y hasta le regaló una bicicleta que a ella se le antojó y que luego usaba para ir a encontrarse con Tano. ¡Pobre Floro! Mientras duró engañado fue feliz. Tantos años creyendo que al fin era alguien, no el gordito callado que siempre había sido. La culpa fue de doña Lucrecia, la mamá, era terrible. Floro y sus hermanos no podían ni respirar sin su permiso. Los hacía vestirse con ropa de ciudad, hasta para ir con otros niños de la región a la escuela. Se veían chistosos con sus trajes oscuros, sus botas de punta, sus camisas almidonadas, caminando por caminos polvorientos en medio del calor insoportable. Los gritaba frente a cualquiera, pegándoles unos pellizcos que se hicieron famosos. Tanto que en esa época le decíamos a los hijos, si sigue así lo pellizco al estilo Doña Lucrecia (la mirada devastadora haciéndote sentir un bicho, la mano que se acerca a tu brazo, a la parte carnuda y agarra un trozo, lo retuerce, lo retuerce hasta exprimirle la sangre, hasta recordarte que dependes de esa mano para seguir viviendo, que si quisiera seguiría presionando hasta eliminarte, la carne palpitando adolorida).

Cuando se casó con Matilde, Floro sintió que agarraba el cielo con las manos. Se empezó a vestir a lo campesino, caminaba a grandes zancadas por sus propiedades como marcando territorio, reclamándolas por primera vez. Hablaba duro y echaba barriga. Todo un señor. Ella le ayudó a levantar la finca, además de haber dirigido a los obreros que arreglaron la gran casa que les dio el cacique. Controlaba a los jornaleros y a los peones y hacía

los negocios. La Matilde, además de bonita, era sagaz. Por eso también sufrimos por Floro. Lo vimos aturdido, como si lo hubieran despertado a gritos en mitad de un sueño. Se deshizo en días, su fuerza venía de saberse el marido de Matilde. Lo peor era que su familia lo presionaba. Su padre, acostumbrado a arreglar cualquier problema con un plomazo, le decía que era el idiota más grande de la región. Sus hermanos se ofrecían a ayudarlo a matar a Tano y su madre aprovechaba para volver a humillarlo, lo hacía sentir como un pedacito de mierda. En el fondo, Floro no quería matar a Tano, pero le tocaba para apaciguar el dolor y recuperar la honra (la honra, la virilidad, ese respeto con que lo miraban en el pueblo, con que caminaba llevando a su mujer de gancho, aunque era un poco más bajo que ella, era su marido, su hombre). Lo veíamos sufrir callado, tomar trago cada vez más seguido, cada vez hasta quedar más borracho. Pasaron muchas semanas en las que controlábamos donde estaba el uno y donde estaba el otro. Hacíamos fuerza para que no se encontraran (agitadas, nerviosas, con una misión, un destino, agitadas, nerviosas, sin perder detalle, tapando huecos de la realidad, dirigiendo la intención en un solo sentido: evitar la desgracia que los golpearía a todos, salvarlos). Tano parecía tan tranquilo como siempre, les sonreía a las muchachas con su camisa blanca abierta, mostrando el pecho y la cruz de plata que Matilde le había regalado. Siempre había sido medio vago, su madre lo cuidaba y lo mimaba como a un niño. Antes de todo esto, había dicho que nunca se iba a casar, porque ya estaba casado aunque jamás diría con quien. Tenía noviecitas con las que iba a bailar y a pasear los domingos por la plaza, pero no le duraban mucho y nunca dejó de encontrarse con Matilde por ellas.

Amaneció al fin. Aunque mi marido se burló de mi sueño, sé que durante la noche sucedió algo. Cuando apenas estábamos levantándonos llegó Juanita, la niña de la casa de arriba, corriendo y gritando “anoche se encontraron, aún no sabemos quién mató a quién.” Ahí descubrimos que mientras nosotras habíamos trabajado duro para evitar la tragedia, los desgraciados hombres de la familia habían hecho apuestas, no sólo entre ellos sino con los de la vereda y el pueblo. Se pusieron a alegar porque aún no sabían quién ganaba y quién perdía. Las mujeres nos miramos incrédulas, dolidas. De las otras casas salía la gente, les íbamos contando, les informamos a todos de aquí al cruce de la carretera. Los campos se erizaron ese día, como siempre que sucede una desgracia. En el camión de camino al pueblo, nos preguntábamos una y otra vez quién sería el muerto. Unas juraban que Tano y otras que Floro. Yo contaba mi sueño aunque mi marido me seguía mirando burlón. La plaza estaba alborotada, de todas las veredas llegaba gente, en grupitos se conversaba sobre lo sucedido. Entre las mujeres nos mirábamos, sintiendo vergüenza por no haber podido evitarlo. Nos dolía que nuestra historia de amor terminara así, en un escándalo, en un hecho de sangre. Era como si cada una fuera un poco Matilde, amada de esa manera por dos hombres, como si comprobar que Tano y Matilde se seguían amando nos diera aliento para aguantar la terrible aspereza de la vida.

Supimos que a medianoche Floro salió de su casa y se fue derecho a la cantina a buscar a Tano. En el camino lo vieron, pero ahí mismo se dieron cuenta de que no podían hacer nada. Caminaba decidido, con un aire de llevarse por delante al que se le atravesara... La luna crecida, brillante, hacía ver más blanca su ropa blanca... Calzaba alpargatas. Dicen que se veía adolorido pero firme,

decidido a matar o morir. Solitario cruzó la plaza. Cuando entró a la cantina estaba pálido. Sacó un puñal. Buscó a Tano que estaba en el fondo conversando con unos amigos. Caminó hacia él sin mirar a nadie más. A su paso los demás se iban poniendo de pie, callados, dejándolo pasar con su dolor (un dolor que ocupaba un espacio mayor que su cuerpo, hinchado como un brazo acabado de pellizcar). Mientras se acercaba le gritó que fuera hombre, que sacara su arma. Tano lo miraba congelado. Aunque tenía un revólver no hizo ni el menor gesto de sacarlo. En un momento pareció reaccionar pero Floro se le abalanzó y lo acuchilló sin parar una y otra vez, una y otra vez, otra vez, otra vez, otra vez, con tal furia que parecía querer algo más que matarlo. Le rompió muchas veces el pecho, hurgando para chuzarle el corazón. Tano no reaccionó, tal vez estaba demasiado asombrado.

Floro se detuvo en seco. Se paró exhausto, tambaleante... Tano moribundo en el piso, tirado entre los costales amontonados, bañado en sangre. En la cantina se relajaron. Al fin la historia había terminado, años de tensión y angustia al fin resueltos. Inesperadamente cuando ya estaban a punto de acercarse al muerto, Tano sacó su pistola y desde el piso le disparó a Floro que aún lo miraba con los ojos entrecerrados y el puñal ensangrentado en la mano. Disparó un solo tiro directo al corazón. Floro cayó sobre Tano y murieron casi abrazados. Los hombres de la cantina quedaron mudos un rato, quietos, respirando apenas.

Nadie ganó las apuestas. Mi sueño fue verdad.

Matilde llegó después. Eso fue lo peor porque para llegar a la cantina le tocaba atravesar la plaza y nadie se iba a mover de ahí

hasta que no lo hiciera. Así somos. Cuando se bajó del carro nos dio lástima, la mirábamos como de ladito, por debajo del sombrero, pero sin perder detalle. Estaba nerviosa pero altiva, como si caminara más arriba de nosotros. Llevaba un manto negro y ropa elegante. Toda de negro con sus hermosos ojos muy tristes y su largo pelo negro recogido. Se veía linda. No bajó la cabeza. Caminó despacio, mirando al frente, sin tropezarse. Cruzó la plaza y entró a la cantina (la plaza enorme, hecha por indios a punta de látigo, plaza enorme de piedra redonda recogida de los ríos, una mujer de negro la atraviesa, va derecha, corrillos de gente quedan atrás, la miran, la luz de la mañana ilumina su pelo pero no sus ojos bajos metidos en la sombra, una presencia fuerte recortada nítidamente contra las paredes blancas de las casas).

Los que estaban en la cantina tampoco la querían mirar pero la miraban. ¡Ni modo! Los cuerpos, ahora uno al lado del otro, estaban cubiertos con costales. Se asomaban los pies, los de Floro con alpargatas, los de Tano con botas. Matilde se paró al frente, mirándolos a ambos. Todos esperaban un gesto. Se acercó primero a Floro, lo destapó y se quedó parada mirándolo durante mucho rato. Luego se acercó a Tano y también lo destapó, se agachó y pasó su mano varias veces por la cara, apartándole los mechones ensangrentados (ojos abiertos, vacíos, tiesos, ojos que ya no devuelven su nombre, ya ni siquiera son negros, ojos que miran a la nada, ojos que no son de nadie, ya no los habita un alma).

Comenzó a llorar bajito, cubriéndose la cara con el manto. Poco a poco su llanto se fue haciendo más fuerte, hasta convertirse en un lamento que oíamos desde la plaza, cada vez más alto, más triste. Las mujeres agachamos la cabeza y comenzamos a mo-

quear, a limpiarnos los ojos con la manga hasta que no pudimos más y le fuimos haciendo coro. Lloramos mucho rato, sin parar. Lloramos por ella, no por ellos, eso lo sabíamos todas. Lloramos por la niña de ojos grises que un día vimos entrar a la iglesia vestida de blanco, asustada y demasiado maquillada. Lloramos por el amor verdadero, el que tanto velamos y no tuvimos. Lloramos por la soledad de la cocina, por la vejez, porque no nos creían los sueños, porque los hombres habían apostado, porque ya no íbamos a sentir el viento cálido cuando se encontraban en el bosque, porque nadie le iba a comprar vestidos bonitos a Matilde y nunca nos habían comprado ninguno a nosotras. Lloramos y lloramos hasta que la vimos salir liviana, hermosa, limpia. Los hombres se apartaron, nos miraban como si estuviéramos locas.

Después dijeron que Floro le había dado tantas puñaladas a Tano que lo había matado siete veces. Se repitió de boca en boca... No entiendo cómo lo pueden matar a uno más de una vez. Aunque sí, la verdad sí entiendo. Morimos cada día, nos matan muchas veces, otras tantas simplemente se nos pierde el hilo de la vida. Nos quedamos esperando algo, no sé qué, y nos vamos desangrando.

Rosalba, la de los Caicedo

¿No le han contado quién era Rosalba? Vea, era una pelada que trabajaba donde los Caicedo, la casa de portón negro frente al parque. Tenía diez y seis años y nosotros catorce o quince, pero Rosalba se veía mucho mayor. En esa época llegaba del colegio, tiraba todo y me lanzaba a la calle, a veces mi mamá le daba por joder pero como me iba bien en el colegio no le duraba mucho el tropel. Cuando la cosa se ponía áspera tenía que gritar y tirar la puerta para desaparecer. Entonces al voltear la cuadra, cambiaba de cara, me sacaba la camisa del pantalón, metía las manos a los bolsillos y me iba derecho a la cancha de fútbol. Generalmente Vargas y el Flaco ya estaban allí. Sus mamás ni cuenta se daban. Al rato llegaban el Tuso y Juanco. Al pobre Mono le tocaba teso porque lo encerraban hasta que terminara las tareas. Llegaba tarde a todo. Nos sentábamos apretujados en el banco al lado de la cancha, alguno sacaba un pucho que fumábamos entre todos. Hablábamos poco. El Flaco cogía un palo y abría huequitos en el pasto. De pronto un chiste. Mirábamos pasar a la gente. Las muchachas en uniforme de colegio cruzaban rapidito hacia la tienda, iban a hacer mandados. Algunas nos saludaban de lejos, otras paraban a conversar, siempre estaban de afán.

Un día pasó una mujercita diferente: bella, desparpajada, morena, coqueta, con una falda cortica y esas piernas desnudas que poco vemos en esta fría ciudad. Se quedó mirándonos. Cuando salió de la tienda se acercó y nos dio un dulce a cada uno. Se llamaba Rosalba, era la empleada doméstica de los Caicedo. Venía de Santa Marta. Había vivido siempre frente al mar. Entendimos por qué caminaba como una diosa. Desde ese día sólo la esperábamos a ella. Cuando estaba, reíamos mucho. Un día nos contó que los Caicedo se habían ido por tres días. Armamos tremenda

fiesta, con vallenatos, aguardiente y cigarrillos, sólo ella y nosotros seis. Bailamos por turnos, muy pegados, ojos cerrados, corazones conectados, ella nos enseñó. Era la primera vez que sentía un cuerpo de mujer tan cerca, sus senos me enloquecieron y quise tocarlos pero ella con gracia me alejó. Dormimos en la cama de los patrones, entrelazados y felices. Nos despertó con enormes vasos de jugo de naranja y nos despachó para que nuestras mamas no se preocuparan.

Un mes después los Caicedo volvieron a viajar a su finquita. La emoción nos invadió, organizamos la parranda. Esa noche, Rosalba se llevó a Vargas a su cuarto. Había prometido enseñarnos el “arte del catre”, como decía. Los demás dormimos inquietos. En la mañana, Rosalba nos despidió diciendo que Vargas iba a dormir un rato más, que nos fuéramos. La curiosidad nos mataba pero el pacto era que cada uno contara lo que quisiera. En la tarde apareció un Vargas distraído y contento, se sentó como siempre y no contó nada. Cada vez que teníamos oportunidad se armaba la rumba. Fueron pasando a la clase Juanco, el Mono, el Tuso, el Flaco, sólo faltaba yo pero no me sentía mal porque Rosalba me susurraba que yo le gustaba, mientras me palmeaba el trasero y me lanzaba una mirada cómplice. Casi no hablábamos de eso pero sabíamos que cuando alguno pasaba por los brazos de Rosalba, su mirada cambiaba para siempre.

Esa noche estaba nervioso.

Ella baila sola en el centro de la sala

en un vallenato suave se me acerca
bailamos adheridos

su lengua entra a mi boca y lentamente la recorre
me lleva de la mano a su diminuto cuarto azul

la cama es angosta

arrodillados frente a frente

mi corazón late bum, bum, creo que ella lo puede oír

nos tomamos de las manos, mirándonos a los ojos

un silencio desciende

abre mi camisa, yo la de ella

sus senos brotan redondos y erguidos, los toco como descubriendo un planeta lejano

viajo por su cuerpo caliente

entrelazados

su rostro iluminado y sonriente

hermosas palabras que riman con su acento marino

sus manos en mi cadera, meciéndome y llevándome muy adentro

hasta estallar

A los pocos días nos quedamos esperándola, no llegó, tampoco al día siguiente, ni al otro... Tiempo después supimos que la echaron del trabajo. A la señora Caicedo le fueron con chismes y dizque le dio miedo que le robara el marido. El barrio entristeció. Rosalba nunca volvió a visitarnos. La leyenda se regó por las calles y los chicos nos preguntaban, maliciosos, por ella. Con rabia les decíamos que no hablaran de ella, era nuestra amiga y que si no se callaban, los callábamos. Igual la historia siguió y siguió. Tal vez porque todos querían encontrar una mujer así, tal vez porque hasta nosotros después de tantos años la añoramos... Nunca conocimos otra que gozara así, libre y risueña. Tal vez porque la inventamos y nunca existió, ni siquiera nosotros seis lo sabemos.

Avalancha

Fue hace veinte años pero cada día vuelve su eco infinito. Viene cubierto de lodo. No es un recuerdo salido de la mente. Está en mi cuerpo. Me ocupa toda. Mi brazo derecho se deshace. Operado dieciocho veces, reconstruido, cosido, soldado, amarrado, algún día colgará inerme. Una cicatriz como un río recorre mi costado derecho, dividiéndome entre ese día y el resto de mi muerte, cicatriz violeta serpenteando sobre la piel blanca. Desde el hombro desciende, se arremolina, se retuerce, adelgazándose hasta desembocar en la palma de mi mano derecha, mar de carne donde mi destino fue desviado. Resurge fina y pálida bajo el brazo hasta la cadera donde se torna caudalosa y oscura para luego bajar, casi invisible, hasta el pie. Hilo a tierra. Alarido tatuado. La recorro con la mirada y me habla en lenguas de agua y fuego. Albergo un pedazo de platino en la cadera. En las mañanas grises, siento su vibración, revive su naturaleza metálica desprendiéndose con violencia de la piel caliente y roja que lo acuna e intenta vanamente echar raíces en él. Se torna objeto punzante. Mañanas de dolor y recuerdos provenientes de ese hueso falso, muleta interior que simula que en mi cuerpo no pasó nada. Me sumerjo en mi mirada negra. Soy tan anciana como la tierra que me sepultó, tan sabia como la muerte que atisbé, tan eterna como el dolor de saberse mortal. Vulcano, con tu fuego creaste mi rostro y el de la tierra.

Esa mañana llovía ceniza, el aire era denso, oscuro. Corrí a recoger la ropa que había dejado colgada en la tibia noche. La de mi niña estaba sucia, la de mi hombre estaba toda negra, la mía estaba extrañamente limpia. Día de idas y venidas como tantos.

Ya casi no notábamos el aliento lúgubre que venía de la enorme boca del volcán nevado, rey de fuego y nieve. Hálito de muerte eclipsado por las voces de la radio que aseguraban que no pasaría nada. Al fondo de la monotonía habitaba un terror callado que había crecido lentamente durante los meses que vimos brotar la columna de vapor, cada vez más alta y nítida, por el cráter blanco. La vida no envía semejantes desgracias sin señales de aviso pero tapamos el ojo del corazón con el murmullo de una razón ciega que repetía lo que los poderosos ordenaban: no pasaría nada, no pasaría nada, nada. Mirábamos de reojo la columna de vapor, tratando de leer sus formas, de adivinar lo que escribían en el cielo. Ese día fue igual, la columna, la lluvia de ceniza y el aire de presagio que tampoco nombrábamos. En la noche ni siquiera viajé por su cuerpo. Era una noche de las de siempre, de las ordinarias, esas que gastamos como si fuéramos inmortales. Quizá hay algo sabio en esa ceguera frente a la presencia de la muerte, en creer que siempre habrá tiempo y que el futuro existe. Lo besé casi sin mirarlo, con una confianza que me eximía de todo esfuerzo, con la certeza de que lo amaba. Chamo estaba cansado, sus huesos se hundían en la cama y con los ojos cerrados volaba a algún lugar. Mi niña dormía con la imagen de su ángel de la guarda en la cabecera. Hacía un rato se había arrodillado a rezarle: “Ángel de mi guarda, mi dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, hasta que me encuentre en paz y alegría, con todos los santos, Jesús y María.” Lo decía con una fe que nunca le enseñé, porque yo no la conocía. Mi niña de ojos negros, nació con Dios en la boca, hablaba de él sin ceremonia, decía que la seguía a todas partes como un perrito. Jamás entendí ese dios chiquito y juguetón de mi Violeta. Esa noche cada gesto era un signo premonitorio pero sólo la hecatombe creó la luz para entenderlos. No comprendo para qué vemos lo obvio cuando ya no

sirve de nada. Cayó de golpe, como una guillotina. Sucedió en un instante pero aún sucede y sucederá eternamente, hasta cuando el último ser de la tierra desaparezca y aún después. Una y otra vez los gritos romperán la noche, cuerpos electrificados, en alerta, sin transición desde el sueño profundo.

Estábamos soñando... De pronto un ruido húmedo nos despertó. El techo desplomándose, mi hombre gritando, su mano tratando de alcanzarme, la veladora apagada rodando, humeante, los muebles destrozados, la ropa regada ¡Que desorden Dios mío! Mañana tendré que hacer mucho oficio. Caen piedras, se hunde el piso, voy empujada de un lado a otro, se hunde el mundo y sólo escucho su gemido. ¿Dónde está mi Violeta? Oscuro, todo oscuro y empapado. Gritos, lodo, piedras. La tierra tiembla y rugen, el caos se esparce por la ciudad. Ya no hay muros ni techos completos, un agua blanquecina y espesa nos invade, penetra cada resquicio, destruyendo lo que encuentra a su paso, arrastrando seres y cosas. Me quedo atascada en algún lugar mientras la tierra se va calmando, los ruidos parecen haberse juntado hasta crear un solo lamento.

Me doy cuenta de que estoy enterrada de lado, mi costado derecho está atrapado entre el lodo. La voz de mi niña es lo único que he seguido en medio del desastre. Ahora siento que me llama desde el vientre de la tierra y, petrificada, la escucho. Tomo aire, intento liberarme, estoy atada a la tierra. Miro alrededor, el infierno nos devora. Me concentro en mi niña, la oigo con todo mi ser e intento responderle: “No llores pequeña, shshshshshsh,” le susurro como cuando la acunaba. ¿Cómo parirla otra vez? ¿Cómo arrancársela a la muerte? Tierra, sácala de tus entrañas, dámela

maldita, dámela te lo ruego, te lo imploro. Dios mío ¿por qué me la quitas? Devuélvemela, llévame a mí. El gemido es cada vez más tenue... Te pondré el vestido azul, te haré trencitas, iremos con tu nené a pasear, bailaremos, mi Violeta no te calles. Silencio entre gritos. Violeta no te vayas. Me voy, el cuerpo sigue ahí atrapado pero mi alma vaga por laberintos desconocidos. Vértigo en medio de la nada. Mi mano en el barro sostiene un objeto, lo agarro con todas mis fuerzas, asidero pequeñito y vano que me ayuda por momentos a volver a juntar el cuerpo y el alma. Quiero morir antes de que amanezca, estoy demasiado cansada. No podré arreglar tanto desorden, a Chamo no le gusta que se riegue nada, tiembla cuando algo se derrama. ¿Cómo limpiaré tanta agua? Mi niña no tendrá uniformes planchados. Barro metido en los cajones, ¿cómo lo sacaré? El brazo duele y quiero morir pero solo él parece obedecerme, el resto de mi cuerpo está dormido. Noche eterna, tierra ataúd, ten clemencia, asesíname también. La ciudad enloquecida. Esther deambulando desnuda, estatua móvil de lodo, mirando al cielo, reclamando furiosa. Fantasmas vivos, vecinos ahora desconocidos convertidos súbitamente en ancianos flacos hechos de humo y terror. Corren de un lado a otro pasando sobre mí sin verme. ¿Habré muerto ya? No, este palito que tengo en la mano existe, me sostiene. Me hundo, salgo otra vez. Voces que vienen de muy lejos, árboles y postes caídos, casas hundidas. ¡Qué desorden! La ciudad ya no está, la ciudad blanca, la ciudad de la fiesta, la ciudad de paso, mi cuna. Al fondo de la oscuridad ondea una luz extraña.

Lo conocí una tarde de lluvia. Al comienzo me pareció raro: su cara mulata, ojos achinados, dientes en fiesta. Me decía tantas cosas con un ritmo tan alegre que pronto sus palabras se convir-

tieron en música. Me sentí desnuda frente a un hombre por primera vez, yo ahí en medio de la calle con mi blusa blanca, faldita a cuadros. Chamo, juramos morir juntos, pero antes conoceríamos la selva y la nieve, arreglaríamos el patio de atrás para tu mecedora, me regalarías tus poemas secretos. Quiero pensar que tal vez navegas lejos de aquí. La tierra te salvó y te arrastra al mar. Cruzarás la tierra y nos encontraremos al otro lado de esta noche infernal. Pero no. Caes, estiras tu mano hacia mí, me miras sin verme. Se que estás muerto. Está amaneciendo, una luz se cuele entre nubecitas cortadas, luz violeta, mi Violeta. ¡Qué extraño! Hay luz, miro alrededor y no entiendo nada, la luz me ofende. El café, ¿donde quedaría el café para el desayuno? Maldita sea, estoy viva, los calambres me recorren con insistencia, odio esta vida que corre torpe, impedida por la tierra que me aprisiona. Ríos de lodo me rodean convirtiéndome en una isla de carne. Miro al cielo, el brazo izquierdo comienza a moverse, pegajoso, aterrado, se sacude el pesado barro. La pierna lo sigue, movimientos inútiles, pataleo lento. Amanece, no lo puedo creer, ¿cómo puede la tierra ser tan indiferente? Vomitar su tensión, sepultarnos y seguir dando vueltas. ¿Cómo me tiene aquí atrapada y sigue tan campante girando sobre su eje, egocéntrica e implacable?

El dolor se va haciendo insoportable mientras la ciudad se lamenta. Le gritan al Volcán Nevado con rabia, como si él no hubiera avisado, como si no hubiera esperado hasta que ya no pudo más, hasta que el calor lo descongeló, como si él no hubiera mandado sus mensajeros de vapor, de humo y de ceniza. Van llegando gentes vestidas de naranja, sirenas y gritos, órdenes y palas, miradas de horror. Quiero cortarme medio cuerpo, no lo soporto. ¿Será posible vivir con un brazo, medio vientre, una pierna, sin

alma? Vivir... Este amanecer traidor me insufla aliento. Vuelvo lentamente, mi lado izquierdo quiere vivir, traidor aliado del sol. Cuerpos retorcidos, lo inaudito hecho monumento. Peleo hasta agotarme, mi lado izquierdo quiere vivir, le ordena al otro lado entregarse a la tierra y esperar. Algo desconocido crece en mí, se nutre de la luz, se fortalece.

Me vuelvo a ir, atravieso sin esfuerzo la tierra, me sumerjo sin ahogarme, ya no soy sólida, soy liviana, penetrante. Buceo hacia el centro, sólo unos pocos metros y estoy recorriendo las ruinas con los ojos abiertos. Mi casa está intacta, la puerta abierta, las flores brillando. Entro despacio, el corazón palpita en todo el cuerpo, voy de la cocina al baño, camino por el corredor, abro puertas, atravieso paredes, todo es líquido pero igual que siempre. En el centro de la cama yace Chamo, limpio y sereno. Sin pronunciar palabra me dice adiós, me ruega que me salve. Sin tocarlo lo abrazo, le pido perdón por sobrevivir. Él sonríe mientras me dice, “todo es como debe ser, no pelees mi amada.”

No quiero ver a Violeta, jamás podría volver a mi cuerpo medio enterrado, jamás aceptaría este impulso de vivir. Me detengo una eternidad y algo me empuja frente a ella que hecha un ovillo flota desnuda en medio del cuarto, su negro cabello la envuelve. Se ve plácida, luminosa. Me mira con dulzura y me dice algo extraño, “algún día volverás a mi vientre, ahora me voy con mi diosito, vete mamá.” Me dice adiós con la mano. Cuando voy a responderle, estoy de nuevo en mi lugar de entierro. El dolor ha vuelto y es agudo. Un grito brota pidiendo auxilio, mi cuerpo izquierdo patatea y se vuelve bandera.

Pero no quiero que me salven. ¿Para qué? Mi boca se sella, los veo removiendo tierra, me hablan, me dan valor, me preguntan cosas que no puedo contestar. Dicen que llevo quince horas, el tiempo que duré pariendo a mi niña, tal vez el mismo que duró muriendo. Me jalan, pelean con la tierra que no me suelta, pelean conmigo que no quiero desprenderme. Dicen que se derritió la nieve, comentan que la ciudad desapareció, que hay miles de muertos, no se sabe cuántos. Siguen cavando, jalando, quiero gritarles que me dejen allí. Es mi tumba, no la profanen, pero no puedo hablar. Una voz cariñosa me dice, “usted es una de las pocas sobrevivientes.” Sobreviviente, sobreviviente, sobreviviente. Esa palabra me rondará por siempre. Partida en dos, el lado izquierdo se alía con los rescatadores, el otro ya no siente pero se aferra a la tierra. Yo, ¿cuál yo?, quiero sumergirme en la tierra que después de vomitar sus entrañas se ha cerrado, después de ser agua se ha endurecido, después de ser fuego se ha enfriado. Déjenme aquí, mi niña se puede despertar en cualquier momento y nunca ha estado solita. Otra voz adentro: está muerta, aquí no quedó nada.

Guiñapo, salgo de la tierra hecha un guiñapo, no soy yo, no sé quién salió de ese lugar, no soy yo. Me agarro a la tierra con las pocas fuerzas que me quedan, con la mano izquierda, la única que me responde. Sin esfuerzo me arrastran. Alcanzo a ver lo que aferra mi mano derecha. Es el crucifijo con el que Violeta jugaba. Me carga un hombre grande, soy una recién nacida pero la mitad de mí ha muerto. No puedo gritar. Voy mirando alrededor, no hay nada, sólo un lago gris de barro extendido al infinito. Veo flotar zapatos, televisores, muñecas, papeles, una foto, pedazos de muebles, ropa. Ahora todos los de la ciudad somos uno, los obje-

tos salieron y vagan por ahí sin dueño, ya no serán recuerdos de nadie. Somos uno y está muerto. El aire huele a azufre, el diablo se pasea satisfecho. Dios llora por nuestra sordera.

Me llevan de un lado a otro, manos apretándome, cosiéndome, limpiándome, no me hablan ni me miran a los ojos, todo es afán y ahora se trata de mi cuerpo. Sigo escuchando el gemido de Violeta, ahora lejano. Una tarde de sol la bruja de ojos bellos me dijo mientras miraba la palma de la mano, “su vida se divide tajantemente en dos.” Creí que era porque en una semana me iba a casar y Chamo era la otra vida, la puerta al otro lado. Le pagué satisfecha. No quise darme cuenta de que su mirada cálida se dirigió al piso. Ahora entiendo por qué se fue tan rápido y sólo me dijo, “se feliz con tu hombre, pequeña.”

La comida era una tortura, el día pasaba despacio y la noche más. El tiempo se convirtió en un pasadizo angosto por el que alguien me empujaba cada día hacia el siguiente. La enfermera al verme comenzaba a llorar, el médico recién graduado temblaba revisando mis heridas, el sacerdote me pedía perdón por su colega que aseguró que no pasaría nada y luego huyó antes del desastre. Todos querían que viviera para tener algún motivo para perdonar a Dios por tanta desgracia.

Veía la televisión desde la guarida de sábanas y mantas: voces lamentando lo ocurrido, explicaciones absurdas, estadísticas, reseñas de los volcanes que habían hecho erupción durante los últimos años junto a imágenes de tanques de guerra entrando al Palacio de Justicia, magistrados y guerrilleros muertos, el país desolado. Dos hecatombes que callaron las balas durante una se-

mana, la pausa más larga en esta guerra bastarda. Sin recuperarnos de la visión del Palacio en llamas, atestiguamos la furia de la tierra. Una ciudad arrasada, el Palacio de Justicia destruido, el llanto de un país descubriendo una versión más de la maldición que parece fundarlo cada día. Después de esa nefasta semana callaríamos y nos miraríamos asombrados y enmudecidos hasta el siguiente desastre.

Llegó mi hermana. Al verla recordé mi nombre pero tampoco lo pude decir. Mientras me abrazaba decía: “¿Qué decirte hermanita, qué decirte?” Me acunó callada durante días y noches, dándome sopa sazónada con sus lágrimas que fluían sin interrupción. Lloraba lo que yo no podía llorar. Un día mis lágrimas, atraídas por ese río constante, comenzaron a brotar. Para ella fue una fiesta, lloraba y reía al tiempo, abrazándome y diciendo, “bienvenida, la vida está contigo.”

“Confirmado: aunque no hallamos los cadáveres, su marido y su hija están desaparecidos. Señora lo siento, no están en ningún refugio, en ninguna lista, en ningún cementerio. Lo más probable es que estén muertos”, dice con eficiencia el joven uniformado, pero su mirada al aire lo traiciona. Muertos, ya lo sabía, pero escucharlo en tono oficial pareció colarlo a la profundidad del alma. Apenas lo miro, repite, “lo siento.” Me entra un acceso de risa, hay algo estúpido en lo que sucede, río cada vez más alto, convulsionando. Corren a calmarme, me inyectan, mi hermana trata de apaciguarme.

Duermo durante semanas y semanas, mi voz aún no brota, estoy en la casa de mi hermana en Bogotá, una ciudad fría e inmensa que alguna vez conocí con Chamo. Entonces me aterró con sus edificios y su tráfico, pero me encantó con sus cerros verdes y su luz nítida. Cada día al llegar de su guardería, el pequeño Mateo entra a mirarme. Al comienzo le parezco un monstruo, mi silencio y mis heridas lo asustan, pero después de unos días inventa un juego empujando un carrito a mi alrededor, mirándome de vez en cuando. Un día se acerca, se sube al espaldar del sillón, que sólo abandono arrastrada por mi hermana a las fisioterapias, los médicos y los laberintos de las oficinas de desastres, y sin decir nada pasa su bracito sobre mis hombros, pega su cachete a mi cuello. En ese instante vuelvo a sentir. Es un sentimiento apenas insinuado, flotando en el fondo. Es el recuerdo de algo que alguna vez sentí y ahora se agita débilmente. Mi voz está amarrada pero logro decirle un “hola” que suena como si acabara de llegar de otro planeta. Mateo no se asusta, pega un salto y me propone que juguemos con sus piratas. Siento que ser el pirata de plástico amarillo es maravilloso, reímos y luchamos con espadas. La vida, la terca vida, vuelve a pelear en mí.

Miércoles 13 de noviembre de 1985, 9:29 pm, Colombia: 3.500 hectáreas son sepultadas por una avalancha proveniente del Nevado del Ruiz, un volcán cubierto por un glaciar a 5.000 metros sobre el nivel del mar. Una ciudad, Armero, es borrada del mapa, se calculan 25.000 muertos.

Navidad

Cuando entra al comedor un estremecimiento recorre al grupo dispuesto alrededor de la mesa. Somos cuatro, mi abuela, mis dos tías abuelas solteras y yo, la sobrina nieta que se mete donde no toca. Los demás tíos están lejos. Nos hemos reunido a esperar al tío Samuel después de no verlo por cinco años y casi no saber de él. Siento en el aire una mezcla de rabia y lástima que se expresa con frases cortas cargadas de sobreentendidos que he escuchado desde niña pero que aún no puedo descifrar completamente. Sé que quisieran simplemente odiarlo, sin remordimientos ni dudas, pero eso en mi familia no es posible y menos en el lamentable estado en que él se encuentra.

Por el ventanal que da a un descuidado jardín entra la luz de la tarde, clara pero fría y manifestada en rayos rectos en los que danzan remolinos de fino polvo. Hace un momento escuchamos cuando la llave del tío Federico abrió la puerta principal, sus pesados pasos por el pasillo y cuando descargaban las maletas en el piso. Escuchamos en silencio... Mis tías estiran sus arrugados y secos cuellos hacia la entrada del comedor. Mi abuela siempre derecha y digna mira al frente sin dejar traslucir sus sentimientos. Qué bella es mi abuela, que elegante siempre. Viste una blusa blanca impecable con un conjunto de falda y chaqueta gris que ella misma confeccionó, su cabello ondulado y entrecano está perfectamente arreglado, no lleva maquillaje y sólo un par de discretos aretes de oro adornan sus orejas. Samuel levanta tímidamente la mirada hacia mi abuela y una leve sonrisa ilumina su envejecido rostro. Ella se levanta, se le acerca y le da un abrazo sencillo y seco. Las demás tías la imitan, yo simplemente sonrío.

Me duele su derrota, siento tanta vergüenza como si fuera mía y eso que apenas tengo veinte años. En la cabeza le cuelgan algunos hilos oscuros y desordenados, sus ojos saltones, que cuando éramos niños nos hacían reír, son ahora enormes y desorbitados, su cuerpo perdió la antigua presencia y está agachado y vencido. Noto que no mira a los ojos, se ve perdido en esta que fue su casa tantos años. Federico entra detrás, saluda rápidamente y de inmediato se movilizan todos hacia asuntos prácticos relacionados con el almuerzo que han preparado, el cuarto que le han asignado, las decisiones cotidianas que la vuelta de Samuel implica. Él se ha sentado mirando hacia el jardín pero se que no ve nada. Me pregunto qué piensa.

Apenas come y mientras los demás charlan sobre cosas que no se relacionan con lo sucedido, él se para y se dirige a su antiguo cuarto en el segundo piso. Miro su cuerpo frágil desapareciendo tras el rellano de la escalera y sé que va para su cueva en lo más profundo de la enorme casa. Recuerdo que cuando niños los primos y primas hacíamos excursiones por sus pasillos y recovecos, corriendo de un piso a otro, asustándonos de algo innombrado pero omnipresente. Es una vieja casa construida con un estilo inglés criollo que termina siendo dos casas: la principal y su sombra, la de la servidumbre. La primera tiene espacios grandes y luminosos, decorados con cuadros, tapices, porcelanas, recargados sofás, impregnados de un cierto refinamiento copiado por los tíos de lo visto en sus viajes al Viejo Continente, el lugar donde ellos decían que había que ir para conocer la civilización y dejar el aire provinciano de Colombia, para sacudirse el pasado, un pasado no tan lejano. Su padre, mi bisabuelo, murió en esta casa añorando los viajes en los que arriando recuas de mulas atravesó el país

entre montañas y cafetales. La parte principal de la casa está coronada por un altillo donde las tías, eternas solteras, soñadoras y ya muy viejas, colgaron cientos de muñequitas que sus hermanos les traían de los viajes. A veces jugaban con ellas, las bajaban una a una, las bañaban y vestían con primor.

En la otra parte de la casa, fría, oscura y laberíntica, habita la vida orgánica. Allí están la cocina, la lavandería, el costurero de la bisabuela, el cuarto de la plancha y los dormitorios de la servidumbre, donde desde hace muchos años sólo vivía la pequeña y extraña Antonia. Era precisamente en esa parte donde Samuel había creado su reino. Para llegar hasta allí, había dos caminos, el claro y el oscuro, que se cruzaban justamente en el nivel donde estaba el cuarto de Samuel. Se podía llegar a través de los cuartos o desde la cocina por unas escaleras estrechas por las que corríamos pues de una velada manera estaba prohibido transitar por ellas... Íbamos con el corazón brincando, risitas tontas medio sofocadas, la felicidad de cometer una travesura juntos. El cuarto de Samuel siempre estaba en penumbra, abríamos la puerta con cuidado para ver una vez más un gran catre de cobre pulido que brillaba en el centro, cubierto por un suavísimo tendido de pieles en el que nos revolcábamos, los ojos cerrados, la piel despertando. A su lado había un armario de madera fina con cajones llenos de tesoros para explorar, recuerdos de una vida que sabíamos escandalosa aunque no comprendíamos bien por qué. Pañoletas de seda, guantes de piel, chaquetas de cuero, lociones deliciosas, libros antiguos, joyas y revistas de hombres desnudos que nunca abrimos de puro susto. Al tío no le gustaba que entráramos, lo hacíamos cuando no estaba y salíamos muy pronto, corriendo de nuevo por las escaleritas hacia el siguiente piso donde estaba el

costurero. En el rellano colgado en la pared, sobre un botiquín blanco, cruz roja en el centro, nos observaba un San Martín de Porras con su escoba, su perrito y su rostro negro. Lo mirábamos de reojo asustados de que nos fuera a decir algo. Entre risas y ahogos llegábamos al costurero donde la bisabuela que cosía, agachada apenas, nos miraba meneando la cabeza en señal de desaprobación y con un regaño en los ojos.

Pero cuando el tío Samuel fue a refugiarse a su cuarto, tras su desgraciado viaje, descubrió que los años de ausencia y el celo moralista de sus hermanos habían hecho desaparecer lo amado, incluido el catre, reemplazado por sobrios muebles de madera oscura. Era ahora un cuarto como todos los de la familia: limpio, austero, elegante pero sin ningún gesto demasiado personal o extravagante. Sabía que ese despojo era un castigo a su vida de transgresiones pero, sobre todo, a su falta de prudencia... “Todo con prudencia, hija, todo con prudencia...” decía la abuela.

Los primeros días Samuel salía muy poco del cuarto. Un buen día volvió a bajar al comedor a la hora de las comidas. Me gustaba hablar con él. Cuando lo hacía, las tías meneaban la cabeza con el mismo gesto de mi bisabuela y de todas las mujeres de mi familia en señal de disgusto y desacuerdo, no con las palabras de él a las que de todas maneras no le concedían ningún valor, sino con mi actitud ya que consideraban que perdía el tiempo oyendo a un loco. En esa época comenzó a vestirse raro, se ponía una bata de seda fina ya decolorada, varios gorros de lana y de piel, uno sobre otro, muchos anillos baratos en los dedos de ambas manos, bufandas de seda y lana entremezcladas, unas raídas pantuflas. El conjunto era cómico y trágico, pero también bello. Mientras

trataba de seguir sus relatos cada vez más delirantes e incomprensibles, miraba su pecho reseco y pecoso y los ojos saltones que asomaban bajo los gorros. Estaba triste y desilusionado, era lo único que me quedaba claro, pero aun así no perdía un modo de acentuar las palabras, un tono de voz, un movimiento de sus manos levemente amanerado pero que denotaba un gran refinamiento. Lo que me contaba era luego corregido por alguno de sus hermanos puesto que él siempre veía la manera de crearse un pasado aristocrático y señorial que nunca tuvo. Les dolía el desprecio del tío por lo construido con tanto esfuerzo, ese arribismo alucinado que lo llevaba a inventar sirvientes en una niñez que no tuvo sino esfuerzo y polvo. Yo adivinaba algo cierto y sublime en sus palabras, aunque no lograba palpar qué era. Seguía repitiendo que algún día volvería a Buenos Aires, “la ciudad más linda del mundo, sobrina”, me decía con alguna picardía en la mirada. También me prometió su herencia y me regaló un anillito de lata.

Cuando niños nos decían que al tío Samuel se le había aparecido el diablo por estarse mirando demasiado tiempo en el espejo. En mis pesadillas se mezclan en una abigarrada imagen el diablo, el tío Samuel, el catre de cobre con su cobertor de piel, el San Martín sobre el botiquín, las escaleras oscuras, la vanidad, el placer y la mirada de la abuela exigiendo recato a las mujeres de la familia.

A retazos cosí una imagen del viaje de Samuel. Rara vez se mencionaba y, si lo hacían, el desprecio llenaba las palabras y yo sentía una cierta revancha de la moral sobre la pasión con la que nos estaban transmitiendo serias advertencias que si bien no entendíamos entonces, nos quedarían grabadas en ese lugar de

la mente que se activa cuando se desea transgredir las normas familiares. Federico lo encontró en un apartamento en pleno centro de su amada Buenos Aires, tan extraviado por el alcohol y las drogas que se demoró un rato en reconocerlo, como si él mismo en una fugaz lucidez, no hubiera llamado pidiendo auxilio. El apartamento apeataba, exhibía las huellas de interminables y explosivas fiestas. Con la frialdad construida a lo largo de años de rigor, Federico lo ayudó a levantarse del suelo y a recuperar la conciencia para entrar en un largo y hermético silencio que duró semanas. Mientras Federico recogía la nada que había quedado de una ilusión labrada por más de cincuenta años, llegó una vecina angustiada a contarle lo sucedido, pero él no quería detalles sino cumplir un deber y largarse. La mujer hablaba atropellando las palabras... “Un joven, creo que su amante, de grandes ojos negros y guapo, fue despojando a Don Samuel de todo, ¿sabe? Yo lo apreciaba a pesar del ruido de las fiestas, del olor a trasnocho y alcohol, incluso a veces le daba de comer y limpiaba un poco este lugar... Lo que no pude tolerar fue la invasión de jóvenes, su altanería y su abuso del viejo. Temía que terminaran matándolo... Por eso, un día le di mucho café y le sugerí llamar a su familia, le marqué el teléfono y sostuve el auricular mientras él hablaba...” La mujer al borde de las lágrimas mira a Federico interrogante pero tan solo recibe un agradecimiento formal y lejano y entonces comprende la infinita soledad de su vecino. De la fortuna de Samuel no quedó nada, debía más de lo que tenía y nunca se supo en qué gasto sus ahorros de una vida de abogado reconocido por bueno y por extravagante.

Al pasar los meses, Samuel fue esfumándose del comedor. Me decían que se había encerrado en su cuarto, sólo salía a deambular en la noche. Entonces comenzaron las peleas entre los tíos. Cada mañana aparecía frente a la puerta del cuarto una botella de aguardiente vacía y un cenicero colmado de colillas, pero ninguno admitía habérselos dado. El misterio permanece aún sin resolver. Creo que eran las tías por librarse de él, por lástima, por desprecio. Las pocas veces que lo vi en esa época ya estaba francamente delirante, cada vez más disfrazado e incoherente, pero también dejando fluir más retazos de su historia y su secreto, que no era mas que el sufrimiento de un alma sensible puesta en el tiempo y el lugar equivocados. Mi Samuel, mi pobre Samuel.

No volvió a salir del cuarto durante el día. Seguía vagando por la casa durante las noches, cogiendo las cosas más disímiles y exasperando a Federico que trataba de mantener un cierto orden en medio de tanta vida deshaciéndose, tanta amargura derretida entre los corredores, tantas ganas reprimidas. Al pasar algunos meses, las botellas vacías se convirtieron en la única evidencia de que seguía allí, detrás de la puerta, esa puerta cerrada e inquietante que me miraba al pasar, donde las tías conectaban largos ratos su oreja para tratar de descifrar los pocos ruidos que hacía, la misma que golpeaban para convencerlo de salir, hablándole suavemente, con amenazas, ruegos y hasta engaños... Pero la puerta seguía muda. Jamás oyeron ni una sola palabra en respuesta. Por fin, el desespero llegó al tope. Hubo concilio familiar y decidieron sacarlo a la fuerza. Llamaron a una clínica de reposo. Al cabo de unas horas llegaron dos enfermeros que con seguridad tenían pasado de luchadores. Vestían de blanco y llevaban una camisa de fuerza que hasta ese momento sólo habíamos visto en películas. Estábamos nerviosos, las tías lloraban y lo llamaban,

ya sin esperanza. Empujaron la puerta con mucha violencia y autorizados por Federico la rompieron porque no cedía. Samuel le había puesto una tranca arrumando muebles para asegurarla. Hasta los hombrones quedaron quietos ante la visión del cuarto, una vez los ojos penetraron la penumbra. Samuel estaba sentado en la cama, dándonos la espalda, mirando hacia la ventana cubierta por pesadas cortinas. Su silueta era un bulto cansado, dibujada por el efecto de cientos de bombillitas de colores que repartidas por todo el cuarto prendían y apagaban rítmicamente. Eran viejas luces de navidad que se usaban para adornar los enormes pesebres que hacían en la casa. El cuarto era exactamente eso, un gigantesco pesebre de navidad habitado por las tres mil ovejas que Federico coleccionó y que nosotros contábamos de niños, cientos de patos blancos de plástico de muchos tamaños, las vacas organizadas en grupitos, los pastores cuidando las ovejas, un largo río de papel azul, un lago hecho con un espejo donde nadaban cisnes, ranas y más patos, casitas campesinas, la Virgen, San José y el niño Dios en su chocita de palo y paja, camellos, elefantes, musgo viejo, gallinas dispersas, los Tres Reyes Magos en fila, todo cuidadosamente distribuido en el piso, sobre mesas y asientos. Del techo colgaba una gran estrella de Belén. El cuarto era una natividad en pleno mes de mayo. En un rincón, estaba el retrato de mi tatarabuela atravesado por una rosa roja de plástico, en otro el San Martín, el más buscado por las tías, seguía barriendo. De un manotón, Federico prendió la luz y la nave del tiempo en la que se había sumergido Samuel quedó desnuda exhibiendo su absurdo. Despertamos del estupor. Con un gesto, tratando de no dejar traslucir sus sentimientos, Federico ordenó a los enfermeros que sacaran a Samuel. Al entrar pisaron las figuritas dejando un rastro de destrucción en miniatura y aunque el tío no se resistió, igual usaron la fuerza para arrastrarlo hacia

afuera. Entonces noté algo que me estremeció: por todo el cuarto había papeles de diferentes tamaños, escritos con una letra roja menuda y pareja, eran cientos de papelitos sueltos y varios rollos de papel higiénico, escritos hasta los bordes. En las paredes también había zonas escritas con la misma letra roja. Miré al tío mientras lo empujaban los hombres de blanco y vi que su cuerpo, asomado entre la deshecha bata de seda, también estaba escrito con la misma letra de sangre. Entonces se cruzaron nuestras miradas, la suya era tranquila y cansada. Me sonrió desde lejos haciendo vibrar un cordón que nos unía, una cierta complicidad sin nombre, un destino común de trasgresores. Aprovechando la confusión, alcancé a recoger algunos papeles del suelo, pero Federico se dio cuenta y con una severa mirada me exigíó dejarlos allí y salir del cuarto donde jamás entré de nuevo. Varios meses después me atreví a preguntarle por los papeles. Sin mirarme, concentrado en sus libros, me comunicó que los había botado y, ahí sí mirándome con dura bondad, me aconsejó no perder tiempo con esas pendejadas que no eran más que locuras y disparates. No me dijo si los había leído y supe que no me lo diría nunca. Las palabras de Samuel quedarían sepultadas en el mismo lugar donde había ido a parar lo callado en mi familia, los secretos que cargamos tanto tiempo, aquellos que habitaban las miradas esquivas y las medias palabras, el gran desván que llevamos dentro.

Cantaleta

No hay luz, otra vez... claro a los pobres nos quitan la luz cuando se les da la gana, “mijo, a la escuela, levántese, chino perezoso, no hay luz le toca bañarse con el agua fría”, todos los santos días lo mismo, el gobierno nos quita la luz, luego la cobra y si no pagamos nos cargan con intereses cobran intereses, ¡qué mierda!... “mijo, venga se toma una vaso de leche, fría, muévase chino, que se le hace tarde”, claro, se larga sin despedirse, igual al taita, igual a la hermana que se largó con el primero que pasó y ya tiene la barriga inflada... el mismo destino mío, si será idiota la bendita, se lo dije, yo sí se lo dije, no fue como mi mamá que no me dijo ni pío de la vida, si ella me hubiera contado todo yo sí no hubiera metido las patas, le dije que se cuidara pero no fue sino que llegara el primer pendejo y le dijera, “negros tenés los ojos” para que como todas se derritiera y se largara detrás de él, no es malo pero es un pendejo, hasta peor, ni siquiera trabaja, no acabó de estudiar y ahora cree que va a mantenerla cantando rap, eso para los famosos pase y vaya, pero un pobre muchacho salido de estos barrios olvidados por Dios y el gobierno, ¡ja! de cantar en bus no pasará... el agua está helada, ya se me van a alborotar los riñones de nuevo y si me enfermo me jodí, ¿quién va a venir a ponerme el pan en la puerta? seguro aquel, ¡sí claaaaro! va a venir a decirme cositas lindas y a traerme el mercado, ¡convencida! siéntese mijita a esperar y verá que se vuelve vieja ahí mismo sentada, ese no sirve pa’ nada, todos estos años dizque poniendo un negocito, que ahora sí, mija, que pronto todo va a estar listo, que me voy a hacer socio del Roque, que él me va a ayudar, ¡pura mierda!, cerveza y billar, eso sí, ¡uchh! yo hubiera sabido, pero qué me iba a contar mi mamá si esa no hablaba de nada, se la pasaba trabaje y trabaje la tierra... pobre vieja... ni sabía hablar mucho... y yo que me vine a la ciudad para tener un futuro, qué risa, me creía la berraca, la vaca que más caga, así mismito me

creía, hasta que la vida me partió el lomo a totazos, como ella sabe, a puro golpe... y esta maldita casa que no la arregla nadie, todo el oficio me toca a mí, al menos no tengo que recoger ya los calzoncillos sucios de ese tipo, ¡ja! como fui de bruta, no me bastó una vez sino ¡zuás! tenía que volver a probar la mierda, a ver si sabía a lo mismo...al menos el José tuvo el buen gusto de morirse, pero este desgraciado ni eso ha hecho, ahora a coger el bus, pero claro primero me tengo que volver una cochizada con el barro de la calle porque al gobierno no se le ha dado por arreglar este barrizal, pero ¿cómo? están arreglando las calles de los ricos, esas sí, este alcalde resultó igual a todos pero se cree muy sabido con su cara de mico, pero ¿cómo van a saber lo que es esta vaina si no han vivido en estos barrios? ¿qué? ¿acaso les ha tocado cargar agua, alumbrarse con velas, caminar en el barro, aguantar inundaciones y hasta que la guerrilla baje de vez en cuando a causar alboroto? ¡aaaaaaah! entonces sí viene el ejército, hacen tremendo ruido, matan a un par de muchachos y se largan, todos los machos a sus madrigueras... y yo que adoraba a la guerrilla, hasta pensé en irme a donde ellos y decirles “vengan, mijitos, y les cocino o algo”, pero ya no, ¡que se pudran también! llevan la vida entera echando plomo y ¿pa’ qué? todo sigue igual y peor... por eso me metieron a mi Rafael al ejército, mi niño hermoso, ya hace una semana, los muy malparidos esos... yo les rogué, eso es lo que más ira me da, les lloré, les expliqué que él me ayudaba ¿y les importó? ¡Ni un culo! decían: “señora es una obligación legal, todos los jóvenes deben prestar servicio militar”, me hablaban como si yo fuera retrasada mental, a las mujeres pobres nos hablan así, casi d-e-l-e-t-r-e-á-n-d-o-n-o-s las palabras, como si fuéramos brutas, yo quería decirles, a ver ¿acaso se llevan los hijos de las señoras esas del norte? nooooo ¡qué va! ellas pagan y sus niños se van a Miami a aprender inglés y a pasar un tiempo

mientras arreglan los papeles y luego como si nada, a la universidad... mi Rafael quería estudiar, desde chiquito fue entendido y preguntón... ¡vaya negra esta! ni pienso en el Rafael porque lo único que me falta es chillar... los putos buses están repletos, hasta con gente colgando, me tocará esperar... ¡ahchhh! hoy amanecí rebotada, tengo unas ganas de pararme en la Plaza de Bolívar a echar un discurso, dejar que corra toda mi amargura, toda mi ira, ¡pero qué! mejor me quedo aquí quietica, me aguanto este bus que va a cinco, no tengo ni una moneda para otro... es extraño, ahora me hace falta el José, tantos años y venir a extrañarlo ahora, cuando está más tieso que un pollo asado... era bonito... me fui al pueblo a trabajar en la droguería esa, ¡La Colina! así se llamaba, esa mañana el José llegó, todo arregladito, olía rico, su sonrisa... me dijo: “¡a que no se acuerda de mí! pues soy su primo ¡que primo ni que ocho cuartos! sííí, pero en segundo grado... yo soy hijo de Eufemia, la prima de su mamá”, y claro, eso bastó para que se me disparara la “idiotez en cadena”, como la llamamos con las amigas, cómo nos reímos cuando descubrimos que toditas sabíamos qué era eso... la madre si no es algo que viene en la sangre, es una cosa que de pronto empieza a correr por todo el cuerpo y nos vuelve ciegas, torpes, sordomudas como dice la Shakira, así me pasó con José, es que estaba de comérselo... ¡ju! al menos no llegué tarde al trabajo, pa’ que me echen tiempo sobra, hoy me toca limpiar la bodega, así puedo seguir trayendo al José y sonriendo un rato, eso sí, antes de acordarme de lo que me hizo... me visitaba todos los días, a eso de las cuatro de la tarde, recién bañadito después de cargar bultos en el mercado desde antes de las cinco de la mañana... duré meses sin darle ni un beso, no como la Bibiana que apenas conoció al chino ese ya estaba parada en la puerta besuquiándolo, yo le dije “mire, hija, así como una es, así la tratan”, pero a ella le pareció que yo era anti-

cuada, va una a ver y tal vez las viejas de antes tenían razón, ellas sí sabían lo que eran los hombres... no era por eso de la moral, esa me la meto por donde sea, sino porque yo ya sabía que cuando nos cazan nos olvidan, eso hasta ruegan si una no se los da, pero ay que la vean escurriendo la baba para que se olviden y se vayan a cazar a otra... pero es que lo llevan también en la sangre, no ve que eran cazadores, eso eran... y nosotras todas llenas de color rosa en la cabeza y en el corazón, como rellenas de algodón de azúcar....mmm bueno, aunque ahora ya sé que detrás del tal algodoncito hay una bruma que va creciendo, unos deseos de matar, una piiiiedra... pero cuando eso yo era pura azúcar, pura bobada... mmm el José, mi José bonito, ¿quién diría que después de todo lo iba a extrañar?... “hola hija, ¿cómo anda?” “¿yo? pues imagínese, hoy me dio por las añoranzas, dizque acordándome del difuntito, del José... traje almuerzo pero puro arroz, no ve que amanecemos sin luz, ¿por allá también? claro, ya sabe este gobierno es igual a todos, promete y promete y luego se hacen los bobos...” la bodega está hecha una mierda, creo que me la pasaré una semana organizando y la jefa me dejó sola, como para que se me corra la teja de tanta pensadera... “pues del Luis no hay ni el rastro, yo creo que volvió con la mujer, con la que tuvo ochooo hijos, ¿se acuerda que usted me dijo que averiguara? creerle que era infértil y cuando quedé embarazada justo me entero que el muy idiota tenía mujer y ooocho hijos! no se ría que a usted no le ha ido mejor... ¿mi Rafael? no sé nada de él y ni me lo nombre que me dan ganas de irme a tirarle piedras al ejército... ¿cantaletosa? ¿le parece que me he vuelto cantaletosa? pues qué me queda comadre, alegar hasta desgañitarme, así nadie me oiga, total nadie lo va a hacer, entonces déjeme ser feliz alegando y chao que mejor voy a seguir limpiando anaqueles...” estúpida, dizque cantaletosa... la cantaleta, la cantaleta, la cantaleta, como dice una

canción... claro que alego y ¿qué más hago? a ver...¿qué? me voy y le doy plomo al ejército por llevarse a mi Rafael, ¿les pongo una bomba? claro, me agarran y me llevan a la cárcel y ahí sí la hago bonita, se me llevan al chiquito al bienestar social donde esas viejas de mirada chueca me van a decir que soy mala mamá, que van a llevar al niño a una institución para que lo adopte una familia de bien y que no viva con una mamá que anda poniéndole bombas al ejército... ¿o qué? ¿me voy a la alcaldía y le digo a ese cara de mico que me escuche? ¿que le meta un poquito la mano a los barrios del cerro? aaaahhh sí, ahí mismito se va a poner las botas y se va a ir a arreglar las calles, seguro que sí...o me voy a buscar al Luis para que vuelva a ayudarme, buena la haría, ahora se enfermó y está que se muere, debería morirse, a ver si me da un poquito de paz y vuelvo a creer en la justicia divina...como el José, mejor me acuerdo de cuando lo conocí, antes de toda la mierda... no sea que me dé un paro cardíaco de la rabia que estoy agarrando a cada palabra... estábamos en el bazar cuando lo besé por primera vez, me acuerdo clarito, es el único beso de mi vida que recuerdo de comienzo a fin, el resto son besos, así, en montón... hacía muchos días que quería que me besara pero siempre le decía que no, me daba pena, bailamos un poco y se me fue acercando, los corazones cómo latían de duro y de rápido, su mirada tan bonita, ojos verdes, pelo castaño, la camisa blanca, lo veo tan clarito... risa y pena, mirando al piso porque si nos mirábamos a los ojos nos daba más risa y más pena, su mano en mis ojos, cerrándolos, así es más fácil, acercó sus labios y me fue abrazando suavemente, un beso corto, temblábamos, luego callados y abrazaditos buscamos la sombra y nos besamos más y más, hasta que me ardían los labios pero no quería parar, su cuerpo pegado al mío, tan pegado, descubriendo ese fuego, hasta el amanecer... me mordía y lo mordía... pero claro, justo ahora que me

acuerdo de algo rico me toca salir al frío otra vez... recoger al chiquito en la escuela sino me lo regañan, cuando me demoro lo encuentro todo cariacontecido, triste, es que las profesoras miran feo a los niños que no recogen temprano, mamita, corro y corro pero aún falta que al bus le dé la gana de moverse... allí está, tan lindo, cuando lo veo me arrepiento de todo lo que pienso, pero no es culpa del chinito, no, es mía por bruta, ¿cómo vuelvo a caer en lo mismo cuando ya los hijos grandes estaban al otro lado? ¿y ahora cuánto me falta para que este chiquito se defienda solo? mi sol, mi hermoso Daniel, “¿te fue bien? ¿la profesora te castigó? ¿y por qué? ¡aaaaah! no le pongas atención, son una partida de amargadas, vamos a la casa y te doy una comidita bien rica”, le compré espaguetis que le gustan tanto a mi chiquito... este ni sabe del José, hacía rato estaba muerto cuando él nació, pero claro que hacía rato, si ya había tenido tiempo de olvidarme de todo pero volví a caer en lo mismo y, lo peor, ni siquiera por enamorada, porque decir que me enamoré del viejo Luis no sería verdad, ¡vida negra! no han puesto la luz... la vecina dice que la pusieron todo el día y la quitaron otra vez hace poquito, de mucho me sirve, me tocará prender la cocineta de gasolina, como para que me estalle y me vaya al otro mundo, hasta bueno sería, si no fuera por mi chiquito, como la mujer de la casita de arriba, la de la última cuadra del cerro, se quemó con todo y niños adentro, no quedó ni el rastro, hasta mejor, ¿qué se sentirá cuando uno se está quemando? como las brujas, seguro que a mí me hubieran quemado en esa época, por bruja, seguro que a esas viejas también les habían pasado muchas cosas malas, hasta que un día se levantaron con una voz que les decía ¡no más! así me pasó a mí, pero ¿cómo no? el José se había vuelto un mujeriego y un jugador, llegaba todos los días tarde oliendo raro... yo al comienzo le rogaba y le lloraba pero más ira le daba, me mandaba los

puños, nunca me pegó del todo porque le daba miedo, apenas me mechoniaba, me estrujaba un poco pero yo le gritaba que si seguía le iba a poner la plancha en la cara cuando estuviera dormido, prendida claro, y él se asustaba porque sabía que yo era muuuuy capaz... ese día me lo encontré abrazando a una vieja flacuchenta, horrorosa, me miró, se puso pálido, pero yo seguí de largo como si no hubiera visto nada, me temblaban las piernas, llegó esa noche muy tarde y borracho, de una me gritó como para que yo no dijera nada, ahí fue que empecé a contabilizar callada, iba anotando cada cosa en un lugar por allá adentro de mi cabeza, cada mirada de desprecio, cada mujer que me contaban, cada sueldo que se gastaba jugando, cada vez que un domingo se quedaba tirado en la cama como un marrano pidiéndome una sopita, un juguito... ¡cómo me puse de fea! de ahí me viene esta feúra que ya no me voy a quitar de encima jamás, día a día me puse más amargada, más arrugada, más pálida... dice mi hija que fue en esa época que empecé esta cantaleta que no acabo... “hasta en la tumba va a alegar, mamá...” seguro que sí porque hartó que tengo que decir, aunque nadie me oiga, aunque al José le diera por taparse los oídos y burlarse de mí, luego quería acostarse conmigo... a veces le daba gusto porque me hacía falta y además para suavizar un poco las cosas, los niños estaban todavía chiquitos, adoraban al papá... en la cama nos volvíamos otros o mejor los mismos, ¡para qué! el José era buen amante, caliente, me besaba y me abrazaba fuerte pero rico, le gustaban mis senos, me los besaba tanto... con él supe lo que era un orgasmo... que palabra tan rara para esa cosa tan rica que recorría mi cuerpo y me dejaba como recién nacida... tal vez el pobre José no era tan malo, es que le tocó duro, cuando llegamos a la ciudad le tocó de obrero, era buen albañil y fue surgiendo poco a poco, pero era pesado, a ratos tenían capataces que los gritaban a toda hora, él quería progre-

sar, comprar una casita, los muebles, el televisor y nunca podíamos, no alcanzaba la plata para nada, cuando empezó a jugar maquinitas yo no lo podía creer, eso es para muchachos le dije, pero siguió y siguió, creo que así encontraba consuelo, se sentía inútil...pobre... lo peor fue cuando se quedó un año sin trabajo, ahí sí se dedicó a jugar maquinitas día y noche... desde ese tiempo no fue el mismo, se volvió más viejo, menos bonito... pero hasta el final las mujeres lo miraban... ese cuerpo, el muy vanidoso se ponía los pantalones apretados, las camisetas de manga corta para que se le vieran los brazos todos musculosos, a todas les sonreía, pero conmigo se volvió una mierda, y yo anote y anote en mi libreta invisible, hasta ese día que, ¡ajá! lo vi guardando a la carrera un papel, lo esculqué y encontré una cartica de amor en un sobre rojo, una esquila de corazones y muñequitos escrita por una muchacha, eso era obvio, le decía mi príncipe y le hablaba de sus promesas de vivir juntos, ¡vida negra! ¡eso sí que no! hasta ahí me llegó el amor... me veo... aún con la cartica en la mano, parada tiesa como una estatua, el amor se me fue yendo, saliendo de mi cuerpo tal como había entrado, como un líquido que salía por un orificio en los pies, me quedé seca un instante y luego... luego llegó el odio, el más feroz, callado... tan frío... ese odio no me abandonaba ni a la hora de dormir... entonces comencé a planear mi venganza, decidí matarlo, síiiii ¡así como lo oyen! no lo dudé ni un instante, lo único que me preocupaba era cómo hacerlo, tenía que ser algo que lo tomara por sorpresa porque era mucho más fuerte que yo... si no era mío no sería de otra, pero, ¿cómo hacerlo? eso me preguntaba día y noche, entonces se me ocurrió algo, ¡tal vez podría envenenarlo! ahí es que me acordé de las brujas, ellas sabían de eso, pero yo no tenía ni idea, matarlo era lo único que quería... tampoco era que me hubiera hecho nada tan terrible pero yo no quería que se largara...

ya mi chiquito se durmió y ahora me queda arreglar la cocina y tirarme en la cama a morirme de frío, a esa hora sí sirve un hombre para que le caliente a una los pies, pero sólo por eso, ni loca tendría otro... con dos me basta y me sobra... la Bibiana dice que me consiga un amante... mi niña, mi niña de ojos negros, qué tonta es, qué bruta, seguir la cadena de la abuela, la mamá y de ahí para atrás quién sabe hasta dónde, estas chinas de ahora que se creen tan inteligentes, tan sabidas, tan liberadas, las mismas bobas de siempre, las mismas ilusas... ya hoy no pusieron la luz, tal vez mañana... ¡ahhh! iba en que decidí matar al José, hasta yo me asombro cuando lo pienso... lo peor es que nunca sabré si lo hice, la vecina que me dijo de la bruja me aseguró que era buenísima, me tocó ir bien lejos, a un barrio de casas grandes y viejas, la cita era a las seis de la tarde, cuando entré a la salita había sólo una muchacha esperando, sentadita con cara de dolor, se agarraba el vientre, seguro era un aborto, nos miramos con esa comprensión que hay entre mujeres en problemas si no estamos peleándonos por un macho... porque ahí sí se acaba la comprensión y la miradita dulce... cuando ella salió yo entré donde la bruja, la Madame Sophie, así se llamaba, casi me río cuando la vi, pero sus ojos me asustaron, tenía un turbante negro bordeado de dorado, vestido largo, también negro con cuello y puños dorados, muy maquillada, sus manos regordetas llenas de anillos, me acuerdo de uno con una esmeralda grande... ¿será la luz de la vela la que me trae todos estos recuerdos? ¿o es que el José me anda rondando, pidiéndome cuentas?... pues yo lo único que hice fue decirle a la Doña esa que mi marido me la tenía velada, me estaba haciendo la vida imposible y yo lo que quería, se lo dije de una, era que se muriera de una vez por todas... ni se sorprendió, me miro a los ojos fijamente, como para ver si le hablaba en serio, me quedé callada, no me iba a poner a contarle a la vieja esa to-

das mis desgracias, sólo me dijo, “¿pero usted lo ama?” “¿y qué? ¿de qué me vale si él ya no me ama a mí?” “¿está segura? ¿es eso lo que quiere?” “es lo único seguro que tengo en la vida”, le dije y ahí fue que prendió un tabaco y se quedó como ida mirando la punta, bizca... yo le miraba las uñas largas pintadas de rojo, los anillos, la boca también pintada de rojo, a ratos me sentía en una película... “él ya no la quiere, está cansado de usted, sobre todo de su cantaleta, él también quisiera que usted desapareciera de la faz de la tierra para irse lejos, pero la culpa no lo deja, el fuego de su amor se convirtió en odio pero pronto habrá un desenlace, pronto se separarán para siempre”, le dije que quería un veneno y ella me dijo que no podía darme eso pero sí algo para ayudarlo a... reflexionar, le sonó bien raro... luego agregó, “él ya tiene el veneno adentro”, ¡ah! para lo que me importaba a mí, yo quería era matarlo no que se muriera por sus propios medios... Me fui con el frasquito rojo y la sensación de que me habían robado la plata, se lo di cada mañana en el café... el José se fue poniendo amarillo, cada vez más amarillo y feo... le di eso como unas dos semanas y cuando lo vi tan mal me arrepentí, ¡madre mía! había metido las patas, fuimos a un médico, después de un poco de exámenes resultó que tenía cáncer de hígado... el maldito cáncer ese se lo llevó en cinco meses, cinco meses viéndolo cada vez peor, más débil, más flaco... y a mí los remordimientos se me metieron al alma, despacharon al odio y llenaron todo... esta noche no voy a dormir, yo que pensé que esto se me había olvidado, ¡vida negra! ¿quién le mandó al José a ser tan mugre conmigo? si lo hubiera matado de una tal vez ni me habría arrepentido, pero esto de verlo apagarse poco a poco y ponerse suavcito, hasta cariñoso, me partió el corazón... de puro susto le conté todo a un doctor y lo que hizo fue reírse de mí, me dijo que estaba loca, que un cáncer demoraba mucho tiempo creándose, que dejara de creer en pen-

dejadas, ni supe pero hoy sí creo que lo maté, si no fue el líquido ese fue mi rabia ¿cómo puede alguien sobrevivir a una rabia así? además al pobre le tocaba dormir a mi lado, dicen que eso hace daño, es que tengo rabia para llenar el universo, uhhh rabia con mi destino, con mi pobreza, con el gobierno, con los hombres, con Dios, con los curas, con mi cara de india, con mi pasado, ¡uy! hasta con las estrellas... pues ni modo, el pobre se murió por el veneno de mi rabia, eso sí lo creo, póngale la firma... la escena más extraña fue la de la muchacha...me da miedo hasta pensarlo...el José estaba ya en las últimas, tenía la mirada ida, le llevé la comida, me dijo que me sentara a su lado, me tomó la mano y me dijo con una voz que no le conocía, “mire, hija, yo sé que he sido mugre con usted, quiero que me perdone, aquí tirado he estado piense que piense en la vida y lo que pasa es que todo me salió mal, lo que yo soñaba, lo que yo quería no se pudo, siempre esta pobreza que no lo deja a uno despegar... pero igual no tenía que pagarle a usted de esa manera”, yo llore que llore, “mire, hija, yo sí la quise mucho pero me cansé, perdóneme, es que me cansé de todo, usted fue una buena mujer, una buena mamá y yo se lo agradezco, perdóneme lo malo...” yo seguía llorando y diciéndole que sí, “quiero pedirle algo pero si no quiere hacerlo no se preocupe”, lo miré para que me dijera, “es que quiero ver a alguien, ¿sí?” yo ya sabía a dónde iba la cosa... “hay una muchacha que me ha querido mucho, va a estar muy triste con mi muerte y quiero despedirme de ella...” nos quedamos callados mucho rato, la rabia se me mezclaba con culpa, con tristeza, con impotencia, me daban ganas de decirle que se fuera a la mierda con su princesa pero no pude, ya era demasiado, entonces lo dejé que la llamara y la invitara a mi propia casa... no había vuelto a pensar jamás en ese día, siempre borro la escena porque me hace sentir algo que ni sé qué es, al rato de llamarla timbraron, tuve que abrir yo mis-

ma no había nadie más... la muchacha estaba ahí parada mirándome, era bonita con su cara tan joven... me recordaba a alguien, no nos dijimos nada, la dejé pasar y me fui a la cocina a llorar, ¿qué más hacía? sentí envidia, celos, más rabia, pero también un cierto descanso, sólo hoy lo puedo entender, sentí descanso por los dos, porque algo muy verdadero estaba pasando, no me aguanté las ganas y me asomé un poquito al cuarto por la rendija de la puerta entreabierta, sólo fue un segundo, ella estaba de espaldas sentada en el filo de la cama con la cabeza agachada, no tenía que verle la cara para sentir su tristeza, él la miraba, estaban tomados de la mano, callados, los ojos verdes de José llenitos de amor y dulzura, esos ojos que me habían arrastrado hasta esa tarde cruel, esa mirada con la que me ató para siempre, esa que yo aún quería para mí, esa mirada era para la muchacha... alcancé a oír que sollozaba, salí de la casa y sólo volví en la noche, cuando todos dormían, me acosté al lado de José que dormido me abrazó... nunca hablamos de eso, no tuvimos tiempo ni palabras... la volví a ver en el velorio, parada casi en la puerta, nos miramos una vez y ambas bajamos la cabeza, sí, se me parecía a alguien, ¿a quién?... la vida siguió su rumbo gris hasta hoy que me dio por recordar, por echar mi cantaleta al viento, a nadie, en medio de esta oscuridad lloro por mí, por José, por la muchacha... y ya se a quién se parecía... ipues a mí! a la de antes, a la que besó al José en el bazar, a la que aún esperaba su amor...

Ya amanece. Ojalá hayan puesto la luz.

Libertad

Al abrir la puerta sintió que ella ya no estaba, tímida sonrisa, corazón campaneando. Recorrió la casa: ni un vestido en el armario, ni un cepillo en el baño, nada. Fue abriendo cada cuarto, viendo su vacío lleno de muebles anclados en el sitio de siempre. No lamentó los hijos que nunca llegaron, no extrañó la piel que ya no recordaba. Ni siquiera una nota de despedida, recuerdo cursi que hubiera tenido que guardar. Estaba feliz y liviano, el silencio lo acariciaba. Entró a la cocina, mundo poblado de pequeños objetos desconocidos y tontos. No había tampoco nada de comer. Fue a la cafetería de la esquina, sonrió a las meseras sin sentir culpa y comió tamal con gaseosa. Volvió, leyó un rato comprobando que su soledad era cierta y seguía siendo dichosa. La noche, un ruido en el armario, quizá un reloj viejo timbrando a destiempo. Venía del cajón de abajo. Lo abrió y entonces vio aquello: fotos que crecían y se salían de su álbum, de sus marcos, fotos encaprichadas desbordándose, fotos de una época olvidada. Ella, la maldita ella, sonriéndole a los 17 años, parada frente a una palmera. Ella en un carro antiguo diciéndole adiós. Ella abrazándolo. Ellos con cara de fiesta. El cachorro dorado dormido sobre la cama. El bautizo del sobrino amado. El paseo en bote. Ella sonriendo desafiante, presente, odiosa, gigante. Intentó cerrar el cajón de un golpe, pero se abrió de nuevo por la presión de las fotos que ya eran un maremoto, tormenta de imágenes devoradoras que escalaron hasta el cuello, cubrieron los ojos y la nariz, manotazos para quitarlas, desesperación, lo asfixian, lo asfixian...

El poste

Para Jaime Garzón

Una versión libre, como él.

(El poste es uno más de aquellos que hacen guardia a lado y lado de la avenida 26, nadie nota su existencia o quizás lo hace el perro que orina allí de vez en cuando).

El corazón de Josie se acelera mientras escucha por el teléfono la voz que lo persigue: “Lo vamos a matar, no termina esta semana.” No importa dónde esté, siempre lo localizan. Unas semanas antes, cuando la cacería apenas comenzaba, era capaz de adivinar cuando eran ellos, como si el timbre sonara diferente a cualquier otro, pero desde hace varios días lo sobresalta cualquier timbre. Lo han acorralado con un ritual creado para agotar a la presa, reduciéndola a un manojo tembloroso. En un vano intento, Josie le suelta a sus amigos chistes negros en los momentos más extravagantes, pero aun así siente que se asfixia.

Durante algunos minutos permanece mirando a la nada, dejando que su mente divague, que su corazón se reponga. Piensa, “apenas es lunes, tengo una semana.” Una ráfaga de claridad parece inundarlo. Decide encarar al asesino, al menos aquél del que más sospecha. Toma aire y comienza una frenética serie de llamadas buscando una cita con el mandamás del ejército de derecha, un extraño hombre de vestir pulcro y palabra fluida que sin temblar desemboca en la necesidad de exterminar a sus enemigos para conseguir que vuelva la paz al país de la guerra eterna. Josie tiene amigos en altos círculos de poder, en la radio, en la televisión, ha pasado sus últimos años en esos territorios, mirando y diciendo

lo que nadie más se atreve a decir. Ante su pedido las voces dudan, se evaden. No consigue la cita, apenas una promesa.

El martes las llamadas no cesan ni las funestas noticias tampoco. Una masacre de campesinos, veinte muertos. Un enfrentamiento en un pueblo, catorce muertos. El secuestro de una niña. Josie ha decidido caminar hacia su casa, son las doce de la noche y sabe que es absurdo lo que hace pero necesita tomar aire. Con las manos en los bolsillos de una gruesa chaqueta gris, mirando de reojo, sintiéndose mirado, recorre una Bogotá silenciosa y fría. Aún retumban las palabras de sus amigos, los consejos, las opiniones, los análisis. Algunos piensan que tan solo lo están asustando para callarlo, otros le dicen que se lo tome en serio, que se vaya unos días, que deje de hablar en la radio y en la televisión, que al menos le baje el tono a sus chistes, acaso quiere ser un mártir más, ¿para qué? En últimas, todos quieren que se calle. Al despedirse, los abrazos cálidos, las miradas a los ojos, las palmadas de ánimo. Entra a su apartamento a oscuras, se deja caer en el mullido sillón que lo recibe cuando está cansado o desesperado. Una pequeña luz de vela titila en un rincón de la sala haciendo temblar las sombras. La temeraria luz viene de una veladora que desde hace semanas Ana mantiene prendida día y noche, frente a un extraño altar formado por estampas de la Virgen del Carmen, el Niño Dios del veinte de julio, San Francisco, el arcángel Rafael, un buda, amuletos indígenas, una cruz... Son objetos que han ido llegando a sus manos de las más diversas procedencias y que ahora se han reunido allí para acompañarlo. Le duele el corazón. La sangre fluye acelerada, palpitando en sus sienas. En un vaivén insoportable, el terror lo acorrala para luego dispersarse en el aire y dar paso a una extraña tranquilidad. Cierra los ojos que conser-

van un rato la impronta de la luz agitándose en la oscuridad. De pronto nota sorprendido que está rezando un Padre Nuestro, se devuelve y repite cada palabra muy despacio, “y líbranos Señor de todo mal, líbranos de todo mal... del mal de la muerte entre hermanos, del mal de la venganza y la ira ancestral, del mal de no perdonar, de este mal que viene tras de mí a callarme, líbranos de todo mal. Amén.” Hacía tantos años que no rezaba que le parece asombroso que esta oración apareciera solita, intacta, como si estuviera por ahí escondida esperando. Se fue hundiendo más en el sillón, los ojos cerrados, el cuerpo desmadejado, la mente divagando de una imagen a otra, que llegan y se van sin pausa, apenas dibujadas con gruesas pinceladas de sensaciones, hasta que se detiene en una. Está en el patio del colegio de curas donde estudió la primaria, tiene nueve años, siente el frío emanando de las piedras y el olor a humedad cargada de tiza flotando en el aire. Lo han obligado a pararse en el centro del gran cuadrado tapizado de piedras lisas de colores claros, lo han castigado una vez más. Racimos de niños lo miran desde las pequeñas ventanas cuadradas que forman un panel en los altos muros que rodean el patio. Esperan que Josie haga algo gracioso, algo que los salve a todos de la rigidez que lentamente les está aprisionando el alma. Y lo hizo, claro que sí. Sonríe al recordar la cara del rector cuando lo vio tieso como una estatua, parado en la posición que él solía adoptar al regañarlos, el mismo gesto adusto y autoritario en el rostro, el dedo índice tieso apuntándoles, el ceño fruncido, la amenaza en todo el cuerpo. El rector y algunos profesores le gritan, lo zarandean, lo amenazan para que se mueva, para que deshaga la burla, pero él permanece tieso, respirando apenas. La exasperación de los adultos va subiendo mientras desde las ventanas atestadas los niños cuchichean y ríen victoriosos, los ojos chispeantes. Cuando tocan las campanas que anuncian la salida

ya lleva más de una hora, tiembla y siente que se va a desmayar pero no deja escapar ni un gesto. Los niños corren hacia el portón de madera. El rector ordena a algunos compañeros que lo saquen cargado hasta la puerta donde espera su afanada madre. El movimiento de los niños se detiene produciendo una súbita aglomeración expectante y callada que mira cómo entre tres alumnos mayores cargan a Josie y lo sacan a la puerta. Va tieso como una estatua de sal, mirando el cielo, apuntándole con su dedo. Lo bajan con cuidado y en el instante en que sus pies tocan el piso, ya fuera del colegio, vuelve mágicamente a la vida. Un airecito de triunfo recorre los corredores, la algarabía de la salida retorna, los niños corren tratando de alcanzarlo pero ya su mamá lo ha tomado de la mano y lo arrastra veloz, sin mirarlo, invadida por una mezcla de admiración, rabia y vergüenza. Josie va feliz, le duele todo el cuerpo pero siente que valió la pena. Quizás entonces supo que esa sería la tarea de su vida, extraña tarea, burlarse del poder. Con una sonrisa se va quedando dormido llevándose al sueño la imagen de un niño estatua en la mitad de un enorme patio de piedra. Al cabo de un rato se despierta sobresaltado. Ha soñado algo que le deja un sabor metálico en la boca pero no logra recordar, una imagen iba y venía pero no se acababa de formar cuando ya se está esfumando.

Amanece un miércoles oscuro, cargado de grises cansados. Sentado en el borde de la cama, Josie mira a Ana que aún duerme. Por años lo ha seguido a todas partes, lo escucha con asombro, le cuida las gripas, lo soporta en sus depresiones y, sobre todo, le cuenta las mejores historias que él, cuentero excelso, ha oído jamás. No son historias inventadas sino la narración de cada día pues Ana tiene el arte de recorrer las horas cotidianas con ma-

gia y asombro. Él, tan hablador siempre, calla ante cada historia, ante los giros con los que ella logra mostrar que al otro lado de lo común se halla el misterio. Le cuenta conversaciones enteras con su hermana, un libro de quinientas páginas o sus ingresos al territorio de la brujería doméstica. La mira y la recuerda una tarde, hace muchos años, ¿cuántos? ni sabe, parada en el andén, esperando un bus, los cachetes enrojecidos, la risa vibrando en el cuerpo. Habían hecho el amor por primera vez y la coraza fría de cada uno había comenzado a derretirse sin remedio... Entonces oye la primera llamada de ese día. No responde. Ya no lo necesita ninguno de los dos, ni él ni su asesino. Mientras se prepara un café con leche que seguro le caerá mal, piensa con una risita que de todos modos no lo matará. Lo sopla, bebe un sorbo, otro, la sangre se acelera, la esperanza asoma un poco. Justo cuando está cruzando el umbral de la puerta, saliendo hacia su trabajo en un temprano programa de radio, se detiene un instante sin saber por qué, sus ojos parecen buscar algo hasta que un estremecimiento frío pero eléctrico, un latigazo gélido lo recorre desde la nuca y obliga a su cuerpo a ejecutar una voltereta sobre su eje que lo deja en el sitio exacto donde inició. Queda tan desconcertado que se tambalea cuando da un paso hacia el exterior. Sólo después de algunos pasos recupera algo de su conciencia y se pregunta de dónde diablos vino la orden para ese giro. No logra comprenderlo. No sabe que fue un saludo de su alma ante la presencia salvaje de la muerte que ahora está parada justo detrás de él.

Unas horas después en algún lugar del centro de la ciudad dos hombres jóvenes escuchan a uno ya mayor de rostro endurecido y palabras firmes. Le responden inclinando levemente la cabeza, sin hablar. Las miradas forman rayos que no se cruzan, miran a

cualquier parte menos a los ojos de los otros. Conocen a su presa, lo han visto en la televisión, pero no dicen nada. Se pronuncia su nombre sólo una vez, lo hace el hombre duro, bajando la mirada hasta sus manos que juegan con un ridículo muñequito de plástico. No hay explicaciones ni justificaciones, tan solo es un contrato verbal pero inviolable por el que se va a pagar mucho dinero o muy poco, según se mire. Cuando salen, el ruido de Bogotá los rodea, caminan por una calle angosta. Ambos van pensando lo que van a hacer, calculando riesgos, imaginando situaciones. En una esquina se miran, “¿almorzamos?” “sí, parece, este cruce lo merece.”

El último eclipse de sol del milenio sucede en el transcurso de la mañana del jueves y para Josie es imposible no sentir que le anuncia algo. Una sombra misteriosa dibujando extraños contornos en los objetos y los rostros se apodera por unos minutos de la tierra que sufre un éxtasis callado. En la emisora hablan con descuido de los pronósticos del fin del mundo y de los sucesos del día. Más muertos, más intrigas. Un hombre liberado esa mañana después de tres años de secuestro cuenta al aire cómo apenas unas horas antes su hijo había sucumbido a una leucemia que desde hacía meses lo devoraba. No se pudieron despedir. Josie observa el ajetreo cotidiano de sus compañeros, las idas y venidas, las carreras de los técnicos. Mientras saborea un café lo invade la tristeza y un cansancio como de siglos de vivir y morir. Piensa que tal vez el hijo ofrendó su vida por la libertad de su padre. Como solía pasarle cuando peor estaba, ese día había hecho reír a carcajadas a sus oyentes durante el programa donde imitaba voces de personajes creados por él, personas humildes y sabias que decían cosas de esas que todos saben pero que se

han hecho invisibles por los sucios trucos del poder. La gente que lo escuchaba y reía aliviada no sabía que detrás de la parodia matutina flotaba una inquietud creciente. Los amigos tan solo meneaban la cabeza preocupados por los excesos de Josie, por su falta de prudencia.

Más tarde en el restaurante donde se reúnen casi a diario a almorzar, notan que Josie está cabizbajo y extrañamente silencioso. Cruzando la agitación de meseros y comensales, Hernando lo mira hasta que él levanta los ojos creando una locuaz y profunda corriente que sella lo que ambos saben, que son padre e hijo por esos azares del destino que actúan a veces con más certeza que la misma sangre.

La tarde pasa lenta. Josie contempla la ciudad desde la ventana de un alto edificio. La mira extender sus ruidosos dominios hasta perderse en el horizonte donde el sol cae. Conoce sus interminables calles, los lugares más atroces y los más lujosos, la conoce y la ama de la misma forma en que siente que ella lo ama y sabe lo que le sucede. Esa ciudad que creció con él, aún esconde al pueblito colonial en sus entrañas, mientras intenta parecer moderna y desparpajada. Su Bogotá, donde también morirá. Mira hacia la Casa de Nariño, el palacete donde vive el presidente y recuerda cuando hace unos días en otro impulso por buscar una salida a la espera enloquecedora decidió llamarlo, pues alguna vez fueron amigos. No había respondido su llamada, atrás habían quedado los días de risa. Lo recuerda como lo vio en un noticiero, caminando entre generales y filas de soldados que le rendían obediencia, moviéndose con esa altivez ridícula de quienes han sido investidos con el poder humano, ese que Josie conoce y

desprecia. En un pase típico de su mente funde esa imagen con una escena de “El traje nuevo del emperador”, en la que un niño pone al descubierto que el emperador desfila desnudo aunque pretende vestir un lujoso traje que todos pretenden ver para no ser tomados por estúpidos. El dedo del niño señala aquello que todos ven y callan. Entonces ve al presidente, desnudo y barrigón, caminando por la carrera Séptima, la Calle Real, saludando aquí y allá, rodeado de sus súbditos. Atrás van su rubia esposa y sus rubios niños, vestidos con trajes de terciopelo azul. Por primera vez en el día sonrío.

En la noche ve con Ana el programa de televisión en el que aparece con su disfraz de embolador diciendo palabras que lo estremecen. Sin duda ha enviado su mensaje: no callará, no hará concesiones, se burlará de los señores de la muerte aunque caiga víctima de una de las guerras más enredadas del planeta. Mientras su personaje hacía reír, pensó que a los tiranos les falta humor, se toman tan en serio que creen que los demás tienen que pensar y actuar como ellos. Entonces supo que lo querían callar no tanto por sus gestiones en las negociaciones de paz, sino por su don para burlarse de todos de la manera más despiadada. Ana calla y toma su mano apretándosela cada vez que el personaje dice algo fuerte. Sin ruido, llora. A media noche suena el teléfono. Sobresaltado, Josie abre los ojos y se sienta en la cama. No estaba dormido, navegaba en un silencio donde revoloteaban rostros, frases, momentos, olores y texturas de muchas épocas de su vida. Flotaban en aparente desorden, pero estaban guiadas por una melodía que él reconocía como la pieza de fondo de sus treinta y nueve años. Sin esperar a que su asesino hable, le grita en un tono marcado por la más auténtica y profunda de las curiosida-

des ¿Por qué? Silencio. Clic. Un pito desesperante. Piensa en la cita que ha buscado afanosamente. ¿Qué le diría al patrono de uno de los ejércitos de la guerra? Tal vez le haría la misma pregunta que gritó en el teléfono pero, ¿para qué? Sabía la respuesta. Quería mirarlo a los ojos, nadie puede matar a alguien que ha mirado a los ojos. Duda. Sabe que la crueldad de ese hombre aúlla sobre el fondo de un gran dolor. Es uno más que guarda un niño resentido vengando eternamente el asesinato de su padre. Sí, decide al fin, ese hombre sólo existe para su enemigo. Vive para perseguirlo, buscarlo en cada rostro, matarlo una y otra vez, hasta el fin de sus días, en una cacería desquiciada en la que tejerá una mortaja para sí mismo y para la esperanza de su tierra. Ese será su destino.

No puede dormir. La noche se arrastra. Manadas de perros ladrarán. La ciudad despliega su densidad, es recorrida por los excluidos. Una familia la atraviesa empujando su carrito cargado de cartones. En una esquina dos niñas de la noche cuentan sus billetes, en un rumbeadero el sudor hace de los bailarines un solo cuerpo erotizado. En cada cuadra, un ejército vigila. La ciudad no duerme, acecha. Josie se ha levantado y la contempla desde la ventana. En algún lugar está su asesino, un cordón fatal los une. Seguramente será como aquellos muchachos tantas veces conocidos que arrastrados por una mezcla letal de ambición, desamor y rabia aprenden a sobrevivir en una jungla de odios heredados, a defenderse y a matar. Se pregunta si su asesino lo habrá visto en televisión... A lo mejor habrá reído de sus chistes. Puede ser cualquiera en un país de víctimas y matones, de muertos al por mayor y al detal, un país cruzado por ejércitos de muchachos, comandados por curtidos y rencorosos viejos que han aprendido

a odiarse unos a otros, aunque, de vez en cuando, en medio de un combate, se miran a los ojos y saben que son los mismos, que sólo los separa un nombre.

Los pájaros cantan. El sol se asoma tímido en un cielo azul inmaculado. El cuerpo de Josie continúa adormilado mientras su mente divaga. Podría quedarse tirado en su sillón, llamar a la emisora y disculparse. Luego se escondería en un baúl, callado por años y años mientras afuera la vida seguiría rodando sin él, hasta que su nombre fuera borrado. Así se imaginaba de niño, cuando alguien lo regañaba. Oye cuando Ana se levanta, pasa a su lado, todavía desperezándose. En un gesto cotidiano lo despeina y le da un beso. La siente revoloteando en la cocina. Sin verla sabe que está desolada. Mientras se peina frente al espejo, mira su rostro. Casi nunca lo hace. Sonríe ante su cara que siempre le ha parecido cómica. Pero cuando encuentra sus ojos nota que están más allá, unidos a un universo azul y lejano. Destellan una antigua sabiduría. Estremecido, esquivo su propia mirada.

Maneja el jeep velozmente, toma la avenida 26 que nace entre los pliegues de los cerros tutelares de Bogotá, Monserrate y Guadalupe, y la atraviesa de oriente a occidente en un trayecto que va revelando los rostros de la ciudad. Muchos lugares del recorrido están adheridos a algún recuerdo. Van pasando a lado y lado, envueltos en el aire frío y azul claro del amanecer: el Parque de la Independencia, el Museo de Arte Moderno, la Biblioteca Nacional, el Cementerio Central... “Y si tomo este miedo, lo vuelvo un ovillo y lentamente me lo saco del estómago, desenrollándolo como una tira larga y gris, dejando que el aire entre a mis pulmones. ¡Ah! En realidad si no tengo miedo nadie podrá hacerme

daño, aunque me maten. ¡Qué idea extraña se me ha ocurrido! Siempre he tenido miedo y así he caminado por la tierra. Hay pocos carros, me encanta este frío. Allá abajo está el aeropuerto, compro un pasaje para Bali y me pierdo para siempre...”

Escucha el ruido de una moto que se acerca por la izquierda, su corazón brinca, estrellándose contra el pecho. Acelera pero la moto se acerca implacable. Vislumbra dos hombres de negro asomándose por el espejo retrovisor, no puede ver los rostros tras los cascos de visera oscurecida, pero los cuerpos delatan juventud. Son ellos, están casi al lado de la ventana. Su mente está en blanco. Empuja el acelerador hasta el fondo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco estallidos... Pierde el control del jeep que da una voltereta y se estrella contra un poste.

(El poste es uno más de aquellos que hacen guardia a lado y lado de la avenida 26, nadie nota su existencia o quizás lo hace el perro que orina allí de vez en cuando).

Aún la vida palpita débilmente en el cuerpo desmadejado y manchado de sangre. La moto se aleja veloz. No hay dolor. Josie siente que se va deslizando en el aire, flota liviano. Encuentra a la muerte que lo toma en sus brazos con suavidad y lo lleva despacio, susurrándole palabras incomprensibles pero apaciguadoras. Desde arriba mira su cuerpo retorcido, las llantas del jeep de medio lado, aún dan vueltas. No siente nada, no piensa nada, la claridad lo invade. Atraviesa un velo y recuerda. A lo lejos escucha una canción “quiero morir de manera singular, quiero un adiós de carnaval...”

En pocas horas el poste donde por mucho tiempo el carro de Josie mostró sus entrañas de lata, se va llenando de velas, flores, lamentos, lágrimas, caricias furtivas, fotos, dibujitos, palabras y miradas que lo hacen brotar de la nada, en medio de la fila interminable de postes idénticos y mudos. Ha tomado rostro sirviendo como umbral al más allá, recibiendo el último aliento de un hombre asesinado.

Volvemos a ver a Josie en la televisión, sigue haciéndonos reír. Los asesinos callan.

NN vivos

Hace semanas me acompañan. Al verlos, mis amigos se horrorizan y apartan la mirada. Desde un pedazo amarillento de periódico, metidos en un panel de borrosas fotos en blanco y negro, tamaño documento, se asoman con sus miradas delirantes, sus rostros de habitantes del limbo. Les llaman los NN vivos, los sin nombre. Son doce, organizados en tres columnas, cuatro filas. El periódico dice que no saben quiénes son, no recuerdan ni su nombre ni su historia.

Los encontré por casualidad. Buscaba empleo cuando los vi. Traté de seguir de largo, pasar la página y ya, pero no pude. Me quedé pegada al panel de fotos, recorriendo sus ventanitas como si allí habitara algo mío, algo oscuro pero íntimo. Entonces, recorté el rectángulo y lo puse en una pared de la cocina. Ahora no se quieren ir ni yo quiero que se vayan. Los miro y los miro, aunque ellos no pueden hacerlo porque su mirada está perdida. No he vuelto a buscar empleo, casi no salgo. Pongo un asiento frente a ellos y voy de rostro en rostro. Algunos ríen sin dientes, mostrando el abismo de su boca. Se ven avergonzados de existir, de ocupar un espacio, aunque ya ni nombre usan. Me pregunto qué quieren de mí.

La primera que me llama es la señora de la tercera fila, primera columna. Ella, con seguridad, tuvo un nombre. Su rostro aún tiene vestigios de un amor, aún su boca parece querer decir algo, aún su mirada oblicua no está vacía. Debajo de la foto escribieron NN Rosa. Viste un delantal. Mientras la miro, siento que una fuerza me hala hacia el interior. Escucho un llanto de bebé, cierro los ojos y esa extraña música me va arrastrando a un lugar donde puedo ver a NN Rosa deambulando por una calle oscura. Está

desesperada escarbando basura, buscando algo. Se limpia la cara con el agua de un riachuelo, recoge un lazo con el que se amarra su pelo escaso y gris, que en vano intenta ordenar. Sin mirarme, sin siquiera mirar hacia dónde estoy, va hablando mientras escarba: “Mis partos fueron fáciles, se me salían los niños, sin dolor. Siempre supe que nadie era de nadie, que llegamos solos y así nos vamos. La abrazaba con temor, estaba enfermita, lloraba y lloraba, me puse a pensar cualquier cosa y la nena se me cayó Cuando la recogí estaba callada y fría. Me dio vergüenza de la vecina y la escondí en el patio, bajo una matera de barro. El olor se hizo tan fuerte que alguien llamó a la policía y con ellos llegaron las preguntas, las trabajadoras sociales, las manitos de mis niños agarrándose de mi falda, las maldiciones, la cárcel. Jamás recibí una visita. Nadie me quería porque decían que había asesinado a una bebé y para las presas ese es un crimen imperdonable. Pasaron años y años. Fui cayendo en un silencio espeso sobre el que flotaba ese llanto. Cualquier tarde me quitaron a golpes mi último recuerdo y, cuando quedé libre, no me lo devolvieron, y tampoco a mis hijos que regalaron. Mi bebita seguía llamándome desde algún lugar con su llanto bajito y continuo. Así fue desde que se cayó... La busqué en cada rincón de la ciudad. Un día me llevaron allá, al lugar donde tomaron la foto. Me encantó la comida, era tibia y salada, con pedacitos de carne y arroz. Ahí me quedé.”

Entonces veo a NN Rosa en el fondo del cuarto de las cien camas iguales, meciéndose al son del llanto de su niña, que nunca se calma, mientras le canta susurrándole un nombre, el de ella, el de ambas, que es el mismo.

La imagen se esfuma y quedo con los ojos cerrados, tratando de comprender lo sucedido. Quizá estoy enloqueciendo, cayendo al pozo donde van a parar aquellos a los que se les ha espantado el alma. Decido botar el recorte y salir al otro día del encierro, pero es tarde y estoy exhausta. Esa noche vuelvo a soñar lo mismo que sueño desde hace años. Perdida en esta inmensa ciudad, está oscuro, quiero llamar. Tengo miedo. Al fin encuentro un teléfono público en una cabina anaranjada. En mi mente repito incesantemente el número de la casa donde viví cuando era una niña... 2813455, 2813455... que no se me olvide, que no se me olvide. Marco el dos pero el disco está dañado, no tiene freno, da vueltas sobre su eje. La angustia me cerca hasta ahogarme en la noche de la inmensa ciudad.

No puedo evitarlo, mientras desayuno me doy cuenta de que desde su ventanita en la tercera columna, primera fila, me está llamando NN Pepita, que ni nombre de anónima tiene. Pepita, puntico de nada. Habitante de la locura brava. Tomo mi lugar y cierro los ojos, resignada. “Fui golpeada desde el vientre. Me metía debajo de la mesa mientras él la mataba a patadas. Pocos años en este mundo fueron suficientes para que el terror a la voz tronante se me metiera al cuerpo, para que se grabara el trepidar del corazón de mi madre acechando al gigante mientras entraba tambaleándose, oliendo a cerveza y a animales domados. Aún ahora mi difunta madre se me aparece. La veo tirada en la cama, con el rostro morado, la mirada perdida, las lágrimas estancadas. Me mira y la miro, sólo eso.” NN Pepita sabe su nombre pero jamás lo repetirá porque le suena a blasfemia después de ese amanecer en el que gigante la violó, rompiéndola en pedazos mientras se lo decía al oído con saña. De vez en cuando estalla, se hala el pelo,

se contorsiona y convulsiona hasta quedar exhausta. A veces se queda paralizada mirando la nada. Otras, parece una mujer suave, bondadosa, como si no hubiera matado a nadie, como si aquella noche no se le hubiera abalanzado al borracho que cantaba a todo pulmón sonriendo como un idiota. A veces parece que no hubiera sido arrancada del cuello del hombre cuando estaba más que muerto, empujada a huir mientras alguien dejaba el cadáver en un potrero. Ambos se convirtieron en cuerpos no identificados, en NN, él muerto, ella viva. A veces parece que NN Pepita volverá a una casa donde alguien la espera, se pondrá un chal y se asomará a la ventana. Pero no, no es así, morirá con NN Aurora, la de la tercera fila, segunda columna, cuando a ambas las ataque un mal que no querrán curarles. Ambas morirán ahogadas en tos seca, mirándose a los ojos, con el cuerpo caliente y el alma helada. Morirá NN Aurora un poco antes, sólo unas horas, y entonces NN Pepita cerrará los ojos para penetrar el vacío donde flota desde hace mucho tiempo. Lo hará despacio, dejándose ir, entregándose al vértigo, despacio, resbalándose.

Perder mi nombre, olvidar mi historia, extraviar mi mirada, romper el hilo que me une con el vientre de donde nací, escabullirme del tiempo que corre bien segmentado y medido, enredar el tejido de las palabras que salen de mi boca, caer en el hueco donde acecha el miedo. Perderme... puede ser una tragedia o una liberación... Dejar este rostro que estoy cansada de mirar, ir a un lugar donde nadie me conozca, donde no sepan mi nombre ni mi historia... pero aún así yo recordaría, yo sabría y eso basta. Quizás ellos me están tragando, me tienen agarrada de su locura y de su olvido. Ellos sólo me cuentan su historia para seguir olvidán-

dola, para seguir deambulando por los laberintos de su memoria rota. He desconectado el teléfono. Ya mis amigos no vienen, se cansaron de mi mutismo. Mi pelo está enmarañado y casi no queda nada de comer. Mañana acabaré con esto. Me bañaré, me peinaré, me echaré un poco de perfume y saldré a la calle. Conectaré el teléfono y compraré el periódico para seguir buscando empleo.

Amaneció lloviendo con una intensidad que no recuerdo en esta ciudad de lluvias escasas y suaves. Parece lluvia de selva, tan erótica. No podré salir y ya no quiero hacerlo. Los recibos de pago se acumulan, ni siquiera los recojo del suelo. Su rostro, el de mi padre, se me aparece una y otra vez. A veces está feliz, ilo veo tan guapo! A veces llora y otras grita enfurecido. De ese rostro dependía mi vida. Si estaba feliz, el aire penetraba en mi cuerpo, si no, se detenía a mitad del pecho. Una vez se enloqueció y lo entendí. Debía mucho dinero, mis hermanos lo odiaban, mi madre lo había abandonado y estaba solo, en ese pequeño apartamento con una cama y una pequeña estufa. Rompió la puerta de la casa de mi madre, gritaba enfurecido, dejando una estela de objetos destrozados a su paso. Ella temblaba y trataba de calmarlo. Como un huracán rompió nuestra vida, esparció los pedazos, destrozando al tiempo sus propios sueños de un mundo bueno, un huracán que devastó ese cosmos chiquito en el que nos habíamos refugiado. Cuando lo sacaron a la fuerza, estaba muy viejo, cansado y sólo quería morir. Así me dijo.

La muerte no llega cuando uno quiere, ni menos cuando realmente se necesita. Voy descubriendo esta otra, la muerte del nombre. Hace mucho tiempo nadie pronuncia el mío. Aún lo recuerdo: ¿es ese? Ya me suena extraño. Lo repito hasta que apa-

rece otra palabra. El principio se junta con el final en una banda sin fin que suena como una lengua desconocida. Un nombre, un nombre para que me llamas, para que lo dijeras mientras me penetrabas, para que puedan escribir algo en mi tumba. Me lo imprimieron con agua y palabras sagradas. Soñé que lo cincelaba en una piedra para recordarlo, para no refundirlo, pero entonces la piedra se perdió. Busco la piedra madre, la piedra angular, la que contiene mi nombre, la que origina mi ser...

Me entrego a ellos, los dejo entrar, apoderarse de mí. Al lado de NN Aurora, en el último rincón, está NN Luz Marina que me mira desde su silencio en bruto, silencio de ignorancia fundado por un gen extraño que la hizo nacer con una cabeza pequeña, carita asustada, sin llanto, un gen destrozado, proveniente de la abuela india, presente en su pelo negro y su nariz ancha, deformado cuando a la abuela le arrebataron su tierra, sus oraciones, sus conjuros, sus muertos, su hombre, su lengua, en una salvaje invasión que duró sólo unas horas. Nueve meses después, paría una niña blanca, de espantosos ojos azules, calva. No la quiso ni le enseñó nada. La rama había sido rota, ya no recordaba el árbol ni el viento. Cuando a la niña escuálida que siempre miraba al piso le brotaron en el pecho un par de botoncitos, su madre la regaló a una viuda para que la ayudara en los oficios de la casa. Al poco tiempo, la sirvienta parió a NN Luz Marina, sin saberlo casi, después de otro asalto invasor.

“Llegué al mundo en un parto sangriento. La viuda me encontró al lado del cuerpo inerte de mi madre y sintió asco. Nunca me miró a los ojos. Yo era la fea de frente pequeña y cara asustada. Me regaló a una mujer que vendía pescado. Crecí con un nombre

puesto a la carrera, que nadie pronunciaba sino para ordenarme que barriera, limpiara escamas o recogiera entrañas. Alguna vez esa mujer venida del mar me sonrió con ternura. De allí saqué un poquito de luz que guardo en mi pecho.” Es ese rayito el que no la deja morir de frío, es el que guardará hasta esa noche, muchos años después de la foto, cuando su pelo seguirá, muy negro, cubriendo una cabeza diminuta. Entonces lo dejará salir con el último aliento y se irá de la mano del espíritu de su abuela que aún deambula cuidando el último fruto de la maldita rama.

Almas fulminadas, quizá huyeron o nunca llegaron. Al llorar encontraron silencio. Alimentaron el hambre con más hambre. Hijos e hijas de la guerra entre patios o de la guerra entre bandos. Muchos de ellos serán habitantes de una fosa común donde quedarán cubiertos con una cruz blanca, sin flores ni duelos. ¿A donde irán sus nombres, sus recuerdos, sus miradas? Al limbo, el lugar donde las almas claman por un nombre. Allí están aquellos que no han sido nombrados o cuyo nombre fue olvidado. Mientras tanto, los cuerpos envejecen y se los va devorando el olvido.

Atardece. Sentada en mi garita los miro y trato de escucharlos. Recorro las doce foticos. En la segunda fila, primera columna, me encuentro con NN Secretario. Secretario... Tampoco le pudieron poner un verdadero nombre. Fue un niño bello, de rostro vivaz, ojos parlanchines, pelo castaño. Su madre lo amó entre rato y rato, entre cliente y cliente. Lo amó tanto que lo encerró diez años sin dejarlo mirar más allá del muro del patio de cemento donde cada día lo bañaba temprano. A lo lejos se asomaban las

cimas de altos edificios, se oía el estruendo del tráfico infernal, se adivinaba una vida agitada. Vivían en un cerro de tierra amarilla, cubierto de casitas burdas a donde llegaban hombres de otros territorios atraídos por los abrazos baratos.

“Un par de veces subí el muro y vi la ciudad llamándome, palpitando a lo lejos. Mamá me vestía con primor, me daba muchos besos, algunos en la boca. Me peinaba hasta aplacar la rebeldía de mi pelo ondulado. Hablábamos muy poco, palabras sueltas, pero nos mirábamos mucho, sonriendo. Cada noche me traía animales de peluche y dulces. Me enseñó a bailar. Nos tomábamos de las manos y con el fondo de una música bonita que salía de una pequeña grabadora dábamos vueltas por el cuarto. Me asusté cuando sentí que me tenía que ir, que algo me urgía a escapar, a bajar a la ciudad, a tocar las luces que temblaban lejanas, tan parecidas a las estrellas que también miraba desde la ventana. Traté de olvidarlo. La sonrisa de mi madre me devolvía la fuerza para seguir en mi encierro de azúcar. Pero cada día era peor, mi mente hacía planes, mi cuerpo imaginaba el salto del muro, mis manos guardaban monedas. No supe cómo lo hice, pero de pronto trotaba por el cerro sintiendo el viento frío mientras me acercaba a las moles de cemento. La ciudad me devoró. Durante semanas traté de encontrar un lugar, no sabía cómo, ni dónde. Iba caminando confuso, muerto de hambre cuando alguien me llevó al sitio de la triste mirada de mil niños solitarios. Quise decir el nombre de mi madre, pero ninguna palabra se atrevió a salir de mi boca. Me enmudeció la dureza de los rostros, el lenguaje indescifrable de las paredes y los almacenes, la velocidad de los carros, el dolor regado en las calles, la soledad de las putas viejas,

el olor a alcohol barato. Quise volver, pero la confusión y el miedo me invadían y no sabía si mi madre era un sueño o si alguien en verdad me había besado tanto.”

Fue dócil en la institución, ayudó a limpiar, aprendió a hacer pan y nadie se quejó de él. Lo ascendieron a secretario, así se quedó hasta que le tomaron la foto del periódico. Ese día salió del cerro un grito desgarrado. Una mujer vieja bajó corriendo la loma con el pedazo de papel en la mano, arrugado y mojado. Cuando encontró la institución, paró en seco, se arregló la falda, se alisó el pelo y fue a encontrarse con su bebé de cuarenta años que, al verla, se orinó, vuelto un ovillo. Lo llevó a su casita donde aún mira por la ventana, señalando las luces y las estrellas, peinado y perfumado. Lo llaman Gabriel.

Me aferro a mi nombre, como Gabriel al suyo. Vuelvo de su historia llorando. Lloramos todos. Lloramos por los padres que asustan, las madres que ahogan, las ciudades duras. Entonces, me acuesto mirando la luna llena que asoma a mi ventana, me cobijo bien y siento un calorcito que hacía días había olvidado. Presiento que en algún lugar del universo alguien se acuerda de mí, pronuncia mi nombre, evoca mi rostro, me llama. Sé que mañana me despediré de ellos, dejaré de ser su rehén, su voz. Tal vez.

Rincón

Me gusta este rincón. Desde aquí puedo saberlo todo sin ver nada. Ya llegaron las chicas por su vicio... Entra una corriente de taconeos, voces alborotadas y carcajadas. La Pulga alega con el patrón, les gusta alegar, es su rumba de cada día. Desde que se saludan se dan golpes y se dicen cosas. La Pulga no se acuesta con nadie que no pague y el patrón no le paga a nadie por acostarse. “¿Encima que le consigo su humito quiere que le pague? ¡Que descarada!” Y así, así, se van de pelea a risa, de empujón a manoseo, hasta que La Pulga se va a trabajar porque “no voy a perder mi tiempo con este barrigón. Dígale a la cachorrita que saludes y que la próxima no se esconda, que yo le tengo el cliente que le paga hartito por quitarle a la Virgen María de entre las piernas. Váyase... a la niña la cuido yo.”

Dicen que esta casa fue de unos señores muy ricos, hace mucho, cuando esta parte de Bogotá era de lo mejor. Se nota. Debajo de toda esta mugre aún asoma un piso de madera pulida y clara. En los techos hay esos relieves blancos con formitas que dan vueltas. Son de yeso, dijo la patrona. Es enorme, con muchas salas y cuartos donde ahora sólo hay suciedad y trastos viejos. Las paredes tienen tizne de cuando prendemos fogatas para calentarnos. Ya no corre agua ni prende un solo bombillo. Los cables eléctricos se asoman como plantas retorcidas. Está abandonada hace mucho tiempo. ¿Quién la va a reclamar si es el centro del infierno? Desde aquí lo manejamos todo, sabemos a quién van a matar, a quién van a echarle los tombo, quién le puso los cachos a quién, quién está con hartito billete porque se hizo un buen mandado y, sobre todo, aquí distribuimos de todo. Los patrones venden hier-

ba, pastillas, coca, heroína, ácidos y bazuco, lo mío. Me lo dan barato, a los demás no, pero también los dejan refugiarse en algún cuarto de los muchos que hay.

Pero pronto esto va a terminar, dicen que ellos ya vienen.

Me la paso en el rincón. De la calle al rincón, del rincón a la calle. Allá levanto billete pa' meterme aquí a volar. Llego temprano, muy peinadita y lavadita, le acabo de decir chao a mamá que se va a trabajar en las casas del norte. Cree que me quedo juiciosa despachando a mis hermanitos para la escuela y haciendo tareas hasta que a la tarde me voy a estudiar. Me puso en la nocturna porque se lo pedí. Me cansé de las escuelas diurnas, tanto regaño, tanta perdedera de tiempo. Además, en la nocturna están los duros, los que quería conocer. Desde niña los veía y sabía que era de esos, que algún día iba a pasar por las calles asustando a las viejas y poniendo a temblar a los niños bonitos. Lo increíble es que cuando llego a medianoche, toda revuelta, mi mamá ni cuenta se da. Está tan mamada que apenas levanta la cabeza y me dice "quiubo, hija, ¿le fue bien en la escuela?" Y cae. Así llevo más de un año. Los patrones como que me adoptaron. Dicen que soy muy linda y me acarician como a un perrito. A mí lo que me gusta es que estoy en la mitad de la jugada y mientras esté bajo sus alas, lo que es a mí no me pueden hacer nada.

Las paredes de la casa están resucias, hasta mierda tienen.

Me lancé a los viajes desde chiquita, a los nueve. Oí de pelados que olían gasolina y sin pensarlo, apenas tuve el chance, agarré la

que mi mamá usaba para cocinar, la escondí en el cuarto y cuando estuve sola me agarré a oler y oler hasta que sentí un mareo terrible y me dio por vomitar. Pero me gustó. Poco a poco aprendí a que no me diera mareo sino esa cosa livianita, esa risita de todo y esos videos que pasan por mi cabeza, que no sé de dónde diablos salen, pero que son muy chéveres. Así conocí los viajes, me he dedicado años y años a eso, a pilotear aviones locos. Soy una experta en lidiar con todo.

Usted se mete el vicio, se lo mete entre la sangre, se lo empuja adentro, adentro, hasta el lugar donde se arma la realidad. Con el humo la hace picadillo. Lo que echa pa' dentro el humo es el aire y el intento de borrarlo todo. Entonces se va, se escurre por un túnel que lo lleva a donde se le da la gana.

En mi rincón me vienen los recuerdos. Son como fotos. Quietos, callados, sin gritos. Veo mis manitos, muy pequeñas, casi de bebé, agarradas de dos cuerpos peludos y calientes. Me cuelgo de esas lanas, me paro y despacito voy aprendiendo a caminar. Son los perros de la vecina, uno amarillo y uno negro. Me acompañan todo el día, desde que mi mamá se va a trabajar hasta que llega y los espanta con un grito y el zapato al aire. Sus lanas son suavécitas, las amarillas son más largas, las negras más cortas. Por eso casi siempre duermo sobre el amarillo. Oigo dentro de su barriga sonidos bonitos, me voy quedando dormida. No se mueve hasta que siente que yo lo hago. Antes me dejaba ahí sentada y se paseaba estirándose por el patio. Ahora que me enseñaron a caminar me llevan de un lado a otro. Pasamos horas y horas jugando

a revolcarnos en el cemento, acostándonos en el pedacito de sol. Desde este rincón me acuerdo de mis perros, aunque nadie me cree ese cuento.

Mi mamá no los quería, ni ellos a ella. Cuando me pegaba, ladraban y ladraban. No podían hacer nada porque mi mamá cerraba la puerta. Pobrecitos, se desesperaban. Al otro día me lamían las heridas mirándome con dulzura. Mi mamá llegaba a la casa ya de noche, cansada, por cualquier cosa se ponía brava. Que si me oriné en los calzones, que si regué la colada, que si no me la comí toda, que si tumbé alguna cosa o que si nada. Comenzaba por pegarme una cachetada, otra, otra, hasta que se le iba la polea y me daba y me daba. No era todos los días, sólo a veces. Luego se acostaba enrollada y lloraba pero nunca me decía nada.

Cuando nos fuimos de esa casa casi muero sin mis perros. Pasamos de un cuarto húmedo a otro, siempre en el mismo barrio. Pasaba horas y horas sola, mirando el techo, siguiendo las formas que la humedad pintaba, viendo rostros, monstruos, caminos al cielo, paisajes extraños. Jugaba con las hormigas que caminaban por ahí, afanosas y ordenadas. Les ponía un poco de azúcar y las esperaba. Llegaba una y la dejaba ir para que les avisara a las otras. Me quedaba callada, quieta. Cuando ya habían formado una fila, las espichaba una a una con la punta de mi dedo. Ponía el dedo, le daba una vueltita y ¡plas! fulminadas. Luego llegó mi hermano, le llevo seis años, después de otros tres, mi hermanita. Cada uno tuvo un papá, o mejor cada uno no tuvo un papá. Ninguno dejó ni el rastro. Ahí me tocó el video de ser mamá, cambiar pañales, cocinar, dar teteros, dormirlos.

En este rincón también veo animalitos pero me da pereza matarlos. Sólo los miro pasar: cucarachas, hormigas, chinches, ratones, zancudos, hasta pulgas he visto saltando. Lo que me gusta aquí es pegar la cara a la pared fría y echar a volar. Con el bazuco es puro terror, se mete uno en una dimensión bien rara. Nada de pajaritos o maripositas como con la hierba... No, aquí la cosa es con demonios, sombras y muerte. Peleas mortales en las que me hundo y me convierto en vampiro chupa sangre, en oscuridad que se los traga a todos. Me agazapo contra la pared, dentro de ella veo todo y tiemblo. Soy la oscuridad afilada como puñal, nadie puede tocarme.

Oigo voces de alerta, van llegando, dicen que viene un camión. Algunos salen de la casa, otros nos quedamos quietos.

Estábamos bien perdidas cuando nos fuimos con La Chava y esos dos tipos a un motel. Ella se acuesta con cualquiera pero yo he aprendido a sacarles plata con solo besuquiarlos. Mi sexo se cerró hace mucho tiempo, aquella vez que le grité a ese tipo que no y no sirvió. Entonces se me fue la voz y me volví una sola patada, ya tenía la navaja casi enterrada en el cuello. Pero me moví tanto que lo tenía desesperado, era bien chiquita y como ahora bien delgada, como un pescadito. Que me lo metió, me lo metió, pero no pudo acabar porque alguien llegó y el man se asustó. Mi mamá dijo que era mi culpa por andar buscándome problemas donde no se me habían perdido. No entendí, yo estaba en la casa y él era un vecino. Menos mal nos fuimos pronto de allí porque me la tenía cantada. Luego supe que lo habían matado. Averigüé cómo y me contaron que debía una plata, le metieron diez puñaladas. Desde ese entonces, cuando estoy asustada, imagino

el puñal atravesándole la carne, esa carne grasosa y blancuzca. Imagino que el puñal entra y la sangre va saliendo por los bordes, luego lo sacan y la sangre sigue saliendo y luego lo chuzan otra vez, otra vez, otra vez, hasta diez. Veo ese cuerpo deshaciéndose en el piso, tirado como un muñeco y entonces se me espanta cualquier miedo.

La gente en la calle es fácil de adivinar. Nos paramos con La Chava en cualquier esquina, buscando presa. Miramos y miramos. Se nota todo en los cuerpos. Una mujer iba caminando, estaba triste. Miraba al frente pero estaba mirando a la nada. Caminaba en una dirección fija, como si supiera a dónde iba, pero sus piernas mostraban duda y debilidad. Algo muy grave le había sucedido. Estaba bien vestida, con zapatos caros y una cartera de cuero. Tenía el pelo corto, bien arreglado. Un hombre la había traicionado, eso es seguro. Nos hicimos señas y nos paramos una a cada lado, pegándonos a su cuerpo, oliendo su perfume de flores. Se demoró un instante en darse cuenta. Estaba en otro planeta. Nos miró desde esa lejanía con una pregunta en la mirada. Le saqué la navaja y se la mostré, sin palabras. La obligamos a caminar harto, hasta mi guarida. La cara le iba cambiando mientras entrábamos al barrio.

Usted está en pleno centro de la ciudad, los edificios de oficinas, los almacenes, la gente caminando en racimo, los arbolitos y izas! cruza una calle, voltea por la esquina y en un instante deja atrás lo conocido para entrar a lo temido, allí donde sólo entran los que saben, los que son de ahí. Cambia el aire, los colores y los olores. Ella nunca había estado en un lugar así, eso también es seguro.

Este lugar del terror, este lugar oscuro, este lugar en medio de la ciudad. Hoyo negro donde muere toda esperanza, a donde llega la desgracia a saciarse con más desgracia. Lugar de muerte y asfixia. Refugio para los que aman el abismo. Este lugar que ellos vienen a destruir, a borrar.

Nos dio por asustarla. Le quitamos la cartera y comenzamos a burlarnos de cada cosa que llevaba. Mirándonos en su espejito nos untamos cuánto maquillaje encontramos, nos echamos su perfume, nos peinamos con su cepillo. Luego sacamos los papeles y unas fotos que desparramamos por todo el cuarto. La plata la guardamos, claro. En las fotos estaba el hombre, el que la engañó. La pobre nos suplicaba que la dejáramos ir, que no tenía más. Lloraba. Pero nos dio por joderla, de puras desocupadas y llevadas. Le hicimos quitar los zapatos, le quedaron a La Chava. Yo ni me los probé porque tengo pies diminutos. Luego la chaqueta, la blusa, el brasier, la falda y las medias veladas. Le dejamos los calzones de puras buena gente. La queríamos ver, era bonita. Estaba aterrorizada. El olor de la casa le daba asco, no pudo evitar mostrarlo y eso nos dio rabia. No sé por qué me gustó tanto la piel de esa nena. Era bien blanca y muy suave, tan cuidada como las mujercitas de la televisión. La mujer estaba tan asustada que se orinó. Ya no se defendía sino con la mirada, una mirada que no se me olvidará jamás. Pobre. Sólo le dañamos un poco la cara, nada más. Nos sentamos encima de ella como si fuéramos hombres, sólo para reírnos. Cuando nos cansamos, le dijimos que se largara pero antes La Chava le puso una marquita en la cara, una línea delgadita, bien hecha, cruzándole la mejilla derecha. Nos miró con tanta tristeza que le devolvimos la ropa, menos los zapatos. Se fue toda despelucada, descalza, temblan-

do. De toda la gente que asalté es la única que recuerdo. En la calle a veces miro a las mujeres buscándola, como con ganas de pedirle perdón, pero sé que si me la cruzara no lo haría. No me saldría la voz. Pero me gustaría verla. No tenía la culpa. De malas, fue muy de malas.

Una vez usted pisa ese lugar no lo vuelve a olvidar jamás. No por lo que sufra o goce allí, sino porque le muestra la sombra de su rostro, su pedazo de Satanás. Este hoyo negro es un espejo de cuerpo completo. Por eso lo quieren borrar del mapa. No les importa que al hacerlo dejen un reguero de sangre.

Con los tipos del motel si nos fue mal a nosotras, al menos a mí. El de La Chava se la llevó a un cuarto, mientras yo me quedé con el otro besuquiándolo y dándole trago para embobarlo. Me insistía en que nos fuéramos a un cuarto y yo que no, que ahora no podía, “pero así estamos rico, papito.” Me metía la mano en la blusa, en el pantalón manoseándome. A puro ojo podía ser mi papá. Estábamos en la terraza de un tercer piso. Ya me quería largar pero La Chava no aparecía, nunca nos abandonábamos. Entonces le dio por ponerse más agresivo, quería llevarme obligada, le pegué una cachetada, él me dio otra, nos jalamos uno al otro hasta que ni sé cómo me caí. Dicen que seguro me tiré o el hombre me empujó porque no hay otra manera, la baranda me llegaba a la cintura. No sé. Recuerdo el golpe pero no como una imagen sino como una sensación en mis pies. Caí de pie, luego quedé sentada y terminé acostada de lado. Eso me contaron después. Tres pisos. Me desperté en el hospital, los dos pies fracturados, un par de vértebras desviadas, raspaduras y moretones, nada más, nada menos.

Las enfermeras decían que una caída así era para quedar muerta o al menos paralizada. Sólo quedé coja. Quería morirme. Es lo que ando buscando desde que me acuerdo, pero ¡qué cuero duro tengo! Por más que me reviento contra el mundo ¡no me muero!

Me gusta este rincón, desde aquí puedo saber todo sin ver nada. Aguzo los oídos y escucho un estruendo. Llegaron. Rompen puertas, gritan. Ya llegaron. Sabíamos que tarde o temprano lo harían. Han ido invadiendo este barrio para limpiarlo de la escoria, de nosotros. Me meto más en el rincón, como un ovillo de lana. Están acabando este infierno, lo están volando en pedazos. Oigo las voces de los patrones tratando de convencerlos, de darles plata para que dejen la casa quieta. Una voz, una risotada. Siempre había funcionado, pero ya no, la orden viene de muy arriba. Se los están llevando. Entran a cada cuarto, rompen, revuelcan, gritan, patean y se llevan a los que encuentran. Están en el cuarto encima del mío. Allí están los más llevados, les decimos los fantasmas. Gritos de terror. Escucho sus lamentos. Braman como bestias.

Espero metida casi dentro de la pared, en mi rincón. La casa se estremece con los pesados y rápidos pasos de las botas de los hombres de verde. Van chocando contra el mundo, arrasándolo sin mirar. Entran a mi cuarto. Revuelcan todo, esculcan buscando la mercancía para revenderla, rompen lo que encuentran a su paso. Espero que me manden una de sus garras y me arrastren. Tiemblo y cierro aún más los ojos. Pero no me ven. Salen del cuarto y no me han visto. No lo puedo creer.

Escucho las llamas comiéndose las paredes, el fuego hace crujir la casa. Se que aún no puedo salir, espero en medio del calor y de una mezcla de olores raros. Ya no hay lamentos. Me meto más en el rincón. Siento que se fueron, lentamente salgo de mi ratonera. Mi cuerpo está entumido y, a la vez, en estado de alerta. Mientras salgo me doy cuenta de que las llamas se están extinguiendo. En algún momento ha empezado un aguacero que penetra por las goteras del techo, por las paredes cae agua negra.

Al amanecer me atrevo a salir. Camino alejándome de la casa. El agua y el frío me penetran. Tiemblo y me inunda la tristeza pero me niego a llorar. No lloraré, nunca más me harán llorar, jamás. ¡Que mierda! Mi diosito me quiere viva, hasta invisible me volvió. O quizás fue mi bisabuela india, una bruja tremenda. Yo no invoqué a nadie. Sólo me acordé de mis perros y de mis hermanos mientras me preguntaba para qué demonios viene uno a este mundo.

Ha pasado un año desde que nos sacaron de la casa. Luego la demolieron junto a muchas más. Todo fue muy rápido. El barrio quedó totalmente destruido. En una semana acabaron con las ollas, con los metederos, con los antros, como sea que les digan. Acabaron con nosotros, los desechables. Borraron la vergüenza de la ciudad, la que esconden cuando viene alguien importante, la basurita que meten bajo la alfombra. Hoy inauguran la plaza que cubre el barrio, como una loza sellando una enorme sepultura. En el centro, una bandera muy alta y una extraña escultura

metálica que parece un caracol gigante. ¡Qué bonita! Dicen, “¡qué cambio para la ciudad!” El alcalde sonríe mientras corta la cinta. Debajo, el infierno palpita y se desplaza para emerger a través de otro hoyo negro. No lo pueden demoler así no más. Eso yo lo sé.

Fuego

La luz del mediodía caía vertical sobre la cabellera roja de la niña. Acababa de atravesar la sombra húmeda del zaguán y cuando abrí la puerta ese fuego me deslumbró. Alina, así se llamaba, Alina, Alina... Estaba al lado de Julián, mi viejo amigo, mirándome con tímida coquetería. Era tan joven que me pareció un juego. Nunca había visto ese color de cabello, caía hasta su cintura, largo y ondulante como una ardiente cascada. Julián me hablaba mientras yo la miraba. Estaba preocupado por ella. Decía que iba a quedar desprotegida cuando él se fuera. Temía que se hundiera en este pueblo donde la gente se divide entre los habitantes de la noche y los del día, dos especies con poco en común pero con una solapada guerra a muerte. No pregunté mucho, necesitábamos una mesera. Hoy me pregunto si fue un demonio o un ángel quien la hizo llegar a esa puerta, a mi vida.

Es un mediodía pleno de sol y azul. Alina canta mientras cuelga ropa en una destemplada cuerda. Se siente observada. Al volver la cabeza, descubre a Don Julián parado en el centro del patio, bañado de luz pero visiblemente triste. Sin mirarla a los ojos le cuenta que se va a vivir a la ciudad de Arenas donde está su madre. Alina le pide que la lleve. No le contesta, la toma de la mano y la arrastra hacia la calle susurrando una oración. Ella se deja llevar mientras ríe burlona diciéndole que al fin se deschaveté de tanto tejer hilos invisibles. Paró frente a un portón grande, de madera gruesa y oscura, con una pesada aldaba en forma de cabeza de león. Don Julián golpea con la argolla que cuelga de las amenazantes fauces. La puerta se abre produciendo la silueta de un hombre enorme al que se le adivina un rostro bondadoso. El orfebre cuenta que se va del pueblo y le pide, con tono angustiado, que ayude a la niña. Los hombres conversan

un rato mientras Alina mira curiosa hacia adentro de la casona adecuada como hotel. La situación le da risa, pero no hace ni dice nada, tan solo mira a Don Virgilio como le enseñaron las mujeres de la noche.

Esa misma tarde Alina empezó a trabajar. La vi ceñirse el delantal, subirse un poco la falda y salir con las bandejas a servir a señores barrigones y señoras de raros peinados que de vez en cuando chapotean en el agua azul de la piscina. Los hombres la miraban con deseo, las mujeres se miraban entre ellas, escandalizadas. Alina arrastraba una ola de luz, sonreía y se movía con sensualidad haciendo gala de su memoria. No anotaba los pedidos y no olvidaba nada. Pronto era el centro de la escena.

La miraba y me iba llenando de alegría nostálgica. Me dio por recordar mi vida desde la atalaya del bar. No sé, tal vez era el calor, el ron o tal vez la frescura de Alina, el sonido de su risa espontánea y hasta ingenua. Recapitulé los cientos de proyectos que alguna vez emprendí, cada uno de los periódicos locales que ayudé a fundar. Pasaron por mi mente escenas de las clases de sociología que dicté por años, clases atiborradas de jóvenes esperanzados en la revolución, rostros que creía borrados, fragmentos de discusiones absurdas y apasionadas. Recorrí mis apuestas al filo del destino, mis múltiples derrotas. Hice un sumario de mis exilios y de mis amigos dispersos por el mundo. Repasé mis amores dedicando un momento a cada mujer con la que crucé caminos. Me fui sumergiendo en un feliz sopor, sin darme cuenta de la tensión que crecía en el hotel, hasta que Ofelia me arrastró a un rin-

cón y me narró las quejas de las señoras sobre la mesera recién contratada. En una semana había causado un verdadero caos. Decían que era una descarada. Y aunque en realidad no había pasado nada concreto, las mujeres parecían sentirse amenazadas por el efecto de la muchacha en sus maridos. Ofelia contaba que los hombres no le quitaban la mirada. Estaban hipnotizados siguiendo sus movimientos y celebrando sus gracias. “Se tiene que ir”, sentenció. Conozco demasiado el corazón de mi mujer y sé que cuando esconde su generosidad, es inapelable. Despedí a Alina sin mirarla a los ojos, sintiéndome un traidor.

Alina dormía de día en el cuarto de La Leona, abrazada contra su pecho. Durante la noche deambulaba por el pueblo. En los bares la fueron conociendo por su risa y su modo de conversar con cualquiera. Ningún hombre se atrevía a tocarla por temor a su protectora. Se volvió amiga del orfebre, Don Julián, quien vivía en la casa más grande y destartalada del pueblo. Cuando lo visitaba, una inmensa ventana abierta de par en par les servía de locutorio. Conversaban rodeados del denso silencio de los dormidos. A un lado Don Julián tejía aretes de finos hilos de oro, iluminado por un bombillo blancuzco. Al otro, parada en el andén, recostada en el marco de la ventana, Alina escuchaba historias sobre viajes a remotos lugares.

Unos días después, sentado en un banco del parque, en un mediodía caliente y pegajoso, me preguntaba cómo era posible que cinco pedazos de papel arrancados de un amarillento cuaderno escolar, con mensajes desesperados en letra chueca, me hubieran impulsado a mentirle a Ofelia, a salir como un ladrón para encontrarme con una joven desconocida cuyo recuerdo se me aparecía

como una llama al viento. Cuando la vi venir, recordé que era casi una niña. Tanto alboroto la había convertido, en mi memoria, en una mujer. Me dijo que estaba completamente sola ahora que Julián se había ido del pueblo. Luego me contó una triste historia sobre sus padres muertos hace tiempo. Pero no fueron sus palabras las que me conmovieron. Fue su rostro, algo en su ser que envolvía y obnubilaba.

Un rato después el desconcierto me invadía nuevamente mientras le pagaba por adelantado un mes en una pensión. En el cuarto, el rostro de Alina se fue transformando, llenándose de gestos de seducción mientras me invitaba a acostarme a su lado. Me turbo, me dejo arrastrar y quitar los zapatos, cierro los ojos. Un “no” quiere subir por mi garganta, un “sí” sale de mis brazos. La beso, descubriendo con estupor la virginidad de su boca. Fuerzas contrarias me despedazan. Al fin la batalla se resuelve. La alejo y mirándola a los ojos, le ordeno comportarse bien si quiere que la ayude. Aún estremecido le explico que no deseo nada de ella, tan solo quería darle una oportunidad. Como si nada hubiera sucedido, sonrió y me dio un infantil beso en la mejilla.

De vuelta al hotel iba perturbado, trataba de ordenar mis pensamientos pero ellos se negaban, revoloteaban por mi mente en un desorden desesperante. Al fin una pregunta nítida ¿para qué demonios me meto de nuevo en proyectos redentores? Muchas veces dije que estaba retirado, sobre todo del intento de cambiar el mundo. Me soportaron los amigos largas peroratas sobre el fracaso de mi generación, sobre la imposibilidad de afectar una historia que parece correr como le da la gana. Y había hecho, sobre todo, un pacto interior de serenidad y disfrute de mi vejez.

Por eso nos vinimos a este pueblo perdido a administrar un hotel, por eso ya no daba clases ni escribía artículos. Un dedo acusador me señalaba que tal vez todo se reducía a la belleza de Alina, pero me negaba a darle crédito a eso. Iba en contra de todo lo que había sido mi vida.

Tartamudeando le narré a Ofelia lo sucedido. Estábamos en la cocina del hotel, enorme para nosotros dos. Mientras le hablaba, la veía ir de un lado para otro, calentando y sirviendo mi comida, sin mirarme. No podía descifrar sus sentimientos mientras le contaba. Omití la escena del cuarto, era tan confusa que no quería preocuparla más. Finalmente le dije, “quiero ayudar a Alina.” Se sentó a mirar por la ventana dándome la espalda. Yo esperaba su veredicto. Pasó un buen rato. Ahora pienso que quizás estaba tratando de comprender por qué esta situación la asustaba si se parecía a tantas otras que habíamos vivido. Al fin fue hacia mí, tomándome las manos me dijo la frase que había escogido en los momentos más álgidos de nuestra larga vida juntos: “Siempre estaré contigo.” Pero esa vez sentí que un estremecimiento angustioso la recorría. Acordamos ayudar a Alina, pagarle la mensualidad de la pensión, apoyarla para que estudiara y recibirla de visita en la casa.

En la noche salió a merodear por bares y galleras. Se fue sumergiendo feliz en la mezcla de música estridente, sombras besándose en los rincones, olor a alcohol y mujeres de rostros pintarrajeados. Entró a un bar como hipnotizada, sin mirar a nadie pero viendo todo. Un borracho la pellizó y, antes de que Alina pudiera reaccionar, el hombre caía al piso del zarpazo que le propinó una gorda de fiera mirada negra. Un coro de carca-

jadas, aplausos y chiflidos fue su bienvenida a ese mundo. Esa noche la gorda fue bautizada “La Leona”. Alina se quedó en un rincón mirando a las parejas besuquiarse, bailar y beber hasta perderse. Supo que ellas eran iguales a su madre. Al amanecer, La Leona la tomó de la mano y la llevó a una sucia casa que giraba alrededor de un patio cruzado por multitud de desordenadas cuerdas cargadas de ropa. Recorrieron un corredor con puertas cerradas con candado hasta llegar a una, que al ser abierta, despidió un olor a humedad y mugre. Ella lo reconoció de inmediato.

Corría un septiembre lluvioso. Alina florecía mientras tomaba clases para entrar al colegio. Pasaba casi todos los días en el hotel, las noches en la pensión. Ofelia era exigente pero constante, siempre le enseñaba algo. Yo hacía mucho tiempo no encontraba una interlocutora tan lúcida y ávida. Le hablaba de los mitos griegos, de la teoría marxista y las historias de arrieros de mi familia. El mito de Pigmalión era el que más le gustaba. Cuando lo escuchaba parecía elevarse. Un cuadro del escultor abrazado a Galatea, infundiéndole un alma, era el único decorado de su cuarto. Lo había encontrado en una miscelánea, entre los cuadros del Sagrado Corazón y la virgen del Carmen. Jamás hablamos de su pasado, no le preguntamos nada desoyendo las advertencias de los amigos. Creíamos que ella podía cambiar su destino. Entre los tres tejimos la complicidad de sabernos mutuamente necesarios, nosotros llenándonos de vida, ella jugando a tener una familia.

Pasaron un par de meses en los que Alina fue entrando a formar parte de nuestra vida. Todo iba bien hasta una tarde en que abrí

el portón del hotel y encontré al dueño de la pensión mirando al piso, restregándose las manos mientras con voz casi inaudible me decía que no podía recibir más a Alina porque en ese cuarto pasaban “cosas raras”. Después de interrogarlo con vana insistencia, mientras él seguía mudo e inmóvil, entré al hotel gritando y buscándola en cada rincón, hasta que Ofelia, con expresión aterrada, me dijo que ya se había ido. Furioso, caminando con grandes zancadas, llegué hasta la puerta del cuarto de la pensión y la abrí con violencia. Quedé aturdido. Frente a mí, dos mujeres desnudas se amaban con ternura. Sin inmutarse, me invitaron a pasar diciendo que por pagar el cuarto tenía derecho a mirarlas. Sin decir nada, derrotado y confuso, cerré la puerta y deambulé por las calles del pueblo, sin saber a dónde ir, hasta que llegué a una pequeña iglesia. Entré y me derrumbé sobre el primer banco. Un silencio vivo me envolvió. Pude sentir el dolor delgado y profundo que me atravesaba el corazón. ¿Quién era Alina? ¿Por qué me afectaba tanto su destino? ¡Qué tormento estar atado a un ser indescifrable!

Quedó desolada, su único vínculo era con el viejo, lo demás pasó a ser una pesadilla callada. Después de la huida, su madre había llorado algún tiempo hasta una noche en que gritó el nombre de su hija mirando al cielo negro. Luego la olvidó y se hundió en un vacío ebrio. Acosada por el hambre, una tarde lluviosa y fría, Alina emprendió camino hacia el pueblo. Llegó de noche y se enrolló en la silla del parque. La despertó una luz demasiado clara. Achinando los ojos fue descubriendo hileras de casas blancas enmarcadas por calles empedradas donde transitaban unos camiones, mientras otros descargaban bultos para el mercado que ya se estaba animando. Caminó por los

puestos repletos de verduras y frutas multicolores, carnes aun sangrantes, hierbas olorosas y gente extraña. No podía mirar sin pasar levemente su mano por cada cosa. Los olores la fueron invadiendo, las voces pregonando la mercancía entraban por sus oídos hasta emborracharla. De pronto encontró lo más hermoso que había visto: un vestido blanco forrado de lentejuelas plateadas ondeando en un puesto que también exhibía sombreros, blusas bordadas y tarros de galletas.

No dijo ni una palabra frente a mis regaños y preguntas. Cuando ya no tenía alientos para seguir alegando me besó en la frente y salió cabizbaja, sin prestar atención al ruego en que le prometía entenderlo todo si era la verdad. En medio de mi furia la eché, la acusé de oscura y perversa, la zarandeeé con una rabia extraña en mí. Pero no sirvió. Parecía como si una lealtad de hierro la uniera a esas mujeres y nada de lo que hiciéramos la pudiera debilitar. En la noche, Ofelia, cansada de verme sumergido en un silencio espeso, me dijo que en el fondo siempre habíamos sabido que ese era el mundo de Alina, que yo me había llenado de fantasías porque estaba enamorado. En su voz no había un reclamo, exorcizaba un fantasma que hacía tiempo nos rondaba.

Desde el comienzo de nuestra relación habíamos establecido un pacto mudo que nos otorgaba libertad para conmovernos con otros y fugarnos temporalmente. Ella decía que yo adoraba a las mujeres cultas, de mirada profunda y sutil gesto de doncella en apuros. Yo sonreía cuando mi mujer brillaba repentinamente y salía a la calle con cualquier excusa. Le propiciaba las condicio-

nes sin preguntar nada, adivinando en un juego quién sería el amado. Se trataba de episodios cortos e intensos que sabía terminados por su palidez. Entonces la abrazaba en la noche y esperaba a que volviera. Pero esa noche ambos sabíamos que estaba sucediendo algo diferente. No sólo era la juventud de Alina, era su misterio y su peligro indescifrable, era que ambos la amábamos y que tenía algo que la hacía seductora hasta el límite de la cordura, era que se nos había metido al alma y a la vida hasta hacernos olvidar cómo era antes de ella.

Una tarde Alina pasó cerca de donde vivía “El Loco”, lo vio salir y aunque sintió pánico se quedó quieta. Él le hizo señas de que se acercara mientras dejaba un plato de comida sobre un banquito blanco frente a la puerta de su choza. Luego se entró. Cada tarde volvió a suceder lo mismo hasta que, tras un par de semanas, el viejo no se entró sino que se paró muy cerca a mirarla devorar el arroz con papa. Desde entonces, la niña llegaba cada día más temprano y se iba más tarde, hasta que un día se quedó, abandonando a su madre. Aunque el viejo hablaba poco, con paciencia le enseñó modales, a leer y escribir. Reía con su boca desdentada ante las gracias de la niña. En la noche se le acostaba cerquita, robándole su calor, sin tocarla. Cuando Alina se convirtió en una joven espigada, de belleza tormentosa, el viejo desapareció sin decirle adiós. Nunca supo su nombre.

Durante tres eternas semanas no pronunciamos su nombre, como queriendo borrarla de nuestra vida. En la noche yo no podía dormir. Me sentaba solo, rodeado del jardín en sombras, a mirar la noche. A veces tenía la sensación de que en algún lugar Alina era devorada por un mundo turbio, como un buitre al acecho de un ángel. Me sentía viejo y ridículo. Había dedicado mi

vida a evitar ese sentimiento y mi carácter, liviano en general, se fue agriando mientras un extraño orgullo me paralizaba. Ofelia me observaba callada, hasta que una noche de diciembre decidí actuar. Luego supe que fue al pueblo y recorrió los bares, hasta encontrarla. Alina, al verla, se abalanzó a besarla sin importarle las miradas burlonas de los borrachos.

Ofelia arrastró al hotel a una Alina que actuaba como una pequeña niña. La desnudó, la metió a una tina de agua tibia, la limpió con un estropajo hasta que le sintió una nueva piel. Quería lavarle algo invisible, algo adherido a su ser, tal vez su pasado. Luego, aunque Alina era más alta, la sentó sobre las piernas y, mientras le desenredaba la roja cabellera, le dijo que desde ahora viviría con nosotros. En enero iría al colegio y se comportaría como una niña de su edad porque no quería que yo siguiera padeciendo. Alina le dijo a todo que sí y se fue volviendo un ovillo, con voz infantil pidió que le cantara algo. Sólo cuando se quedó dormida en un cuarto del hotel Ofelia me buscó en el jardín y me lo contó todo. Una vez más comprendí que mi mujer está hecha de algún material misterioso.

Ese año la noche de navidad fue especial. Alina bailaba con un largo vestido blanco que le habíamos regalado, mientras los amigos la miraban encantados. Verla ahí bailando con su manera entre sensual e inocente de hacer todo, me hizo sentir que de nuevo comprendía el trazado de mi vida. En esos momentos olvidaba cuánta angustia nos había traído esa niña, cuánto dependíamos de su presencia para estar felices, cuánto había cambiado nuestro destino, y sobre todo, cuánto ignorábamos de ella.

Cada noche de su corta vida, la niña había visto a su madre beber aguardiente, cantar y reír a carcajadas con algún hombre oscuro. En el día la veía tirada en la cama, a ratos dormía y otros le vociferaba órdenes. A veces, siempre al atardecer, la sentaba en sus piernas y la peinaba mientras le decía que su cabello de fuego venía de muy lejos, de Irlanda, la tierra de su padre. Después le cantaba dulcemente, arrullándola hasta dormirla. Alina pasaba el tiempo sola vagando bajo el puente, entre las casuchas de su patria natal, pescando con una improvisada caña, mirando pasar el río y los carros.

La Madre Superiora miraba a Alina con extrañeza mientras Ofelia, muy seria, le decía que era una familiar huérfana. Sus padres habían muerto en un terrible accidente en un país vecino, agregando que sus calificaciones pronto llegarían. Le permitieron entrar a estudiar con las niñas de quince años, edad que, en reñida discusión, le calcularon las empleadas del hotel que la adoraban. Ella dijo que no tenía ni idea de cuántos años tenía. A Ofelia eso la estremeció. ¿Qué había tras tanto olvido?

Con esfuerzo se aplicó a hacer tareas y a memorizar fechas. Era evidente que carecía de toda formación, pero también eran visibles su inteligencia y su habilidad para sobrevivir. Se veía rara con el uniforme que la afeaba y con el cabello recogido para esconder su fuego. Dos semanas y la primera queja: “Es una líder negativa, las niñas se distraen con sus historias de viajes con su padre diplomático por el Oriente y África.” Además, cuenta la monja, en clase de geometría se robó la atención hablando de las proporciones mágicas de las pirámides de Egipto, visitadas por ella en un camello dorado y su relación con las profecías del

nuevo milenio. No podía contener la risa al entender la mezcla de historias con que Alina se estaba tejiendo un pasado. Ofelia pidió disculpas en nombre de la reciente orfandad de la niña. En la noche nos burlamos de la monja.

Hoy me pregunto qué nos detenía entonces para preguntarle a Alina su pasado, qué temíamos... No era un tema moral. De hecho, suponíamos que había sido prostituta y eso no nos asustaba, era algo más confuso. Temíamos conocer la dimensión del sufrimiento por el que había pasado, temíamos ver las cicatrices, temíamos que ese conocimiento la espantara de nuestro lado. En realidad, por encima de todo, temíamos perderla.

Medio año de notas aceptables, amigas de la misma edad y clases de lo divino y lo humano conmigo y con Ofelia, parecían haberla cambiado. La veíamos tranquila, concentrada, aunque un poco delgada y pálida. Nos decíamos “es la edad, el cansancio por un cambio de vida tan fuerte.” Un día noté que aunque me sentía feliz de estar cerca de ella jamás la había vuelto a tocar. Sólo Ofelia la besaba, la mimaba y la acostaba cada noche cantándole una cancioncita que le salía casi bella. Eran cómplices. Alina la maquillaba, la obligaba a comprar vestidos hermosos y le decía mamá. Ofelia le hacía trencitas y le decía mi niña fuego. Olvidamos nuestros planes de trasladarnos a otro pueblo siguiendo nuestros hábitos nómadas. La vida giraba plácida en torno a Alina.

Una tarde de julio mientras alistábamos maletas para mostrarle a Alina el mar, Ofelia encontró el vestido blanco. Estaba escondido al fondo de un cajón, ajado y sucio. Confusa se encerró a llorar

hasta que decidió ponerlo en el mismo rincón en que lo había encontrado sin contarme nada. Cuando le preguntamos por sus ojos hinchados, dijo que había recordado que ese día, nueve años atrás, su madre había muerto.

Durante el viaje Alina sintió la distancia de Ofelia y usó todo su encanto para seducirla logrando apenas pequeñas sonrisas. Cuando vio el mar saltó del carro, corriendo y gritando hasta sumergirse vestida. El viaje fue una mezcla de alegría explosiva y silencios nocturnos invadidos por el canto del mar. La última noche Ofelia invitó a la niña a comer helado, la llevó a un sitio lejano de la playa y tomándola de la mano le preguntó por el vestido blanco. El viento marino arrastraba las lágrimas de una Alina que, inmóvil, parecía una bella estatua. Ambas miraban al mar hasta que Alina, con voz suave y triste le pidió perdón por sus huidas nocturnas, diciendo que era una parte de su vida que no podía abandonar.

Como si le hablara al mar le fue contando algunos fragmentos de su vida antes de que su existencia se cruzara con la nuestra. Lo que alcanzó a decir estaba tejido con más hilos de silencio que de palabras, con más ausencia que presencia.

El viejo vierte un totumado de agua sobre la larga cabellera roja de la niña. El río fluye implacable. Los colores del amanecer enmarcan el delgado cuerpo desnudo que tiritita. Alina se abraza a sí misma cerrando el pecho y escondiendo sus incipientes senos, más por frío que por pudor. Otras niñas miran desde lejos. Habita sus miradas una mezcla de curiosidad y temor. Alina

vive ahora con el hombre al que su madre le dice “El Loco”. Su hambre fue mayor a su miedo. Al nacer el sol, la baña con cuidado en el río, la viste con bellos vestidos y la peina sentada en un banquito como si fuera una muñeca.

Al terminar su historia, se quedó callada. Luego de un rato tan solo dijo, “quería salvarlos a todos.”

El viaje de regreso fue largo. Sentía que algo había sucedido pero la mirada impenetrable de ambas cerraba el paso a cualquier pregunta. Llegando al pueblo, mientras cruzábamos el puente sobre el río San Marcos, me di cuenta de que Alina y Ofelia miraban de reojo las casuchas miserables, los pequeños casi desnudos correteando, una mujer lavando ropa.

Durante varios días la vida se fue cargando de una tensión creciente. Yo no quería ver, algo en mí sabía que se acercaba un final. En la noche, Ofelia escuchaba cuando Alina salía y no podía conciliar el sueño hasta que la sentía volver. En esas esperas, luego me contó, comprendió que ese ángel nocturno tenía en sus manos una vida tejida por nosotros durante tantos años en la que no tuvimos hijos para preservar la libertad.

Una noche Alina no volvió. Pasamos el día cargados de angustia. Finalmente, al atardecer, Ofelia me contó su conversación con Alina en la playa. Me mostró la otra Alina, la que yo no quería ver. Fue un rato amargo, me dijo que estaba cansada de mi ce-

guera, no sólo por lo de Alina sino que yo había sido ciego a la realidad desde siempre. Quería decir algo pero no me salían las palabras. “Es verdad,” dije al fin, “he sido un iluso.” “No eres iluso, eres arrogante, te crees la mano de Dios.”

Fuimos a indagar al bar. No había ido la noche anterior. Conocimos a La Leona. Ofelia y ella se sentaron a conversar de lo que pudo pasar, de los destinos posibles. Se fueron contando su amor por Alina, su necesidad de cuidarla, su felicidad al sentirla cerca. Ambas sabían, con certeza que venía del corazón, que se había marchado para no volver jamás. Sabían que el dolor la había partido en dos. Tan solo las escuché conmovido, asombrado por los insondables territorios que transitan las mujeres, por ese poderoso lenguaje que las hermanas tan pronto se aceptan la una a la otra.

Alina camina por las vías del ferrocarril siguiendo la ruta que la llevará a la ciudad. Va haciendo equilibrios, jugando con su propia sombra. Se va como llegó, siguiendo las luces de un lugar lejano, atraída por una ilusión, sin mirar atrás.

Alina, inocente fuego arrasador.

De vuelta en el hotel me invade el dolor, corre por mi cuerpo uniéndose a otras amarguras, el luto por mis sueños revolucionarios, mi impotencia frente a la barbarie humana, mi cansancio con la caprichosa vida, mi terror a no volver a creer jamás. Y, al fin, lloro.

Bastardo

Está oscuro. Mi cabeza empuja y mi cuerpo se comprime para pasar. Una fuerza me expulsa y otra me retiene. Viajo por un túnel oscuro, estrecho y húmedo. Vengo de la luz y el silencio, todo mi ser empeñado en salir al otro lado. Traspaso una vez más el umbral entre la vida invisible y la visible, del lugar sin dolor al del extravío. Estoy naciendo. Ella no quería que llegara, ella me ha escondido desde que sabe que existo, ella no me tiene nombre ni ropa. Nadie sabe que estoy llegando, nadie me espera.

La abuela salió temprano a llevar las vacas al potrero de arriba. La tierra está húmeda y abierta, respirando. Su paso rápido y ágil, sus ojos verdes como dos rayos asomando bajo el sombrero. De nuevo la puñalada en el corazón, la que ha estado agotándola desde hace meses. Las vacas sienten sus pasos, se estremecen y van moviendo sus pesados cuerpos hacia donde los dirige su tremenda voluntad de bruja vieja. Sólo las mira y ellas saben, silba y las apura. Si alguna se queda atrás, le tira una piedrita para despertarla. El corazón le pesa aún más, pero no ha descifrado la razón, no sabe que es por mi madre que escondida en un cuarto de la casona abre su cuerpo para que yo tome un lugar entre los seres de la tierra. Las vacas también presienten algo, se dejan conducir más mansas que siempre. Un sol de desierto va subiendo lentamente, alejando los tonos azulosos del amanecer y tiñendo cada partícula de un amarillo calcinante.

Apresurada y nerviosa, la abuela Nimea cierra la cerca del potrero. Sin saber muy bien por qué corre, corre hacia la casa con una mano en el corazón y la otra sujetando el sombrero. Los animales alzan sus cabezas para verla pasar, se espantan un poco con la onda que emana de ella, con su angustia. Las palomas que pico-

tean alrededor de la casa, vuelan a pararse al techo mientras las gallinas corren asustadas. La casa está silenciosa como siempre a esa hora, pero el de hoy es un silencio pesado.

En el sembrado del potrero de abajo, detrás de la casa, el abuelo y los tíos recogen el frijol. Están sudando. No hay pensamientos en su cabeza, sólo esfuerzo y sed. La cintura engarrotada. La cosecha se va amontonando sobre una gran lona. Mi abuelo se sienta en una piedra, toma un trago de guarapo y mira hacia la casa que parece quieta. Algo retiene su mirada. Aunque no puede ver a la abuela que entra por la parte delantera, sus fuerzas se cruzan en un instante. La mirada inquieta de él y los apresurados pasos de ella trazan una línea invisible. Justo en su centro estoy naciendo.

Mi madre me ha dejado solo, se ha desmayado. Sigo empujando y de pronto me deslizo hacia la tenue luz que señala el final del túnel. Nadie sabe que estoy llegando, sólo Lila, mi madre que es casi una niña. La tierra está fría. Aún siento el túnel apretándome pero ya estoy afuera, el espacio parece infinito.

Cuando tomé cuerpo, mi abuela Nimea presintió que algo vendría y trató de impedirlo. Lo supo en su corazón y levantó una muralla invisible para que yo no llegara. Es muy poderosa, casi me destruye. Pero me agarré a la vida a pesar de ella y de mi propia madre. Tenía que llegar para iniciar otro ciclo de esta familia del desierto. La pobre abuela no entendía bien lo que pasaba, yo me le anunciaba como una puñalada en el corazón y no como un bello sueño, como sus otros nietos... Era el primer hijo de una hija... Después lo comprendió.

Mi abuela se acerca a la puerta del cuarto y llama a su hija a gritos. Abre de golpe. Durante unos minutos queda paralizada, mirándonos fijamente. Estoy entre las piernas de mi madre, rodeado de sangre, exhausto. Tarda un poco en saber qué ha sucedido, un grito sale de su garganta, las rodillas se le doblan.

En cascada cae su vida desgajándose en imágenes.

Ella, niña de ojos brujos, peinada con dos trenzas, mirando hipnotizada el fuego. Ve a los seres de todos los mundos y la regañan cuando lo dice. Entrecierra su ojo mágico y sólo los vuelve a ver en sueños... El matrimonio de cuento entre las dos líneas de la estirpe Robles. Su mano blanca sobre la mano morena de su amado, sus ojos verdes encontrando los negros de él. La ilusión, la dicha, la casa en el lugar encantado, los hijos y las cosechas, las vacas gordas, la leche y el maíz. Y luego, el sueño despedazado, estallando. Los gritos, la traición, los ojos negros borrachos, la soledad del fogón de leña, las miradas asustadas de sus hijos. Llanto en la noche. El odio instalado en su cama. La casa deshaciéndose, cayéndose en pedazos. Su propia muerte, dentro de muchos años, tirada en una cama, agotándose de rabia, tratando de perdonar. Sus ojos verdes siempre acechando, siempre viendo más allá de los límites de la realidad. Su hija Lila consolándola.

Y ahora un bastardo.

Cuando volvió en sí estaba arrodillada a nuestro lado jalándose el cabello y llorando. Se calmó lentamente y al fin me miró. Me tomó un sus brazos, mientras me apretaba y me decía bajito,

“mi niño, mi amor, mi tesoro, luz de la vida, precioso... pobre mi niña, pobre mi Lilita...” Sus lágrimas rodaban por mi cuerpo. Sólo entonces cortó el cordón y volví a nacer. Mi madre también volvió, mi abuela me puso entre sus brazos y salió sollozando. Entonces nos miramos, mi madre niña y el sin nombre. Esa mirada me recordó por qué volvemos una y otra vez a la tierra a pesar de los pesares.

Ahora la abuela revolotea por la casa, alegando sin parar, con ritmo de lluvia de abril mientras esconde las armas, los palos, los cuchillos y prepara el almuerzo. Ensarta una frase con otra: “Yo sabía que algo le iba a pasar, estúpida, pero si yo hubiera sabido que era un niño adorado... mi Amigo del cielo trae a cada niño por algo, mentirosa, embustera, cómo no me contó, yo quería que su hijo naciera entre flores, como lo más hermoso del mundo, no me importa el padre, si total Miguel es el papá de todos, estúpida, la hubiera acompañado, le hubiera comprado algo lindo a mi chinito o hasta le hubiera prestado lo que le puse a ellos cuando nacieron. Niña loca ¿cree que tener un hijo es así no más? Se le acabaron las andanzas por los pastos y la fiesta, ¿qué afán tenía?...”

Al fin se calla cuando divisa al abuelo y a mis tíos que vienen a lo lejos. Sirve el almuerzo y aunque está pálida actúa con total tranquilidad. Mamá y yo escuchamos cada golpeteo de los cubiertos en los platos, cada movimiento, cada frase. Cuando terminan, el abuelo dice que quiere ver a su niña aunque esté dormida. La abuela lo mira a los ojos y le dice que Lila no está enferma sino que ha tenido un bebé. Lo dice con cierta crueldad, con frialdad. La agitación toma la mesa, mis tíos maldicen, mi abuela llora asustada. Pasado el revuelo miran al abuelo, esperan una reac-

ción que defina el curso de la situación. Pero él esta extrañamente callado, mirando el plato vacío. Sin decir nada, se para, se cala el sombrero y se va hacia la parte de atrás de la casa. Se sienta a contemplar las inmensas montañas que señalan el límite de su reino y que lo han acompañado desde siempre.

El abuelo no entra a nuestro cuarto.

Da vueltas y vueltas callado.

Va y viene por el corredor, mirándose la punta de las botas. Mudo. Saca la pistola que tenía escondida.

Camina por el corredor con la pistola en la mano derecha, colgado el brazo.

La casa envuelta en una nube tensa. La abuela espía desde la cocina.

Los ojos verdes, línea delgada y brillante, lo siguen. El abuelo sabe que la mirada de ella está en todas partes.

Mis tíos esperan.

Mi madre y yo esperamos.

El abuelo no duerme, no come, a veces se sienta a mirar las montañas, a recordar otros tiempos. Recuerda cuando eran los

reyes de la región, cuando ganó el concurso de ganado con su gran Apolo, el mejor toro, su mimado gigantón, cuando decir “los Robles” causaba respeto y abría puertas. Pero hacía años que la suerte se había espantado. La causa era bien sabida, nunca dicha en voz alta. La causa tenía nombre y un cuerpo hermoso, lo arrastraba aunque él a veces decidiera dejarla, aunque llorara borracho, aunque jurara abrazando la Biblia. La causa de que sus hijos lo hubieran gritado, de que su mujer lo odiara en silencio, de que algo espeso descendiera sobre el valle dañando las cosechas, agriando la leche y enredando la vida... era ella, la hermana de su esposa, su cuñada.

Los primeros tiempos fueron tan bonitos, encontrándose entre matorrales, riendo a carcajadas, perdidos y delirantes. Después, todos lo supieron y empezaron a mirarlo con un respeto empañado. Pero él, “sin trono ni reina, sin nadie que lo comprenda, seguía siendo el rey,” como decía una de sus canciones favoritas. Le gustara al que le gustara y al que no, que venga y nos damos. Seguía siendo el rey, aunque hubiera regado hijos en el vientre de su cuñada, aunque hubiera creado la más terrible enemistad entre dos poderosas brujas, aunque hubiera iniciado la decadencia de los Robles.

Y ahora un bastardo.

De pronto, el abuelo abre la puerta y se queda mirándonos. Mamá trata de decir algo pero no puede. Se nos acerca con expresión fiera, la pistola en la mano, la dirige hacia mí. Lila tiembla pero espera. Parece dudar, hasta que con un gesto solemne me pone el arma sobre el pecho y me dice: “Desde este momento, usted es

Asdrúbal Robles, sea macho.” Sollozando abraza a mamá. Nunca la regañó, ni le preguntó nada.

Al fin llegó la fiesta. Los tíos que represaban su dicha mezclada con honor desvencijado entraron en tropel a abrazar a la Lilita de su corazón, a su niña adorada, mis cinco grandulones tíos nos iban sofocando. Mamá me exhibía sonriente mientras los abuelos volvían a medir fuerzas desde los dos extremos del cuarto sin poder evitar una sonrisa que decretó una corta amnistía.

Nos llevaron a la sala, surgieron los tríplices y el whisky. Lila sentada en un trono, virgen madre, madrecita de cachetes rosa. El abuelo Miguel cantando con su voz antigua canciones que casi, casi ya se ha robado el tiempo. Los tíos en el coro, yo de brazo en brazo, oyendo mi nombre una y otra vez, Asdrúbal Robles, Robles, Robles... La abuela Nimea de la cocina al cuarto trayendo mazorca asada, quesito fresco, carne seca.

El nombre de mi padre no fue pronunciado. Todos lo sabían y pactaron en silencio no matarlo sólo para que yo no fuera ni siquiera un poquito de él. “Falta que le hace si tiene seis papás”, decían mis tíos. Pero el corazón de Lila lo repetía por todos y yo lo supe sin oírlo nunca de sus labios. Antonio Guerrero, cabello negro, cuerpo delgado, tez pálida, guitarra al hombro, ojos de poeta.

Un hombre de otra familia, de otra vereda, de otra sangre, de otro reino. Un no-Robles. Hace un tiempo, por mucho menos lo habrían matado.

Porque es que mis abuelos son primos y también lo eran sus padres y sus abuelos. Hasta donde alcanza la memoria sólo se habían mezclado los Robles con más Robles hasta llenar el árido valle con sus miradas inquietantes, sus vozarrones, sus espermas, sus hembras, sus vacas, sus sembrados, sus cercas, sus canciones y sus pesadillas. Por eso mamá y mis tíos son: Robles, Robles, Robles...hasta el infinito.

A pesar de los tíos y el abuelo, mi mamá salió una mañana a buscar a mi papá, a contarle que tenía un hijo. Se fue caminando hasta el pueblo, mientras desde la casa la mirábamos volverse un puntico. El camino bordeado de olivos. Un viento inclemente le levanta la falda azul. Lila camina despacio, respirando hondo. Desde los sembrados la miran pasar y no le sonríen.

El día en que cumplí tres años vino Antonio Guerrero, mi papá, a llevarnos. Sentado entre él y mi mamá, en la moto roja, me sentía feliz. Mi abuelo miraba al piso, tapándose la cara con el ala del sombrero. La abuela bendecía y lloraba. Los tíos sonrientes nos deseaban suerte. Salimos del campo a vivir al pueblo, fuimos los primeros.

Soy Asdrúbal Guerrero Robles de la vereda de Los Cucharos, municipio de Villa Rosa. Los Guerrero vienen del Río Claro para allá, por los lados del convento. Los Robles del río para acá. Soy el primer Robles de sangre revuelta.

Motel Esmeralda

¿ Por qué le dije que sí? Tal vez me cansé de sentir que me estaba perdiendo algo esencial. Nunca me he enamorado. Rebeca dice que estoy cerrada y que debo abrirme. Tal vez por eso le dije a César que sí, cuando hace un rato me arrinconó en el pasillo de la oficina diciéndome “ojitos de gitana, preciosa, mamita rica” y todas esas cosas que desde hacía meses me susurraba cuando estaba sola. Estoy temblando, no me puedo concentrar, tengo que ir al baño, me invade un deseo urgente de ver mi cuerpo. Estoy gorda, pálida y fea. Quiero ir hasta su escritorio y decirle que mejor no, pero me acuerdo de las risotadas de los muchachos al hablar de una a la que le decían calientahuevos y me entra un terror descomunal. Tal vez le dije que sí para romper la rutina, horas y horas aquí sentada tras la máquina de escribir, viendo cómo llegan las seis de la tarde, el tiempo lento, la luz proyectada en el piso narrando el curso del sol. A esa hora me levanto, me pongo la chaqueta negra y salgo a coger el bus. Todos los días igual. Llego a mi casa después de atravesar la ciudad, distraída medio mirando a la gente, medio dormida y me pongo a ver televisión, todos los días igual.

Otra vez estoy en el baño. Quiero poner un rostro sobre el mío para no morir de vergüenza. Me debato entre ese deseo y el miedo de que en la noche la máscara se caiga chorreando. En el espejo veo como asoman estos años de soledad y rutina, mis rasgos serios, la pesadez de mi cuerpo, la falta de brillo de mis ojos... pero qué le vamos a hacer, mejor me maquillo. Un poquito de sombra café, más fuerte cerca de las pestañas, más suave hacia arriba, delineador bien pegadito al borde del párpado... Me tiemblan las manos, tomo aire y de una pincelada logro hacer la fina línea negra, ¿me debería echar en el párpado de abajo? No, a ve-

ces me queda muy mal y se me ven los ojos más chicos... Un poco de color en las mejillas, bien difuminado para que no se me note mucho, el pómulos derecho, el izquierdo, la pestañina, alarga las pestañas, agranda los ojos. Mejor, ahora estoy mucho mejor. Faltan los labios, lo más bonito de mi cara, escojo un colorete muy rojo que me regalaron las chicas de la oficina hace tiempo y no había estrenado. Despacio relleno el labio de arriba, el de abajo, ¡no! es demasiado el cambio, ¿qué pensaría César? En las revistas recomiendan cosas contradictorias: que a ellos les gusta que las mujeres se arreglen mucho, que se sienten halagados, que a ellos no les gusta que las mujeres sean tan obvias, se sienten amenazados, que a ellos les gusta que las mujeres sean provocadoras en privado y discretas en público. De todos modos no me quedaba muy bien ese rojo tan subido, pienso, mientras lo limpio y una mueca extraña se forma en mi cara. Usaré el de siempre, discreto, un poco marrón, no muy brillante. Al final doy un pasito atrás y descubro que estoy un poco más bonita y, sobre todo, un poco más escondida. Me suelto el pelo que siempre llevo recogido porque es inmanejable con sus crespos apretados, negros, rebeldes. Mi madre me decía que venían de un abuelo negro, pero suavizados con una abuela india. Hubiera querido esos cabellos rubios, lisos, largos, que flotan al viento y se acomodan tan bien a los deseos de sus dueñas. Sudo, baño mis sobacos con jabón, el vestido se humedece un poco en las axilas. No quiero salir jamás de aquí. Mis compañeras se despidieron con golpecitos en el hombro y guiños de complicidad, “¡Vamos, Magdalena, dale duro!” me dice Rebeca. Ahora un silencio llena el piso, afuera está él, esperándome.

El centro de Bogotá hierve de gente, malacarosos y apresurados caminan en todas las direcciones. En los buses cuelgan racimos de improvisados malabaristas tratando de llegar a algún lugar. Mientras oscurece, cae una llovizna suave pero insistente, hace un frío insoportable. Al fin para un taxi. César habla pasando de un tema a otro sin importarle mucho mis respuestas. Sin preguntarme le dice al conductor que vamos a Chapinero, algo en su tono hace que el chofer lo mire por el retrovisor con un destello de malicia. Un locutor vocifera por el radio y pronto el tema del fútbol los absorbe. En el espejo retrovisor mi rostro tan raro, bajo su capa de colores, me mira.

Caminar por Chapinero me recuerda mis siete años, recién llegada del pueblo, creyendo tocar el cielo, comprando zapatos con mamá en la 60. Me gustaban los de charol negro, iba como colgada de su mano, ella me abría camino entre la multitud y yo me dejaba llevar sintiendo que éramos una onda que se desplazaba sin rozar nada fuera de nosotras. Mamá. Aún yo era su niña, su corderita.

Pero hoy no quiero recordar nada. Camino siguiendo a César, culebreando entre la gente que se mueve por todas partes. Desde hace un rato me lleva de la mano... Sentir su mano me relaja. Parece feliz. Me señala un lugar con una entrada enchapada en baldosín blanco y un aviso pequeño: Motel Esmeralda. Grandes helechos artificiales esconden una puerta por la que desaparecemos instantáneamente... ¡Qué puerta tan curiosa! Ya sé. Es una puerta falsa, tiene un muro que la disimula y así nadie ve quién entra a menos que uno sea tan de malas que alguien esté muy

atento. En la recepción, apoyada en los codos sobre el mostrador con expresión aburrida, una rubia, teñida sin duda y con muchos kilos de más, le habla a César con brusquedad y sin mirarme ni una vez. Por las estrechas y oscuras escaleras el olor a humedad sucia hace asfixiante la subida al cuarto piso. Cuando llegamos a la habitación me quedo un poco rezagada, dejando que César abra y me invite a entrar. Descubro, entonces, un espacio en penumbra invadido por música romántica y un olor dulzón. El techo y las paredes están cubiertos de espejos recortados en formas que se acoplan... Yo que pensaba que eso sólo eran fantasías de televisión, pero no, son reales. La cama es grande y esta vestida de rojo, igual que las cortinas y la alfombra. Rojo sobre rojo, mi rostro reflejado al infinito, mi vestido azul. Un televisor empotrado en la esquina, pegado al techo, frente a la cama. Todo es huérfano en este lugar.

César actúa con soltura. Me muestra el cuarto y me pregunta si me gusta, mientras sirve un par de rones. Luego me ayuda a dejar en una silla la cartera, a quitarme la famosa chaqueta negra, se quita la suya y me guía de la mano a la cama donde nos sentamos con los tragos en la mano. Por un instante siento que así debe ser la vida de las mujeres bellas: las llevan, les sirven, las ayudan a quitarse la ropa. César prende el televisor y aparece un trío de dos mujeres y un hombre que forman una figura donde no se entiende de quien es cada brazo, cada pierna, cada lengua. Los senos de las mujeres y el pene del hombre son increíblemente grandes. Un primer plano muestra el enorme pene penetrando a una de las mujeres, no se ve a cuál, entra y sale, entra y sale... Siento curiosidad, un calor sube entre mis piernas, pero la repetición de los mismos gestos se vuelve vulgar. Mi corazón asustado

se contrae y expande, mis manos están heladas. Aunque detesto el trago, tomo dos copas de ron puro sin pestañear. César habla y habla, mientras me acaricia y me besa el cuello de vez en cuando. De pronto se queda callado, me besa en la boca, muy fuerte, muy largo, siento su lengua invadiéndome con la sensación de que mi boca es ajena... Se acuesta sobre mí, besándome. Me siento ahogada y tensa. Rueda de medio lado, bajándose de mí y se quita el resto de su ropa, la tira al piso. Cuando acaba, me mira sorprendido porque sigo vestida. Entonces, con paciencia desabotona la larga fila de botones de mi vestido. Me quito el resto de la ropa sin mirarlo. Siento tanta vergüenza que le pido que apague la luz de la lámpara. No aguanto la imagen de mi desnudez repetida por los espejos como en burla. Miro su rostro iluminado por la luz parpadeante y plateada de la televisión. Me parece que jamás lo había visto. Es un hombre desconocido. No me mira a los ojos ni habla más. Estamos desnudos, abrazados, besándonos pero yo sólo deseo que pronuncie mi nombre al menos una vez. Me sigue besando hasta que una tibieza empieza a envolverme. Cierro los ojos, me voy yendo suavemente, sintiendo que al fin conozco eso de lo que hablan, el deseo. Floto. Por un momento olvido mi piel pálida, los gorditos en la cintura y me siento un poquito bonita, un poquito especial, un poquito menos aburrida. Nunca había besado a nadie, nunca había estado tan cerca de nadie, me pregunto si lo hago bien, pero luego me olvido también de eso. Si sólo dijera mi nombre.

Mi interior está seco, cuando entra, un ardor brutal me invade y borra la escena. Observo cómo entra el asco, sube desde mi vagina, atraviesa mi cuerpo por el centro, hasta la garganta. Trató de respirar, de volver a concentrarme pero el asco se está vol-

viendo denso. Asco, todo se llena de asco. César sigue, sin darse cuenta de que estoy cada vez más lejana, más ausente. Acostada, desnuda, desmadejada, parezco entregada, así lo cree él. Sigue besándome y penetrándome, algo salvaje lo llena. Quiero gritar pero mi voz no sale, ni siquiera puedo abrir los ojos. César parece desvanecerse y lo sustituye la imagen de ese hombre oscuro, ese hombre que olía a colonia, era él, mi padrastro, el que me perseguía cuando estábamos solos, me apretaba contra las paredes, me decía cosas sucias y me miraba extraño. Nunca antes había recordado su rostro. Me siento ahogada, asfixiada por ese cuerpo enorme que tenía algo duro que quería destrozarme. Di mi nombre César, dilo una vez y dime que me amas, míenteme un poco, un poco. Sácame de este recuerdo atroz, di mi nombre, mírame. Esa cosa dura que se abría paso entre mis piernas, entraba, entraba una y otra vez mientras me sentía morir en silencio para que mi madre, que dormía, no me oyera y no volviera a decir que era una niña mala, una mirona, una cualquiera que le iba a quitar a su hombre... Mi madre que había olvidado todo desde que él llegó. Silenciosa dejando que el hombre me penetrara, un dolor insoportable, un ardor quemante, el hombre me tapaba la boca y me miraba fijamente a los ojos. Yo los cerraba para no verlo, pero por momentos los abría para pedirle con la mirada que me soltara.

Ahora los recuerdos van acoplándose como pedazos de película que se van juntando en secuencia. Mi vida se arma frente a mis ojos, van encontrando lugar mi soledad, mi miedo, mi incapacidad de amar, mis pesadillas. Sí sucedió, sí sucedió. Yo lo sabía pero no lo sabía.

Dormidas, una apoyada en la otra. Mientras se paran al unísono los pasajeros del bus, una voz grita el nombre de la ciudad a la que llegamos, nuestro destino. Veo a mamá aún joven y fuerte. Me carga aunque ya tengo siete años. Me baja despacito a la acera donde quedo medio parada, tambaleándome, mientras ella recibe nuestras maletas y corotos. Hace frío, son las seis de la mañana. La recuerdo diciendo que conoció el frío cuando llegamos a Bogotá, que nunca antes lo había sentido, veníamos del calor, de un pueblo caliente y alegre al que jamás volvimos.

Ese hombre que desde el primer día me asustó, el dueño del almacén en el que había venido a trabajar mamá. Amigo del abuelo, decían en el pueblo que se había hecho rico con sus almacenes de zapatos. Pero eso era mentira. Veo el almacén, uno nada más, un pequeño local en pleno centro de Bogotá en una peligrosa calle, donde los almacenes deben cerrar a las seis de la tarde porque los bares se van llenando de hombres borrachos y mujeres pintarrajeadas. La músicaailable llena las calles, cada noche se forma alguna riña de la que sale al menos un muerto.

Las dos supimos desde el primer día que una tragedia se avecinaba, pero callamos. Hasta el final lo que hicimos fue callar. Ella quería que yo estudiara, eso era lo único que le importaba hasta que se enamoró. Debo decírmelo aunque me duela, ella lo quería. Ella lo eligió. Ella me traicionó por él.

Mientras César sigue sobre mí, va surgiendo velozmente una ráfaga de recuerdos. No se trata en realidad de recordar sino de

despertar algo en mi vagina, en el fondo mismo de mi cuerpo. Pero Rebeca tenía razón, estaba cerrada y trancada por dentro.

Mi madre se enamoró. Canturreaba a todas horas y parecía feliz. Luego nos fuimos a vivir con él, la casa grande, los muebles nuevos, un cuarto para mí. Y su mirada. Aún ahora, tantos años después, siento miedo al recordarla. Lo que la enloqueció fue su mirada. Ella quería que la mirara bonito, con dulzura y hacía todo para lograrlo. Pero él la miraba con dureza, con desdén, cada vez más, cada vez con más desprecio. La oía llorar encerrada en el baño, se iba hundiendo lentamente en la desesperación. Algo se rompió entre las dos. Una tarde me pegó una cachetada que dejó sus dedos marcados en mi mejilla. No quería que estuviera con ellos, ni que le hablara a su hombre, ni que él me mirara. Se fue alejando. Él dijo que estaba loca, lo repitió muchas veces hasta que comencé a creerlo. Luego nos echó de la casa. De nuevo solas, pero ahora entre las dos se interponía un muro de traición y recuerdos tristes. La vi consumirse en una pena de amor hasta morir. Yo trataba de alimentarla en silencio.

César, di mi nombre, dílo. Al fin un líquido caliente y con un olor extraño parece dar fin a la agitación. En mis recuerdos, el hombre con olor a colonia se derrumbó a mi lado sin soltarme, tapándome la boca. César se quedó quieto sobre mí, relajado.

Me mira a los ojos con una pregunta, le sonrío con la última gota de energía que me queda, me acuesto envuelta como un caracol, cierro los ojos, mi vagina palpita inflamada, me duele. César fuma y cambia distraídamente de canal mientras me acaricia la cabeza sin mucha atención, sólo escucho jadeos y gritos. Si él supiera cuanto dolor tengo. Le pido que apague el televisor, el silen-

cio apenas dura un instante, se para, va al baño, escucho como se lava de una manera tan ruidosa y larga que me siento como una gran bacteria. Pienso, “es por su esposa.” Se viste silenciosamente con otro cigarrillo colgando en los labios. Estoy paralizada, mis piernas no responden para pararme, pero al fin lo logro, con el bulto de mi ropa me encierro en el baño y me siento en el inodoro, inmóvil, helada. Sé que me espera, que debo vestirme pero no lo logro hasta que él toca suavemente la puerta, llamándome. Me levanto de un salto y me visto. Ya vestida, el semen caliente y pegajoso baja por mis piernas, pegado a las medias veladas. Voy en el taxi y siento en mí un olor a sudor, a semen y a motel. César me besa en la mejilla, me sonrío al despedirse.

Al llegar a mi pequeño apartamento tengo urgencia de mirar la foto de mi madre. Debo verla. Está mirando hacia la cámara, parada frente a una iglesia que no se cuál es. Es una iglesia muy alta. Viste de negro, su pelo recogido en una desordenada moña, sus manos regordetas unidas sobre la falda. Se ve tímida, nunca lo había notado, tan tímida como yo, tan encogida como yo. Miro de nuevo la foto. Ahora me parece más vieja, más sola, ahí parada con sus manos entrelazadas y su parado tímido. Me pregunto qué es mejor, si morir por amor o por falta de amor, si seguir los sueños hasta consumirse en ellos o no tener sueños, si dejar que el corazón se adueñe de todo o mantenerlo encerrado, bajo llave, seguro.

Me baño para borrar los restos del asco y los olores que me habitan. A pesar de mis preguntas, siento la tibieza del agua entre mis piernas, mi mano bajando a tocar ese lugar de mi cuerpo que parece florecer, que palpita y me pide más.

Ojo de agua

Amanece y este día Muani cumple doce años. Parada junto al fuego del hogar, siente cómo su madre teje con su pelo una larga y negra trenza poniendo un poco de aceite que huele a flores. Viven en una amplia casa de madera de forma rectangular rodeada de un jardín y un aro limpio de vegetación que la separa de la tupida y vibrante selva. Cerca hay casas similares, pero la de Muani es la más grande. En el jardín viven antiguos árboles acompañados de frondosas plantas cuyas ramas se doblan por el peso de flores de vivos colores y dulces frutos. Durante el día, el jardín se mece mientras el sol le dibuja caprichosas formas. En la noche sus fronteras se diluyen.

Al oriente está el huerto donde la madre de Muani cultiva hortalizas y hierbas. Al sur, racimos de piedras volcánicas reposan en extrañas formaciones. Un misterioso ojo de agua señala el occidente. Con su cristalino líquido, el padre de Muani prepara las medicinas para curar males del cuerpo y del alma. La señal de su pueblo y del rango de su padre está al norte, un majestuoso árbol adornado con un sinnúmero de coloridas cintas, campanitas, cascabeles y plumas. El árbol canta para todos los seres de la selva. Muani y su madre están en la planta alta de la casa. En la parte baja hay una sombreada bodega que guarda granos y cosas traídas por el padre después de sus intempestivos viajes. Hierbas y flores secas, conchas, estacas, minerales, piedras, plumas, pieles, polvos olorosos y hasta objetos metálicos, todo clasificado meticulosamente bajo la guía de un saber secreto.

Este ha sido el reino de Muani desde su nacimiento, pero desde hace un tiempo la duda ha invadido su corazón. Ser la hija del hombre sabio era lo normal. Estaba acostumbrada a brindar hospitalidad sin importar quién o a qué horas. Sabía que cuando se tomaban el líquido oscuro de la planta sagrada el aire se tornaba misterioso, su padre se convertía en un guardián y el espíritu del jaguar rondaba. Pero ahora, mientras su madre la peina, se pregunta qué sentido tiene todo aquello si está llamado a ser enterrado en el pasado.

Ha visto en el televisor del pueblo, uno que prenden en la tienda el día entero, que en el resto del mundo la vida es muy diferente. Sueña con ir a la ciudad, cortarse el pelo, vestirse con pantalones ajustados, besarse con un chico en la calle, ser como todos. ¿Cómo montarse en uno de esos aviones que de vez en cuando cruzan su cielo azulísimo? ¿Cómo salir de la inmensidad de la selva y llegar al otro lado donde sucede la vida? ¿Cómo?

Una noche mientras cavilaba en estas preguntas pensó: “Si el ojo de agua no tiene fondo como dice mi padre, quizás podría atravesarlo para llegar al otro lado.” Se vio cayendo a través de un largo corredor de agua. Al otro lado se abriría otro ojo de agua por el que saldría a conocer esos lugares. Sería una visita, un viaje de ida y vuelta, algo para apaciguar la inquietud. Al volver todo estaría como antes. Ella sería la de siempre, inmersa en la mirada de luna de su madre y en la palabra de trueno de su padre.

Esa noche Muani sale de su casa hacia el ojo de agua sintiendo la selva en éxtasis. Su corazón late con fuerza, sus pasos vacilan. Desde una de las ventanas de la casa, la acompaña la mirada de

sus padres. Saben que esta travesía está predestinada, que nada de lo que hagan podrá romper el tejido de una voluntad tan antigua como la tierra. Muani es la única heredera de su padre, debe tomar una decisión. Puede aceptar ese destino o irse lejos y olvidarlo para siempre.

Al llegar junto al ojo de agua extiende los brazos al cielo y entona un canto que se mezcla con el sonido de la selva. Sin dejar de cantar, va sumergiéndose en el ojo de agua. El frío la invade mientras el miedo paraliza su corazón. Cuando el agua cubre su rostro se siente asfixiada. Una fuerza la impulsa a salir de allí y a olvidar su determinación, otra a hundirse y dejarse llevar por el agua. De repente, las lágrimas brotan de sus ojos, llora con un dolor desconocido para ella, llora largamente hasta que el agua de adentro y el agua de afuera se funden creando una corriente que la empuja hacia el centro de la tierra.

Cae, cae, cae,

cae, cae,

cae,

hasta que algo sólido la detiene. Tantea el piso y siente arena. Está en un oscuro universo acuático poblado de seres extraños, largos, multicolores, fluidos y callados. Están por doquier, la miran sin mirarla. Se deslizan, todo allí se desliza. Es la humedad,

el agua por dentro, lo frío. En medio de la oscuridad, los seres deslizantes brillan con luz fosforescente, apenas iluminan por donde pasan. Muani aún tiene miedo, pero poco a poco se deja llevar por corrientes que la empujan de un lado a otro. Al comienzo está tensa pero después de un rato puede fluir y deslizarse. Se da cuenta de que los seres del agua que al comienzo la miraban con una curiosidad apagada han dejado de hacerlo y pasan a su lado deslizándose suavemente sin tocarla. Ahora los puede ver con mayor nitidez y descubre que son alegres de un modo silencioso y enigmático. Siente que aunque al comienzo parecían extraños, los conoce desde siempre. Está contenta vagando por el agua, descubriendo la dicha de dejarse llevar, conociendo las corrientes frías y las tibias, aprendiendo que cada ser es diferente y sintiendo su esencia. Pero algo le recuerda que debe llegar al otro lado de la tierra. Del fondo de su mente surge la idea de salir del agua y un instante después está en tierra firme sorprendida. Luego de un momento comprende que es la selva... Los árboles, las piedras, el suelo, las pequeñas plantas, los animales, la miran con curiosidad acechante. Sabe que es su selva, la de siempre, pero diferente, como si hubiera entrado en su alma, como si pudiera ver los cuerpos de luz de todos los seres que la habitan. Aunque hay muchos, todos son uno y palpitan al unísono. Su origen está ligado a la profundidad de la tierra.

Cuando apenas está comenzando a moverse con cautela, Muani se alerta al presentir a un jaguar. Antes de verlo, percibe su movimiento acechante y sigiloso pero firme. El animal se le planta al frente. Muani nunca ha visto un jaguar tan cerca, sus piernas se paralizan y su respiración se interrumpe. En los ojos del jaguar no hay amenaza sino un rigor extremo. Muani no sabe qué hacer

pero decide mirarlo a los ojos, algo le dice que si no lo hace será peor. El jaguar la mira directo a los ojos, ella siente que atraviesa su más recóndita frontera, luego comienza a desplazar de un lado a otro la mirada, los ojos entrecerrados y oblicuos, como si hubiera algo alrededor que quisiera captar. Muani comprende que debe mover sus ojos de la misma manera. Mira al Jaguar de frente y va copiando el movimiento de acecho, de un lado a otro, entrecerrando los ojos, lentamente. Mientras hace este movimiento, Muani percibe la selva con una luz nueva, se siente parte de ella. El jaguar se mueve penetrando la tupida selva con el cuerpo en una posición de cacería, pasos lentos y medidos. Muani se agacha e imita la posición del jaguar siguiéndolo, dejando que sus ojos exploren el espacio. En esa posición, Muani puede escuchar los más mínimos ruidos, percibir los más leves cambios de temperatura, textura y color. Cuando borra el miedo y camina acompañada con el jaguar, movimientos lentos, plantas de los pies conectadas a la tierra, la selva le va revelando sus secretos. Caminan unidos por un cordón invisible y poderoso mientras Muani recibe instrucción sobre plantas y piedras, escucha las voces eternas de los árboles y siente que los animales tienen una red inmensa que los conecta a la tierra entera. Pasa el tiempo sin pasar y Muani siente que su corazón se va llenando de reverencia hacia el jaguar y hacia la selva entera.

Sabe que debe continuar su camino y en silencio agradece a la selva sus regalos. Al momento se siente flotando en un lugar oscuro que parece vacío. Se trata de un medio gaseoso color plata en el que flotan luces de colores. No se parece a nada de lo que Muani conoce. Es como estar dentro de una esfera de gas. Al comienzo no distingue nada, pero luego descubre que cada luz es en rea-

lidad una persona sentada en un trono flotante. Es una extraña visión. Muani escoge la más cercana, una mujer muy joven con un niño en los brazos, el trono rodeado de estrellas y flores. Algo en ella le recuerda a su tía que hace poco dio a luz. La imagen desaparece. Las figuras se desplazan flotando sin un aparente orden pero armónicas. Ella adivina que son muchas, muchas más de las que alcanza a ver. Le llama la atención una figura más grande, una mujer en un trono oscuro y brillante, sin adornos. Cuando mira su rostro, siente una incomoda mezcla de terror con atracción. La mujer es rubia, blanca, como aquellas que a veces visitan la selva, pero ésta sin duda es malvada. Sostiene un báculo en la mano derecha, está adornado con una piedra roja. Siente que la conoce, pero no logra recordarla. La mujer dirige el báculo y lanza un rayo rojo hacia el corazón de Muani que sobresaltada se protege cruzando las manos.

El rayo se desvía pero la mirada de la mujer la atrapa. De pronto, esos ojos azules y crueles se vuelven dulces. El sentimiento de ser una niña pequeña y frágil la va invadiendo, su voluntad se esfuma mientras revolotea el pensamiento de que esa mujer es su salvación. Tal vez podría sentarse en su regazo a descansar, tal vez sus poderosas manos podrían borrarle para siempre la inquietud del corazón. Cuando está a punto de sucumbir, la duda crea en su mente una fisura por la que penetra un recuerdo lejano.

Esa mujer estuvo en la selva cuando Muani era pequeña. La gente no volvió donde su padre, iban a que los sanara la mujer venida de lejos. Una tarde llegaron los hombres y mujeres sabias de todos los pueblos de la selva. Durante tres días y tres noches danzaron y cantaron alrededor de una gran hoguera mientras

los hombres tomaban remedio y las mujeres hacían ofrendas. Al cuarto día la mujer se fue. Según ellos, chupaba el espíritu de sus seguidores. Muani nunca les contó a sus padres que una vez había ido a espiar a la mujer y que mientras la miraba por una ranura del tejido que formaba las paredes de su choza, súbitamente la mujer la miró con una mezcla fulminante de dulzura y maldad, de la misma forma que lo hacía ahora. En esa ocasión, Muani era muy pequeña y corrió asustada a su casa, pero sabía que esta vez debía enfrentarla. En una lucha feroz contra su propia mente se fue desprendiendo de la fuerza que provenía de esa mirada y que la arrastraba llenándola con una mezcla de atracción, terror, necesidad y misterio. Estaban frente a frente, la mujer en su temible trono, Muani parada, sacando fuerza de su interior, sin saber muy bien cómo enfrentar esa fuerza dominante y seductora. La mujer le habla con voz sensual y le promete llevarla al otro lado, a donde venden cosas hermosas, las mujeres usan pantalones, hay almacenes y carros. Muani se tambalea pero al fin logra pronunciar el nombre de su padre para pedir ayuda a sus ancestros. Al instante llega a su mano una filosa flecha. Sin pensarlo, Muani salta sobre la mujer y con un ágil movimiento le entierra la flecha en el corazón. La mujer brama adolorida mientras se aleja rápidamente por el aire gaseoso. En un atisbo final, Muani ve su verdadero rostro, y se da cuenta de que se trata de un terrible demonio.

Se siente agotada y se deja ir flotando entre figuras indiferentes que brillan desde sus tronos rodeadas de extraños símbolos y objetos. Recuerda su casa, su selva, su propósito y llama al espíritu de la selva, a los seres del agua, al jaguar y al ojo de agua para que la ayuden. Es transportada a un espacio de luz diáfana donde pa-

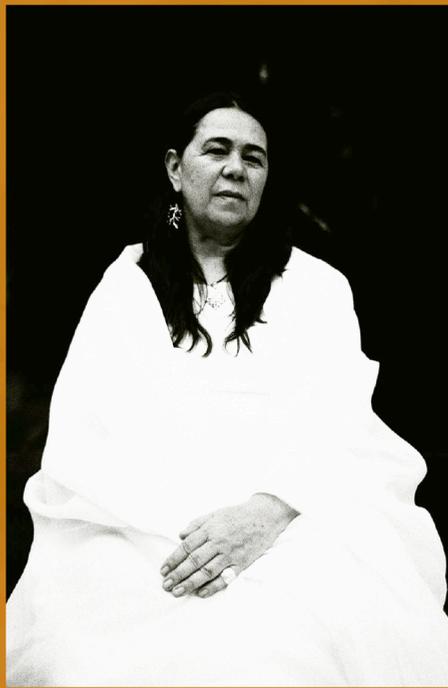
rece dormir por mucho tiempo hasta que se recobra y comprende que es el momento de tomar una decisión. Puede volver a su hogar para aprender las arduas artes de su padre o irse al otro lado y ser una mujer como esas que admira en el pueblo y en la televisión. Sabe que ambos caminos son apropiados, pero debe escoger.

Escucha el llamado de la selva pidiéndole que no se vaya, pero aún no puede tomar una decisión. Teme las pruebas de la vida de los hombres y las mujeres sabias. Tendrá que pasar hambre, enterrarse en la tierra por semanas, aprender cantos, oraciones y danzas, abrir la puerta de su casa a cualquier hora, hacerse muy fuerte, muy cauta. Recuerda que el tiempo de la selva está terminando. Pronto no existirá nadie como sus padres, ningún lugar como su casa, será olvidado el tiempo en que habitaron la tierra los que sabían qué es la Madre y la veneraban. Pero, si todo eso estaba desapareciendo, ¿para qué ir hacia el pasado?

Entonces llegaron las revelaciones. Supo que el tiempo no corre hacia adelante en una línea sino en círculos, en una espiral, el mundo que fue, el que es y el que será ocurren simultáneamente y todos sucumbirían si la selva muriera, porque allí está el corazón de la Madre. Supo que forma parte de un linaje de seres que sostienen la vida. Supo que había terminado el tiempo del conocimiento secreto, los ciclos de oscuridad e ignorancia, que ella tendría que hablar y ser escuchada, que su padre pasaría el saber a una mujer y ella sería la voz de una larga sucesión de guardianes valientes.

Y decidió. Una fuerza la devolvió a la tierra sacándola a través del ojo de agua. Salió medio asfixiada y supo que estaba a punto de morir, pero al tomar la primera bocanada de aire renació.

Soy Muani, la heredera del saber de la selva más poderosa de la tierra. Soy la sacerdotisa de las cuatro direcciones. Mi propósito en esta vida es recoger la sabiduría de mis antepasados y traspasarla a mis descendientes, porque nunca ha cesado ni cesará el linaje de seres con el corazón abierto. Llegará el tiempo de hablar de nuevo, acudirán de todas partes a recordar. Soy Muani la que fue y volvió, la que conoce la rueda del tiempo y sabe que adelante no está el futuro ni atrás el pasado.



Nací el 7 de abril de 1963 después de una fiesta. Era un Domingo de Ramos.

Me gusta caminar en la montaña y acompañar a otras personas en sus viajes interiores.

Soy mujer, parte de una gran manada de mujeres, tejida a cientos de más mujeres... Tengo dos hijos hombres, las joyas de mi corazón. Me acompaña un bello hombre, padre de mis hijos, con el que hemos creado caminos y atravesado desiertos. Amo recordar y llamar la fuerza femenina para completar la vida.

Lo que más voy a extrañar cuando muera son los árboles y las flores.

Las que he sido viven en mí y seguimos explorando el misterio de este viaje.

ISBN: 978-958-49-4043-8



9 789584 940438